
3 1761 08831866 2

La Campana de la misión.

LA CAMPANA

DE

LA MISION.

——:O:——

NOVELA MEXICANA, ORIGINAL

DE

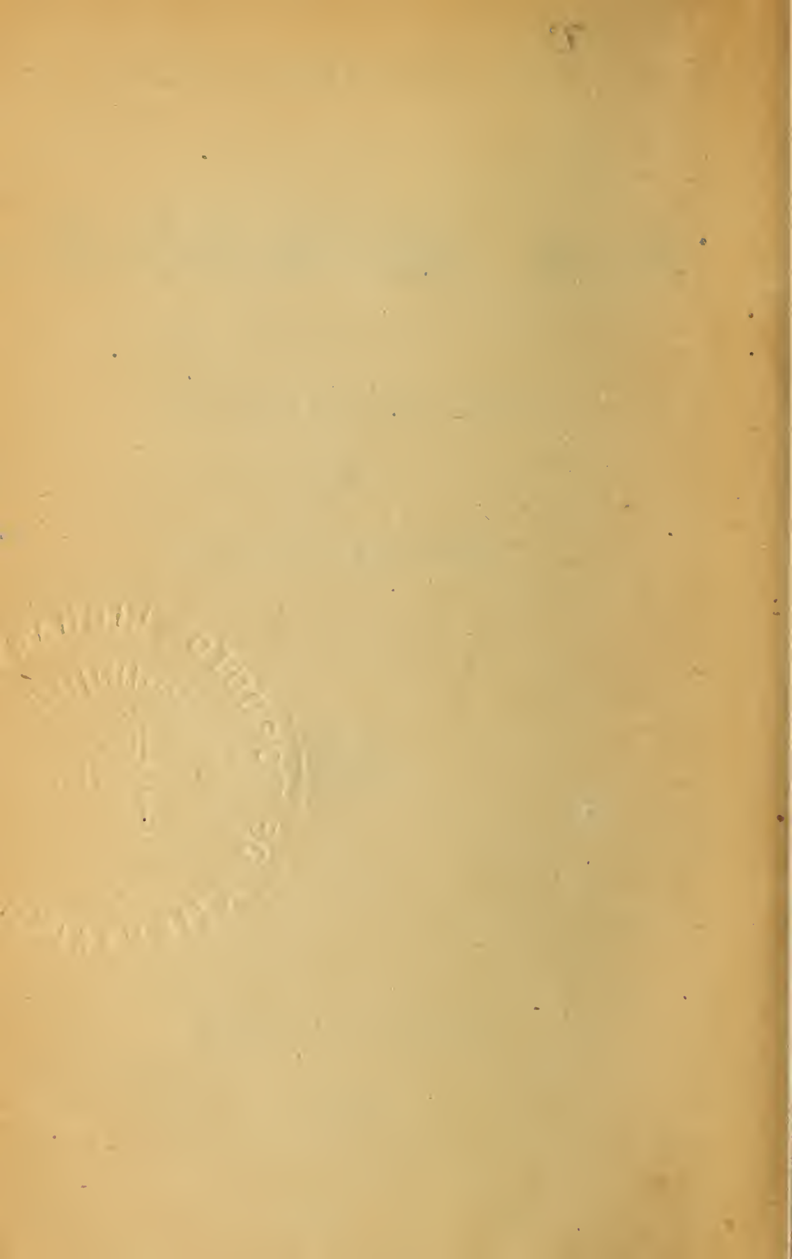
JOSE MARIA ESTEVA.



XALAPA-ENRIQUEZ.

—

1894.



CAPITULO I.

—

El paseo de la Batería.

—

TAL vez habrás, lectora mía, experimentado alguna vez el encanto indefinible que se goza á la orilla del mar, cuando los últimos rayos del sol, reflejándose sobre la superficie azulada de las aguas, parecen teñir, con su tibia luz de un suave color de rosa todos los objetos que nos rodean.

Quiero trasladaros á Mazatlán en una de

esas tardes del mes de Mayo, en que por el cielo, de un azul transparente, vaga una que otra nubecilla de escarlata y oro, y en que la brisa pura del mar, llenando de frescura el ambiente que se respira, balancea suavemente las mil palmeras que dan un aspecto tan Oriental á esa ciudad, levantada por el espíritu mercantil en las orillas del Pacífico y tan llena de esperanzas para lo porvenir.

Nos colocaremos, pues, en el pequeño fuerte construído recientemente en la montaña que, cerrando el puerto hácia el Norte, se avanza hácia el Oeste de la población; pues siendo un punto dominante, podremos desde él distinguir á un golpe de vista las mil bellezas de aquel vistoso panorama.

Inmediatamente á nuestro frente se extiende la calle que baja del Fuerte á la ciudad, conocida dicha calle con el nombre de «Calle de la Batería,» y formada por algunos edificios de elegante sencillez que se levantan á la izquierda, y por un profundo y pintoresco barranco á la derecha, cuyo pié hu-

medecen las aguas tranquilas de la bahía. Mas allá, veremos que termina esta calle descendente y siguen, casi al nivel del mar, los demás edificios de la población medio perdidos entre el follaje de multitud de palmeras y naranjos. A nuestra izquierda se levantan, entre otros cerros más lejanos que forman el primitivo puerto abandonado hoy, el pintoresco Cerro de la Cruz y las montañas de las tres Islas del Venado situadas casi á la desembocadura de aquel puerto. A nuestra espalda podremos contemplar, á vista de pájaro, las aguas del Mar Pacífico ligeramente agitadas por la Virazon, nombre que se da en la Costa del Súr á las brisas que soplan del N. O.; y dirigiendo nuestras miradas á la derecha, veremos á nuestros piés el hermoso cuadro que presenta el puerto con sus mil embarcaciones menores atracadas en la ribera, con sus goletas y pailebotillos de cabotaje que entran sin riesgo alguno á fondearse dentro del puerto, y con los buques de gran porte, procedentes de Eu-

ropa ó de San Francisco de California, anclados en la embocadura por no permitirles otra cosa su calado, y meciéndose magestuosamente sobre las ondas no poco agitadas en aquel lugar.

Era una tarde del mes de Mayo: el sol se ocultaba en Occidente, y el camino que sube al fuerte estaba ocupado por multitud de paseantes que iban á tomar allí el fresco de la tarde, y á gozar del bello espectáculo que en los puertos de mar ofrece la naturaleza de nuestros trópicos en las horas eminentemente poéticas del crepúsculo.

Entre los paseantes podía distinguirse á una joven de gentil hermosura, la cual iba en unión de una señora de mayor edad, dando á ambas el brazo un caballero que representaba haber entrado ya en el último tercio de su vida.

—Mire Ud., Ernesto, decía una señorita que al ver pasar á estos tres personajes por el frente de su ventana había dejado á un lado su costura poniéndose de pié para verlos con

más detención. ¿Quién es esa hermosa jóven de cintura tan esbelta, de ojos y pelo negro y de un semblante tan apaciblemente melancólico?

—¿Cual, respondió Ernesto, que de pié al exterior de la ventana tenía su sombrerillo de paja en las manos agitándolo á guisa de abanico, esa jóven á quien da el brazo aquel señor grueso que con su largo levitón y su sombrero blanco de vicuña parece un capitan de buque holandés?

—Cabalmente, respondió la señorita.

—Extraño que no la conozca Ud. Adelíta, repuso el joven, pues hace un mes no se habla de otra cosa en Mazatlán que de Laura de Mendoza.

—¡Ah! ¿es esa la bella tapatía que tan trastornadas trae las cabezas de nuestros jóvenes? añadió Adelita con cierto aire de desdén.

—Y con justa razón, dijo el joven como si no hubiera comprendido la intención de la señorita. A su belleza une las dotes de una alma

cándida y pura. Hace un mes llegó á esta ciudad de paso para San Francisco, donde su padre, que es el señor que la acompaña, ha fundado una casa de comercio, y desde entonces no he cesado de oir las alabanzas que le prodigan todas aquellas personas que han tenido la fortuna de tratarla. En la última tertulia de la Sra. D.. estaba admirable. ¡Qué suave expresión de modestia en su fisonomía! ¡qué finura tan cortesana en sus modales! ¡qué melancólica hermosura la de su semblante! ¡qué dulzura, en fin, la de su voz cuando, acompañándose al piano, cantó allí aquella ária de «Traviata» que comienza: «*Addio del passado dei sogui ridenti.*»

—Vamos! según parece, indicó Adelita, debe contarse á Ud. entre el número de sus adoradores.

—Si dijérais de sus admiradores, me parece que habría más exactitud en la frase, Adelita.

Mientras este diálogo tenía lugar, Laura y sus padres habían llegado al fuerte y su-

bidos en una pequeña plataforma, admiraban la vista del Oceano entre cuyas aguas parecía sumergirse el Sol, que presentaba su hermoso disco de un çolor rojo como si al aproximarse á ellas hubiese apagado sus rayos ardorosos.

—Mira, Manuela, dijo el Sr. á su esposa inclinando la vista hácia la embocadura de la bahía y señalando con su grueso bastón los buques que estaban allí fondeados, aquella barca que tiene una bandera mexicana es en la que debemos embarcarnos mañana.

—¿Cual, papá, preguntó Laura, aquella de la que en este momento se desprende un pequeño bote?

—Precisamente. Su capitán parece un bello sujeto y un inteligente marino, pues el comercio, que embarca valores considerables para San Francisco, ha preferido este buque á aquel bergantin redondo americano que sale mañana ó pasado con el mismo destino.

—¿Y como se llama la barca, Francisco, dijo la señora?

—¿Que no le distingues el nombre que tiene en la popa, precisamente sobre el timón?

—La verdad no alcanza mi vista para tanto.

Haber, Laura, si tu eres más feliz que tu mamá.

—Sí, papá, repuso Laura recogiendo un tanto la vista con su mano derecha, allí dice «La Carolina.»

—Ese es precisamente su nombre.

—Mira, mamá, añadió Laura, con qué velocidad camina el botecillo que vimos poco antes desprenderse de la barca, casi va acostado sobre las aguas y tal parece que zozobra cada vez que la brisa impulsa con alguna violencia su blanca vela.

Efectivamente, el botecillo cruzaba á bolina la bahía, azotándolo de vez en cuando las fuertes ráfagas de la brisa de tal manera, que uno de los dos jóvenes que iban sentados en los bancos de popa, sosteniendo con la mano izquierda la caña del timón llevaba con la derecha la escota para arrear ó reco-

brar cada vez que impulsada la vela por alguna fuerte ráfaga de viento, se tumbaba el botecillo, como dicen los marinos, sumergiendo casi en las aguas uno de sus costados. El otro joven era un veracruzano recien llegado á Mazatlán. Su semblante pálido, tan común en los hijos de nuestras mortíferas costas, formaba contraste con sus hermosos ojos azules y con sus finos cabellos negros como el ébano: su sedoso vigote, ligeramente retorcido hácia las extremidades, velaba un tanto el apagado carmín de sus labios. Recostado este joven negligentemente en el banco de barlovento, fumaba un rico puro habano y parecía mirar con cierto aire de melancolía ó de tristeza todos los objetos que le rodeaban.

—Te veo triste, Eduardo, le dijo al veracruzano el jóven que llevaba el timón en los momentos de arrear un poco la escota porque un fuerte impulso del viento había casi acostado al botecillo sobre la banda de babor, haciendo rechinar al palo de la vela co-

mo si fuese á romperlo, tal parece que en los pocos días que has estado en Mazatlán has encontrado algún objeto que te haga sentir el ausentarte. Ustedes los poetas son tan impresionables!....¿Conoces por ventura á Laura de Mendoza?

—No tal, repuso Eduardo, llevándose el puro á la boca, lo cual lo obligó á hacer una pequeña pausa; en seis días que he estado en Mazatlán y sin conocer á nadie, mal podía ser la causa de la tristeza que tú supones, mi próxima ausencia. De esa jóven por quien me preguntas he oido hablar; pero no la conozco, y te aseguro que aunque la conociera no podría preocuparme con su hermosura, por muy hermosa que con tu pregunta me hagas considerarla.

—¿Tan seguro estás de tu corazón, Eduardo?

—Sí lo estoy, porque lo tengo ocupado con un amor que en este momento absorve todo mi cariño.

—¿Y quien es el feliz objeto de tanta ter-

nura y de tanta constancia, porque lo que es la segunda cualidad no es de las que más adornaban antes tu carácter. Supongo que será una muchacha muy hermosa y muy amable.

—En lo primero puedes tener razón, repuso Eduardo, incorporándose en el banco en que iba sentado y sacudiendo con la mano derecha el agua que había depositado en el faldón de su levita una ola que suavemente chocó contra el costado de estribor; pero en lo segundo, yo mismo no lo sé porque nunca he oido el metal de su voz.

—¡Cómo!....

—Lo que oyes: no lo he oido ni lo oiré, quizá, nunca.

—Pero, ¡hombre! supongo que no te habrás enamorado de una muda.

—Tiene tantos caprichos el corazón!

—Vamos! estás en extremo misterioso. ¿Cómo se llama tu adorada?

—No lo sé.

—Será de México, de Veracruz, de....

—Ignoro el lugar de su nacimiento; ignoro quienes son sus padres, si los tiene; ignoro como se llama; en fin, lo ignoro todo, Luis. Solo sé que la amo con ternura, con entusiasmo, con delirio.

—Si no conociera yo que eres y siempre has sido un niño en los negocios del corazón, creería, Eduardo, que te habías vuelto loco.

—Facil es esplicarte, repuso Eduardo, lo que causa tu éxtrañeza. ¿No te has enamorado nunca de una bonita estatua ó de una pintura?

—Jamás me ha ocurrido tan peregrina idea.

—Entonces no conoces ni puedes apreciar el encanto de esos amores verdaderamente ideales. Cansado de pasar entre las mujeres por inconstante, procuré investigar la causa de ese defecto de mi carácter para corregirlo. Demasiado impresionable mi corazón, cedía á los hechizos de la mujer, y mi alma ardiente la rodeaba de todos los encantos

de la perfección: con la realidad iban después cayendo una á una todas las flores de la corona que mi entusiasmo había colocado en las sienes de la vírgen, llevándose cada flor que se desprendía una de mis más bellas ilusiones. Soñaba yo un angel de perfección, y me encontraba después una mujer como todas, con sus caprichos, con sus inconsecuencias, con sus debilidades. Mi corazón se detenía entónces y tomaba otro camino, corriendo siempre en pos de esa mujer perfecta, de ese ángel soñado que busqué como una necesidad de mi existencia; porque llena mi alma de una ternura vaga, por decirlo así, sin objeto, la sentía yo consumirse y morir en la melancolía, como se consume y muere entre sus propios aromas la flor á la que una mano indiscreta encierra cuidadosamente en una caja de zándalo ó en una vasija de cristal. Cierto día ví el retrato de una jóven cuyo nombre ignoro: yo no puedo explicarte, Luis, las sensaciones que experimenté al contemplar esa bella pintura, esa mujer de

apacible belleza que me parecía haber visto en otra ocasión con mi entusiasmo de poeta, no sé si entre las criaturas del paraíso de Milton, no sé si entre las concepciones de mi propia fantasía.

—¿Y donde está el original de ese hermoso retrato, preguntó Luis?

—El original? El original está aquí, repuso Eduardo con entusiasmo señalándose la frente; está en mi corazón; está en todas partes donde hay algo de tierno, de hermoso ó de sublime que conmueva mi alma. Yo lo veo discurrir entre las brumas del lago á la luz apacible de la luna; yo siento su aliento embalsamado en el aliento lleno de perfumes del ambíente matinal; yo escucho su voz en todas las armonías suaves y deleitosas que hieren mi oido en las noches claras y serenas.

—Veo, Eduardo; que tú deliras. Es preciso que hayas sido desgraciado con un corazón tan exigente: quieres en la mujer la perfección de los angeles, y le rindes el culto

debido á las divinidades. Fuerza es que te convenzas de que las mujeres bonitas solo tienen de los angeles la forma exterior, según han dado en pintárnoslos; y que ellas ordinariamente se rien de esa tierna adoración de que me hablas, porque la mujer, como ser humano que es, se inclina á amar lo imposible: quiere esa adoración mientras no la alcanza, y desgraciado del hombre que se la rinde, porque su corazón será en las manos de ella lo que es un juguete en las manos de un niño.

—Puedes tener razón: por eso me he creado una mujer á mi modo. Necesitaba amar mucho; necesitaba rendir á alguien en la tierra ese culto debido á las divinidades, y he hecho una divinidad tomando la forma de una mujer, pero dándole el alma y las perfecciones de un ángel.

—Pero, bien: ¿y cómo puede satisfacerte esa clase de amor, ese amor estéril, digamos así, ese cariño sin correspondencia?

—¿Y no has visto tú, no ha pasado quizá

por tí mismo, estar enamorado de una mujer que no te ame, de una mujer que no te mire; pero ¡qué digo! de una mujer que te desprecie, tal vez? El amor no necesita de la correspondencia más que para debilitarse, porque la belleza de las mujeres, en lo general, debe admirarse de lejos cómo la belleza de los bosques de nuestras costas. ¡Cuanta exhuberancia, cuanta frondosidad, qué riqueza de perfumes, qué matices de colores tan raros, qué caprichos de la Naturaleza tan pintorescos; pero acércate á esos bosques, procura recostarte á la sombra de sus árboles gigantescos, y los brezos te cierran por donde quiera el paso, y las punzantes espinas hieren tus carnes, y las ponzoñosas víboras amagan tu existencia, y sus mil inceptos te incomodan y exasperan. El amor de los imbéciles es el único al que la correspondencia por sí sola robustece y afirma, porque es un amor que no tiene más exigencias que las que la mujer aun en el estado salvaje podría proporcionarle: las exigencias más deli-

cadas del amor son del alma, y el imbécil, como la bestia, ama con el cuerpo. Si consideras, pues, posible que un hombre se enamore de una mujer que no lo ama, que lo desprecia ¿porqué extrañas que pueda tenerse esa pasión por un retrato, por una mujer que calla siempre, pero que siempre tiene fija sobre nosotros su dulce y apacible mirada?

El diálogo de los dos jóvenes lo interrumpió su aproximación al muelle.

Las sombras de la noche comenzaban ya á dar una forma fantástica á los objetos lejanos, y á confundir los más próximos.

Luis largó la escota, que uno de los dos marineros que iban sentados en la proa recogió aferrando la vela, y en seguida orzó cuidadosamente, teniendo la mano izquierda en la caña del timón y poniéndose de pié para ver el lugar en que atracaba, con el objeto de evitar, quizá, el choque con cualquiera de las otras embarcaciones que se encontraban allí.

Los dos amigos saltaron á tierra, se tomaron cariñosamente del brazo, y siguieron la calle del muelle que conduce al centro de la ciudad.



CAPITULO II.

Las Olas Altas.

HAY anualmente la costumbre en Mazatlán de hacer una especie de feria durante los diez ó quince días que siguen á la Pascua del Espíritu Santo.

El lugar escogido para esta fiesta nocturna es una calle que, abierta por el lado del mar, corre á lo largo de la costa que divide el actual puerto del que llaman allí puerto viejo.

Elevado en esa parte el terreno de la costa y sin abrigo alguno, se nota una fuerte marejada aun en el tiempo más bonancible: las olas, reventando desde una distancia considerable, vienen con un rumor espantoso á amortiguarse en la orilla, extendiendo suavemente su blanca espuma por la tersa superficie de la arenosa playa; y quizá por esta razón llaman á este sitio «Las Olas Altas,» nombre que se da también á la feria que tiene lugar en él.

Las pocas campanas del único templo que existe en Mazatlán daban el toque de ánimas. En esa noche comenzaba la feria de «Las Olas Altas,» y era de ver la animación y el alboroto que había en la calle de este nombre, mientras las otras calles de la población se hallaban tristes, desiertas, solitarias, con una que otra familia que salía de su casa y se dirigía á la feria, con alguno que sentado negligentemente en su balcón tomaba el fresco de la noche, ó con la vieja curiosa que imposibilitada de salir, por los

achaques propios de su edad, se asomaba á su ventana para reconocer al solitario transeunte que de vez en cuando pasaba, y oir los confundidos y lejanos ecos de la música.

En el lugar de la fiesta todo era algazara, bulla y regocijo. Multitud de edificios de madera, improvisados en la parte abierta que cae al mar, estaban convertidos en pequeñas fondas donde se servían cenas exquisitas durante toda la noche; en cafés donde se ofrecían al consumidor toda clase de refrescos y licores; en cantinas vistosamente adornadas, y en salones alumbrados con profusión, donde se agrupaban en torno de las mesas de juego los aficionados á ese arte diabólico, que convierte instantáneamente á tantos ricos en pobres y á tan pocos pobres en ricos.

Durante toda la noche tocan diversas sonatas dos músicas colocadas en los extremos de esa vistosa calle, y á lo largo de ella se pasean los concurrentes, formando animados grupos; se divierten en los co-

lumpios ó *caballitos* que los ávidos especuladores tienen cuidado de establecer de antemano; se entretienen en la roleta, en los dados, y en esa variada multitud de juegos á que la clase del pueblo es tan aficionada; y los más perezosos toman asiento en las bancas que con tal objeto se colocan frente á los improvisados edificios que forman esta calle tan profusamente alumbrada, tan alegre, tan bulliciosa durante las noches de la feria, y tan lóbrega, triste y solitaria en todo el resto del año

No hay una familia que no concurra á esta diversión; no hay un enamorado que no espere con ansia la entrada de la noche durante esos quince días; no hay un jugador que no calcule en la tarde los judíos ó contrajudíos que ha de ganar. Todos tienen un interés más ó menos vivo, más ó menos inocente que los llama allí: de manera que á medida que las sombras de la noche se van extendiendo por el horizonte, los talleres se cierran; el comercio suspende sus tareas; las familias se preparan; los jóvenes se expedi-

tan en sus trabajos ordinarios; los dulceros, fruteros etc., van á tomar lugar conduciendo con oportunidad sus vendimias; y una hora después la población entera se agolpa, bulle y se codea en «Las Olas Altas», cuya calle, inundada de luz, está verdaderamente atronadora con ese ruido informe, inarmónico, que producen, confundiéndose con las diversas sonatas de las músicas, los gritos de los muchachos, los anuncios que se hacen en voz alta de las vendimias, las pláticas y la algazara de la muchedumbre, y los cantos de la alegre y bulliciosa juventud de las costas, que cena y se divierte en el interior de las improvisadas fondas, formando todo un rumor tan fuerte, tan altizonante, que trastorna en los oídos la apreciación exacta de lo que oyen, como si el que escucha estuviese en un completo estado de embriaguez.

Hácia un extremo de la calle referida, había, entre otros objetos de diversión para los concurrentes, una grande armazón circular de madera, que se movía verticalmente so-

bre su centro, apoyándose su eje en algunos maderos fuertemente enclavados en el piso. En la circunferencia de dicho armazón estaban repartidos seis ú ocho asientos en forma de caballos ó cajas de pequeñas carrozas, colocados de tal manera, que al dar vueltas sobre su eje la gran rueda, la daban también las personas que ocupaban los asientos, aunque conservando siempre su natural posición.

Era la primera vez que los concurrentes á la feria habían visto colocado allí ese aparato; y, sea por la novedad, sea por la natural propensión de las gentes á elevarse sobre su nivel ordinario aun cuando tengan que descender al momento, el caso es que multitud de personas, mediante el pago de medio real, se disputaban el placer de parodiar la marcha de muchos hombres políticos, subiendo momentáneamente á una altura que solía ocasionarles vértigos, y en la cual no hacían otra cosa que ver á las gentes un tanto más chicas de su tamaño ordinario.

En torno del aparato había multitud de personas: ya pequeños grupos de familias á quienes habían arrastrado allí los curiosos niños que se manifestaban impacientes porque no les llegaba aún su turno; ya hombres, mujeres y muchachos del pueblo, que comiendo constantemente nueces, cacahuates y avellanas, interrumpían su tarea para gritar ó reirse á cada pequeño accidente que ocurría, ó bien la interrumpían para hablar con los amigos ó conocidos, y para admirar el ascenso y descenso de las personas que, ocupando los asientos del movible aparato, se ponían, como vulgarmente se dice, en berlina.

Entre la multitud que hablaba, gritaba y se reía, podía distinguirse á un hombre perteneciente á la clase del pueblo, de regular estatura y de formas atléticas, á cuyo pálido semblante le daban un aspecto siniestro su barba espesa y negra como el ébano, y sus cejas tan gruesas y pobladas que casi velaban las miradas un tanto feroces de sus ojos,

negros como su barba. Este hombre, cuya cabeza cubría un sombrerillo de marinero que caido hacia el lado derecho ocultaba su frente, como si la pequeña ala de paja quisiera poner un "hasta aquí" á los juicios inquisitivos de algún frenólogo, ostentaba en la oreja izquierda una argollita de oro, dando á conocer por todas estas circunstancias, por el gran chaquetón de paño azul que tenía á guisa de capa sobre uno de sus hombros, y por ese *no sé qué* que distingue á los hombres de mar, que era contramaestre ó piloto de alguno de los buques mexicanos ó españoles que había en el puerto. Al ver á este individuo con atención, cualquiera hubiese creído que tenía entre manos algún asunto que lo preocupaba vivamente, porque ageno á la expansión de alegría que le rodeaba, permanecía silencioso entre aquel círculo de espectadores, más como el que acecha ó espera que como el que se divierte.

Cuando llegaron á su oído algunas de las

campanadas del toque de ánimas, paseó su mirada, inquisitiva como la del hombre celoso, torva como la del asesino, sobre las cabezas de la multitud, cual si esperase á aquella hora la venida de alguno.

No pasó mucho tiempo sin que pudiese distinguir á un hombre alto, lampiño, de ojos pardos, á cuya fisonomía, dura por decirlo así, le daba cierto aspecto repugnante una enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda desde la boca hasta cerca de la oreja; no pasó mucho tiempo, repito, sin que pudiera distinguir á ese hombre abriéndose paso entre la multitnd con la franca brusquedad de un marinero; pues no dejaban duda de que lo era las anclas azules que se veían en los anchos y doblados cuellos de su camisa blanca, y su sombrerillo de paja, que echado para atrás dejaba descubierta su frente, deprimida y limitada á corta distancia de las cejas por el nacimiento del pelo.

Cuando estos dos hombres se vieron, se hicieron una señal de inteligencia, y cual si

fuesen movidos por algún oculto resorte, procuraron ambos abrirse paso entre la multitud para desprenderse de aquel círculo de seres humanos que se agitaba en torno del enorme aparato.

—Como soy López que ya estaba impaciente, Antonio, le dijo el del chaquetón azul al recienvenido apretándole bruscamente la mano.

—En este momento acaban de dar las ocho, repuso Antonio, y como me detuve hablando con Charanga, he venido á todo trapo para no hacerte esperar.

—¿Y te ha podido dar Charanga algunas noticias?

—Las que necesitábamos, por mi vida: ni quise saber otras, ni nos importaba saber más. Vamos á tomar un trago de ron y después hablaremos.

Los dos marinos caminaron un corto trecho á lo largo de la calle, y entraron después en una de las mil cantinas abiertas en ella á los bebedores, la cual, alumbrada por un

quinqué de cuatro luces que colgaba del techo inmediatamente sobre el mostrador, era de un orden secundario, aunque parecía no ser esta circunstancia un obstáculo para los adoradores de Baco, á juzgar por el número de ellos que allí había.

—El ron! gritó López con una voz ronca pegando un fuerte puñetazo sobre el mostrador, á cuyo ruido los otros concurrentes volvieron la vista con indiferencia.

Uno de los cantineros les puso por delante á los recien llegados la botella del licor pedido, y dos vasos para que se lo sirvieran.

Después de tomar, López arrojó un peso fuerte sobre el mostrador, y recibiendo algunas pequeñas monedas que le volvió el cantinero, vamos, le dijo á Antonio poniéndole la mano amistosamente sobre el hombro. Y ambos salieron de la cantina.

Mucho tiempo anduvieron á lo largo de la calle, y cuando llegaron á su término, López alargó una moneda á Antonio, miró en torno suyo como para convencerse de que es-

taban solos, y le dijo con cierto aire de misterio: —"Cómprate los cohetes."

Antonio se separó unos momentos.

Diez minutos después volvía á juntarse con su compañero, trayendo bajo del brazo un rollo de cohetes voladores.

Subamos por aquí, dijo López encendiendo su pipa con el tabaco que venía fumando Antonio; y los dos marineros tomaron un camino excusado que conduce á la cumbre del Cerro de la Cruz.

A medida que avanzaban subiendo la angosta encrucijada, los ecos de la música se debilitaban confundiéndose con el murmullo monótono de las olas que chocaban contra las rocas al pié de la montaña; y los rayos de la luna, abriéndose paso por entre los matorrales que cubrían por ambos lados el estrecho sendero que llevaban estos dos hombres, daban un aire aspecto fantástico á todos los objetos.

Los dos marineros avanzaban silenciosos; y como hombres acostumbrados á los rudos

trabajos de su ejercicio, trepaban más bien que subían por la escarpada montaña, sin manifestar cansancio ni fatiga.

Cuando llegaron al pié de la cruz que se halla en la cumbre de este cerro, cruz muy venerada por los marinos, se detuvieron los dos caminantes como si hubiesen llegado al término de su excursión. Otras personas no familiarizadas con la vista del mar, hubieran encontrodo encantador el hermoso panorama que se presentaba delante de sus ojos. La luna, discurriendo por un cielo sin nubes, de un azul hermoso, alumbraba la inmensa y silenciosa extensión del mar, cuyas aguas tranquilas, agitándose débilmente y chocando con sordo rumor en los arrecifes y en los bajos de la playa que estos dos hombres tenían á cien varas bajo sus piés, reventaban en copos de plateada espuma que se extendían después por la superficie como una cauda luminosa. Inclinando la vista hacia la izquierda desde este punto dominante, se veían, á vista de pájaro, los buques anclados en la bahía

meciendose silenciosamente en sus tranquilas aguas, y se escuchaba de vez en cuando ese canto triste del marinero, esa melodía salvaje y conmovedora que parece la expresión de los más tiernos sentimientos del amor y de la familia, mezclados con la expresión del dolor de haberlos perdido. Esa especie de confusión en que todos los objetos se veían á tal distancia; los ecos de la algazara y del bullicio de la feria, que confundidos con los de la música venían debilítados á morir entre el rumor de las ondas; todo despertaba en el alma sentimientos dulces, todo hubiera convidado allí á la meditación y al recogimiento á otras personas que no hubieran sido los que en aquel momento se encontraban al pié de la cruz, para combinar un crimen; para cumplir con un acto de superstición, ó para ambas cosas, quizá.

Ambos personajes permanecieron por un momento silenciosos.

López miró á su alrededor con cierto aire sombrío como para convencerse de que no

había por allí quien pudiese escucharlo.

—Antonio, dijo después: parece que estamos solos; podemos hablar.

—Pues bien, contestó Antonio tomando asiento en uno de los grandes peñascos de la montaña, siéntate y hablemos.

López tomó asiento en la misma peña junto á su compañero.

—Esta noche á las once, continuó Antonio, sale la embarcación. Charanga no sabe el punto á que se dirige, porque va en ella el hijo del amo de la casa; pero sí sabe que pasado mañana irá á encontrarnos á los 24° de latitud y 102° de longitud, con cuyo objeto ha embarcado en su lancha un compás. Se lleva á Joaquín, al *pelón,* al *gallego* y á Trinidad; y se le ha encargado por la casa la mayor reserva. Es, pues, claro el objeto: embarcaremos, como en el otro viaje, una suma considerable de dinero, que con la que ha pasado por la Aduana y tenemos ya á bordo, es bastante para despertar las tenta-

ciones del mismo San Antonio. ¿Cuantos pasajeros llevamos?

—Hasta ahora, contestó López quitándose la pipa de la boca y arrojando una columna de humo, cuatro; y ese maldito hijo del armador que vendrá indudablemente á bordo.

—De manera, dijo Antonio acercándose á su compañero y bajando mucho la voz como si temiese que lo escuchasen, que son siete las personas que nos estorban: el capitán, el segundo y los pasajeros. Nos tocan dos á cada uno: yo me encargo de despachar pronto á los míos.

—Entre los pasajeros, repuso López, hay una mujer joven que nos podrá ser útil mientras no lleguemos á tierra: yo la tomaré para mí.

—Nos la rifaremos amigablemente.

—Ya veremos después, Antonio. ¿Charanga está enteramente conforme?

—Lo está, dijo Antonio. Según me encargaste, no he hablado con ningún marinero; pero de seguro que podemos contar con el

gallego, con Joaquín y con Trinidad: los demás cederán. El Chino cocinero no es nadie: y con respecto al *monsiur* ese que tenemos de carpintero, se dará por muy contento con que le demos algo y lo echemos en las playas del Cabo de San Lúcas. ¿Para cuanto tiempo llevamos víveres á bordo?

—Para dos meses; de manera que no podremos aventurarnos é hacer una larga travesía.

—Entonces costearemos la parte occidental de la Baja California hasta San Quintin, indicó Antonio.

—No tal: podríamos encontrarnos y de seguro nos encontraríamos con algunos balleneros americanos, ó con buques mercantes de la carrera de San Francisco. Es más conveniente subir el desierto golfo de Cortés.

—Pero las costas de Sonora podrían sernos peligrosas para desembarcar, por los indios salvajes con quienes podríamos encontrarnos: ya sabes que los Ceris de la isla del Tiburón hacen frecuentes excursiones

por esas solitarias playas.

—Sí; pero no serian peligrosas bajo ese aspecto ni bajo ningún otro las playas de la Baja California.

—¿Qué puertos tenemos al fondo del Golfo antes de llegar al Río Colorado? preguntó Antonio, cabilando como si fuese á encontrar una solución en la respuesta de su compañero.

—El mejor es el de San Felipe: absolutamente solo y deshabitado, es poco conocido, muy abrigado y de buen fondo, respondió López.

—Poco nos importan las últimas circunstancias, pues creo no tratarás de que invernemos en él.

—Al contrario: daremos fuego al buque inmediatamente que á él arribemos.

—¿Y después?....

—Después enterraremos en aquellas playas la parte de nuestro tesoro que no podamos por lo pronto llevar con nosotros, y aseguraremos nuestro secreto desprendiéndo-

nos de los demás cuando estemos en tierra.

—¿Desprendiéndonos?....

—Sí....ya me entiendes, dijo López misteriosamente, tomando su fisonomía un aspecto repugnante. Atravesaremos la sierra de San Pedro Martir distante unas 18 leguas de la costa, y nos dirigiremos á San Diego ó al interior de la Alta California.

—¿No hay habitantes en el camino que tendremos que cruzar hasta la frontera?

—Algunas tribus errantes de indios gentiles, pero mansos, encontraremos en la Sierra; y después, hasta la línea divisoria, uno que otro rancho aislado que podremos facilmente evitar.

¿Quá tiempo tardaremos para llegar desde San Felipe á la línea?

—Seis ú ocho días solamente.

—Pues me parece bueno tu proyecto.

—Entonces estamos enteramente conformes: lo demás lo arreglaremos á bordo. Mientras tanto, mucho silencio y discreción. Cum-

plamos ahora con nuestros deberes de buenos cristianos, rezemos un padre nuestro á San Antonio para que nos acompañe, y quememos nuestros cohetes delante de la Santa Cruz para que nos saque con bien de nuestra empresa.

Los dos siniestros personajes tartamudearon con sus sacrílegos labios un padre nuestro; y poniéndose Antonio de pié sobre la roca, prendió y lanzó al aire uno tras otro los doce cohetes que tenía bajo del brazo.

En seguida bajaron silenciosos la montaña por el lado opuesto al en que la habían subido, y tomaron estos dos hombres el camino del muelle.



CAPITULO III.

La Plaza de Machado.

MIENTRAS pasaba en el Cerro de la Cruz lo referido en el capítulo anterior, en la feria se aumentaban el bullicio y la algazara.

En uno de los Cafés, decentemente adornado y alumbrado con profusión, había, entre otros concurrentes, tres jóvenes sentados al derredor de una pequeña mesa de mármol:

platicaban amistosamente, y una botella mediada de Champagne y algunas copas indicaban bastante que hacía largo rato estaban allí.

Uno de estos jóvenes, llamado Román, de fisonomía alegre y expansiva, con su fino sombrerillo de paja de Italia echado para atrás dejando descubierta su frente, parecía el más animado; sus ojos pequeños aunque vivos y brillantes y negros como el azabache, guardaban perfecta armonía con el color de su pelo y con el de su bigote, un tanto retorcido, que servía como de sombra á sus labios finos y ligeramente acarminados. Los otros dos, conocidos ya de nuestros lectores, eran Eduardo y Luis.

Acababan de dar las nueve, cuando se presentó á la puerta del café un marinero que se dirigió á Román llevándose la mano al ala de su sombrero, como para saludarlo ó indicarle que estaba á su disposición.

—¿Qué querías, Charanga? dijo Román tomandose el resto del licor depositado en su

copa y echándose ligeramente para atrás en su silla para esperar la respuesta.

—El bote está listo, respondió Charanga.

—¡Cómo! dijo Eduardo dirijiéndose á Román ¿se va Ud. á embarcar desde ahora?

—No tal, contestó Román algo embarazado; pero tengo necesidad de arreglar algunos papeles con el Capitán, y voy á bordo.

Y diciendo esto se levantó de su asiento, dió la mano á sus dos amigos, y salió del café seguido del marinero.

Salía Román, cuando la detonación lejana de algunos cohetes llamó la atención de Eduardo.

—¿Oyes, Luis? En nuestro país no puede haber fiestecita sin cohetes: yo no comprendo ni puedo explicarme el placer que en eso experimenta la gente del pueblo.

—Estás equivocado, repuso Luis tomando la botella y llenando nuevamente las copas, si crees que los que lanzan en este momento esos cohetes toman parte en la diversión de la feria. Hay aquí la costumbre entre la gen-

te de mar, que tiene una gran veneración por la cruz colocada en la cumbre del cerro que se eleva á corta distancia de la Batería, de quemar al pié de dicha cruz algunos cohetes cuando algo desea ó espera, para obtener un resultado favorable. De ahí es que la esposa del pescador á quien una collada ó algún chubasco sorprende en la mar, sube afligida á ofrecer su singular oblación para que su esposo regrese sin novedad; como sube el marino que va á remontar el Cabo de Hornos, ó simplemente el que en los malos tiempos se lanza por necesidad al mar en un débil barquichuelo. Ya que hemos tomado, pues, por la felicidad de tu viaje, añadió Luis tomando su copa, bebamos por que alcanze sus deseos ese desgraciado que quizá en este momento se postra ante la cruz haciéndole su petición fervorosa.

Eduardo alargó la mano secundando el deseo de su amigo; mas al tomar la copa se le resbaló entre los dedos, derramándose sobre la mesa gran parte de su contenido.

Eduardo palideció ligeramente porque era en extremo supersticioso.

—Permíteme, Luis, dijo volviendo á tomar la copa, que beba á tu salud el resto del contenido, y dejemos en paz á ese desgraciado por el que tal vez no debemos interesarnos.

Los dos amigos se levantaron. Luis manifestó á Eduardo que teniendo que hacer una visita, lo abandonaba por un momento; pero que le suplicaba lo esperase de las 10½ á las 11 en la plaza de Machado, puesto que al día siguiente no podrían verse por tener los pasajeros que embarcarse, tal vez, muy de madrugada. Eduardo convino en esperar á su amigo en el lugar y hora citados, y Luis se separó de él confundiéndose á poco entre la concurrencia.

Solo Eduardo y sin saber qué hacer, caminó algún tiempo á lo largo de la iluminada calle, sin fijar casi la vista en la multitud de personas que á cada momento interrumpían su paso; se detuvo después en una ruleta donde muchos hombres, mujeres y ni-

ños ponían su pequeño capital con la esperanza de hacerlo treinta y seis veces mayor; esperanza que, y sea dicho de paso, veían burlada á cada golpe que daba con su varilla sobre la mesa el incansable ruletero; y sentóse en seguida en una banca, notándose en su fisonomía más bien el fastidio y la tristeza que la curiosidad, tan natural en un jóven como él, de ver pasar entre los concurrentes, á las bellas hijas de Sinaloa, tan festivas, tan alegres, ostentando sus gracias y su hermosura en esas noches en que tienen lugar en Mazatlán tantas dulces intrigas y tantas amorosas conquistas. Agena el alma apasionada de Eduardo á aquella expansión de alegría, é inclinado él naturalmente á la soledad, estaba allí fuera de su centro; así es que apenas escuchó las primeras campanadas de la queda, se levantó de su asiento dirigiendo sus pasos hacia la plaza de Machado.

Al llegar á la esquina que llaman familiarmente de Echeguren, notó Eduardo que una

familia, compuesta de tres señoritas y dos señoras mayores á quienes daba el brazo un caballero grueso que por su aspecto y sus maneras parecía ya entrado en edad, retirándose de la feria, tomaba el mismo camino que él seguía; y con el objeto de pasar por delante, apresuró su marcha; más al bajar la calzada, precisamente al lado de aquella familia, oyó que el viejo grueso dijo dirijiéndose á una de las señoritas:

—¿Sabes quién está en Mazatlán y va también para San Francisco en la "Carolina"?

—¿Quién, papá? contestó la señorita.

Eduardo fijó su atención, aunque siguiendo al mismo paso su camino.

—Eduardo Contreras, ese poeta favorito tuyo cuyas composiciones tanto te gustan y enternecen, repuso el viejo.

Al oir Eduardo estas palabras sintió algo extraño en su corazón. Alhagado su amor propio de poeta, hubiera querido detenerse para escuchar; pero llevaba un paso precipitado y consideró impropio detenerlo, pues

las personas que componían esa familia hubieran fácilmente comprendido que lo hacía para escuchar lo que hablaban. No pudo distinguir, pues, las palabras de la señorita que siguieron á las últimas frases del viejo; pero procuró no perder de vista á la familia para saber donde vivía y poder tomar de su amigo Luis informes sobre ella.

Era una curiosidad, y Eduardo no era curioso: el amor propio de poeta triunfaba entonces del indiferentismo del hombre.

Llegó Eduardo al término de la primera cuadra, pasó la segunda, comenzó la tercera, y la familia siempre detrás como si llevase la misma dirección. Llegó á la última cuadra y atravesó la calle para poder, sin ser visto, observar á la sombra de los muchos naranjos que adornan la risueña plaza que llaman de Machado, la dirección que tomaban las personas que atraían en esos momentos su atención.

La familia apareció al poco rato, continuó por la acera de la plaza, y entró en una her-

mosa casa cuyos balcones quedaban precisamente al frente del lugar en que Eduardo se había colocado.

Satisfecha la curiosidad del jóven, tomó asiento en una de las bancas de material que, sombreadas por los naranjos, forman el cuadrilongo que comprende aquel pintoresco y alegre local, tan concurrido en las noches de luna en que los habitantes de Mazatlán no tienen la distracción de la feria.

Eduardo estaba solo, enteramente solo: los suaves suspiros del terral movían ligeramente las frondosas copas de los naranjos formando un murmullo apacible, y esparciendo por aquella atmósfera, suavemente tibia, los perfumes delicados y embriagadores del azahar: todo estaba en calma, todo parecía dormir en torno suyo á la luz de la luna que vagaba silenciosa por el espacio; y el mismo Eduardo, que aspirando, por decirlo así, aquella dulce sensualidad de la Naturaleza, se había adormecido meditando tristemente en el caro objeto de sus constantes delirios,

en la ideal belleza de sus ilusiones más caras, volvía de vez en cuando la vista á todas partes, como para reanimar en su alma de poeta el sentimiento de lo bello que le inspiraba aquel cuadro encantador.

En uno de esos momentos creyó escuchar un ligero ruido en los balcones de la casa en que había entrado poco antes la familia que tanto había movido su curiosidad, y dirigió la vista allí: una joven vestida de blanco abría una de las celosías y se asomaba al balcón.

La luna embellece y poetiza todo lo que alumbra; y Eduardo, que allí en aquella dulce soledad había templado su alma para el sentimiento y la ternura, no pudo ver á esa mujer vestida de blanco que completaba aquel cuadro tan bello, sin amar en ella á su hermosura ideal, sin creer distinguir en sus formas, medio confundidas por la blancura de la luz que de lleno arrojaba la luna sobre ella, las formas aereas y vagas de ese angel soñado que hacía muchos días, un año

quizá, era el objeto de sus más tiernos delirios.

¡Ilusiones, ilusiones del momento! pero ¿porqué cerrar el alma á ellas cuando ellas son su alimento y su vida?

La jóven se separó á poco rato del balcón aunque sin cerrar la celosía, y un instante después interrumpían el silencio de la noche los preludios armoniosos de un piano.

Oh!...la música! Una música triste cuando la naturaleza duerme, cuando la luna discurre por el cielo arrojando su luz sobre todos los objetos que nos rodean, cuando solo se escucha en torno nuestro el murmullo apacible que producen las hojas de los árboles movidas ligeramente por el viento, ó el ruido lejano de alguna fuente; una música triste, repito, es entonces la armonía del sentimiento, porque agita la atmósfera con algo magnético que conmueve al alma, produciendo en ella sensaciones dulces y melancólicas á la vez, que hacen abrir á la ternura todos los senos del corazón. Y si esa música, si

esas armonías las oimos en las altas horas de la noche salir como un lamento de las teclas de nácar bajo los dedos delicados de alguna jóven hermosa, que al recorrerlas negligentemente las hace gemir con dulzura como si les trasmitiese con el tacto los ayes y los suspiros de su alma enamorada, ¡oh! entonces esas armonías vienen como una tierna confidencia á herir todas las fibras de nuestro corazón apasionado, y á despertar en él todos los sentimientos del amor y de la piedad.

Eduardo abría toda su alma para no desperdiciar una sola nota, porque hay momentos en que el alma monopoliza y confunde todos los sentidos.

Después de aquellos preludios, una voz conmovedora, suave como el murmullo de una fuente, dulce como el suspiro de una virgen, comenzó á cantar unas melodías tan tristes, sí, tan tristes como el último canto del ruiseñor que espira.

Eduardo pudo escuchar las siguientes palabras:

"¡Pobre mujer para el dolor nacida
que la esperanza guardas de tu amor!
¡Pobre flor por los vientos combatida,
al rayo ardiente mustia y abatida
de un sol abrasador.

¡Oh! ya no esperes encontrar ventura
en este mundo de dolor y afan,
pues probaste la hiel de la amargura,
y las penas, mujer, de tu hermosura
la flor marchitarán.

Una breve pausa siguió á este último verso, como si la mujer que cantaba, como si la joven que creyéndose sola daba sus quejas dolorosas al viento, hubiese tenido la necesidad de enjugar alguna de esas lágrimas silenciosas pero elocuentes, que asoman á los ojos de la virgen cuando contrariada en sus más tiernas afecciones ha perdido todas sus esperanzas de felicidad.

A poco, continuó la misma voz:

¿Qué te vale en el mundo ser hermosa
si eres débil también, pobre mujer;
y esclava humilde de ama codiciosa,
tu mano venden y tu fé de esposa
al rico mercader?

¿Còmo podrás mañana, envilecida
en brazos del lascivò comprador,
al triste yugo por el oro uncida,
sentir con gusto resbalar tu vida
y bendecir tu amor?........

Una nueva pausa volvíó á interrumpir la canción. Oh! la jóven que la cantaba debía sufrir mucho.

Un momento después continuó:

¿Còmo podrás mañana sin desvío
hacer la dicha de tu esposo, el bien;
si está para él tu corazòn vacío,
si está tu cuerpo desmayado y frío
y tu alma también?

¿Còmo podrás con el materno aliño
contemplar á tu hijo sin rubor
y orgullosa vivir con su cariño,
si el deber te hizo madre, y aquel niño
no es hijo de tu amor?

¡Oh! ya no esperes encontrar ventura
en este mundo de dolor y afan,
pues probaste la hiel de la amargura,
y las penas, mujer, de tu hermosura
la flor marchitarán.

El canto terminó y aquella casa volvió á

quedar sumergida en un silencio profundo. Tal parecía que la última nota de aquella voz dulcísima, había sido el último suspiro de un amor desgraciado, el último aliento de una existencia debilitada por el dolor.

¿Quien era la mujer que con tanto sentimiento, que con tan exquisita ternura cantaba esos versos que Eduardo hacía algunos meses había publicado en Guadalajara?

¿Quien era la Hada encantadora que en aquellas horas hería de tal modo las fibras más delicadas de su corazón?

El joven, cuyos ojos vertían lágrimas en aquel momento, sacó de su pecho un pequeño relicario y lo llevó repetidas veces á sus labios. Eres tú, amor mío, dijo estrechándolo sobre su corazón, la que das al viento esas melodías dulcísimas que enternecen deliciosamente mi alma enamorada, porque tú, sombra querida que vaga siempre en torno mío rodeada de misterio y de encanto; tú, angel de guarda que me acompaña por todas partes, le hablas á mi alma en el perfu-

me de las flores, en los suspiros de la brisa, en el murmullo de la fuente, en todas las delicadas armonías que llegan á mis oidos; sí, en todo aquello que me encanta y me conmueve.

Como si sintiera después la necesidad de consignar de algún modo las emociones que que sentía, sacó su cartera y trazó en ella las siguientes líneas:

"Canta, mujer: las notas seductoras
que triste das al silencioso viento
en estas dulces y apacibles horas,
ay! conmueven mi ardiente corazón.

¿Qué nos da que la noche con pereza
lenta avance, mujer, mientras estemos,
tú cantando tu amor ó tu tristeza,
yo escuchándote al pié de tu balcón.

Si así cantando enternecida lloras
en los recuerdos de tu amor perdida,
deja que en estas silenciosas horas
contigo llore mientras cantas tú........"

En los momentos en que Eduardo escribía estas últimas palabras daban las once.

Pareciéndole reconocer los pasos de su amigo Luis en los de una persona que atravesasaba á la sazón por uno de los ángulos de la plaza, guardó su cartera y esperó.

—Luis, le dijo cuando lo hubo reconocido, creí que te habías olvidado de la cita.

—Imposible, contestó Luis: mañana no podré verte y quiero esta noche acompañarte un rato.

—Pues vámonos á mi cuarto, dijo Eduardo levantándose de su asiento. Oye, Luis, agregó ya en marcha con su amigo para el hotel de Europa en el que estaba hospedado. ¿Quién vive en aquella casa que tenemos al frente?

—En esa casa vive la familia del Sr. González; pero si has escuchado algún canto dulce como el del ruiseñor, si has visto algunos ojos de mirada triste y apacible, habrás oido y visto, sin duda, á la jóven de quien te hablé esta tarde que vive también allí, á la encantadora Laura de Mendoza.

Eduardo guardó silencio; y los dos jóve-

nes, dejando atrás la plaza de Machado, tomaron la calle del mismo nombre.

El que en esos momentos hubiera atravesado la bahía, podría haber visto á un bote ligero, de buena manga y tripulado por seis vigorosos marineros, desprenderse con sus dos velas latinas de una de las barcas ancladas en el puerto. Al deslizarse silenciosamente sobre las aguas, el piloto, que llebaba la caña del timón, preguntó á un joven decentemente vestido que iba á su lado:

—¿A donde vamos?

Y el joven, haciendo un movimiento como para recostarse á lo largo del banco en que se había sentado, le dijo lacónicamente:

—A las playas de Matanchén.



CAPITULO IV.

La salida del Puerto.

CUANDO Luis se marchó y quedó Eduardo solo en su aposento, comenzó á darse paseos: al verlo con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, la frente inclinada, los ojos bajos, tan abstraído, tan silencioso, se le hubiera creído entregado á las más tristes cabilaciones; y con efecto, en su alma vibraban aún los últimos ecos de aquel

canto doloroso. ¿Quién era esa Laura á quien le habían pintado como un dechado de perfecciones, como un tipo notable de hermosura; esa Laura á quien no conocía y de quien era, sin embargo, el poeta favorito?

Así debe ser, decía para sí, la mujer que yo amo; y sin sentirlo, personificaba en Laura á la ideal hermosura de sus adoraciones. Amaba á Laura como hubiera amado á cualquiera otra que se acercase á la mujer perfecta que había soñado, contemplando noches enteras el retrato que llevaba siempre consigo.

¡Pobres poetas! Llamadlos inconstantes, si quereis, vosotras las que no comprendeis la ternura exquisita de su corazón; vosotras las que no comprendeis que aman constantemente con ese amor vago, sin objeto, que los hace impresionables como la sensitiva, pero delicados en sus afecciones; que aman y olvidan con facilidad, no por ligereza ó veleidad de carácter, sino porque está en su naturaleza amar solo lo bello, lo sublime, y

sublime en la mujer está en la perfección. Dadle á un poeta una mujer tan apasionada como Eloisa, tan interesante como la Matilde de Richarsson, y formareis de él un sér constante hasta la heroicidad del martirio, que vivirá sufriendo como Abelardo y morirá amando como Malek-Adel.

Eduardo pasó una noche de insomnio. Cuando á la madrugada sintió la necesidad del sueño, sus ojos se cerraron perezosamente; pero quedó su alma vagando por esos espacios luminosos en que parecen confundirse todos los perfumes y todas las armonías para embriagarnos deleitosamente. Quizá en sus sueños vió animarse la imagen amada de su retrato, con sus ojos negros y rasgados, con su fisonomía dulce y melancólica; quizá oyó que le llamaban Laura, y la contempló vagando en torno suyo con sus formas aéreas y cubierta con un velo blanco y sutil como las Peris del Paraíso. Tal vez sintió el suave contacto de sus labios de rosa y aspiró, delirante, su aliento perfumado;

porque Eduardo, al despertar, miró tristemente á su alrededor como si sintiera haber descendido al mundo del hermoso cielo en que se había adormecido.

Apenas apuntaban los primeros rayos del sol sobre el horizonte, hizo conducir al muelle su pequeño equipaje, y se dirigió á bordo de la barca «Carolina» que se había puesto ya en franquía como si esperase sólo á los pasajeros ó el primer soplo de la brisa para hacerse á la vela. Al llegar á bordo dispuso le preparasen su camarote, y sintiendo cansancio por la noche de insomnio y de delirio que había pasado, se acostó con la intención de dormir algunas horas.

Una hora después llegaba también á bordo la familia de D. Francisco de Mendoza.

Al parecer, eran cinco nadamás los pasajeros; y el buque, enteramente listo, con el práctico á bordo y con sus anclas á pique, esperaba sobre la espía la venida del viento para efectuar su salida.

Serían las nueve de la mañana cuando las

aguas, tersas como un cristal, comenzaron á rizarse débilmente por algunas partes, dejándose sentir de vez en cuando un vientecillo suave del Noroeste. Poco después perdieron ese color de cielo claro, calinoso, y tomando un azul más oscuro, se agitaban con las primeras ráfagas de la "virasón" formando pequeños oleajes.

Era este seguramente el momento oportuno, porque el Capitán, de pié sobre la toldilla y con el Práctico al lado, comenzó á mandar la maniobra.

Se largaron primero los foques y la vela mesana, para que el viento ayudase la acción del timón con objeto de poner la proa en la dirección conveniente. Después, con la mayor precision, como si la voz del Capitán moviese algún oculto resorte, se desarrollaron los lienzos de la mayor, del trinquete, de la mesana y del velacho. Ya el buque caminaba con magestuosa lentitud, cuando el Capitán gritó: «Larga juanetes, larga escandalosa», y se extendieron casi á los

extremos de los tres palos de la barca tres pequeñas velas que debían aumentar considerablemente su andar, dejándose bastante conocer por el ruido que formaban las aguas al cortarlas la angosta proa, y por el surco espumoso que la barca iba dejando tras de sí.

Después que el Práctico se hubo marchado, el Capitán, juzgando, quizá, conveniente aprovechar la fresca brisa que soplaba, hizo largar los sobrejuanetes, las alas y las arrastraderas; de manera que el buque, caminando á un largo sobre el costado de babor, se desprendía á todo trapo, como dicen los marinos, de las extendidas costas de Sinaloa.

Cuando Eduardo algún tiempo después subió sobre cubierta, los marineros en la proa parecía que descansaban de sus rudas tareas, sentados unos fumando tranquilamente sus pipas, entretenidos otros en destorcer cabos ó en hacer filástica; y no faltaba, entre ellos, alguno que, recostado sobre la borda, mirara con tristeza la costa de que se alejaba como

si le dijera silencioso su último adiós.

Eduardo creía no tener más compañero de pasaje que Román, quien le aseguró que iba en el mísmo buque hasta San Francisco; más no viéndolo allí, y juzgándose el único pasajero, pues la familia de Mendoza estaba á la sazón en sus camarotes, se puso de pié sobre la toldilla mirando tristemente para Mazatlán, donde quedaba la joven que tanto lo había preocupado, esa misteriosa Laura á quien se complacía en creer la imagen de la mujer cuyo retrato era el objeto de su más tierna adoración, y á quien, quizá, no volvería á ver jamás. Este pensamiento extendió por su frente pálida cierta sombra de melancolía cuando vió los blancos edificios de la ciudad irse confundiendo entre las sombras de las montañas; cuando vió después á las montañas perder su forma por la distancia, y á la costa como una faja de tierra que se angostaba visiblemente cual si se fuera sumergiendo en las aguas azuladas; y cuando, por último, distinguió solo una línea ne-

gra sobre el horizonte, y la punta de la montaña del crestón, que en la forma perfecta de un cono azulado, parece, á tal distancia, salir de las aguas para indicar desde muy léjos á los marineros que navegan por aquellos mares, el punto de la costa á que deben dirijirse.

Hubiera Eduardo permanecido mucho tiempo allí, perdido en sus dulces á la par que tristes meditaciones, pues no podía ser más agradable la frescura de la brisa y el melancólico aspecto que á aquel solitario mar le prestaban sus plácidos murmullos, si el toque de la campana de á bordo no le hubiera indicado la necesidad de bajar á la cámara, donde estaba ya servido el almuerzo.

Cuando él bajó, se hallaban sentados á la mesa el Capitán, el Piloto, y dos personas más que parecían ser pasajeros, pero á quienes el jóven veía por primera vez: estas eran, un señor grueso, de fisonomía dura aunque expresiva, que representaba pasar de los 50 años, y una señora que parecía ser su espo-

sa, y que conservaba aún las señales de una hermosa juventud.

—¿Y la Señorita está indispuesta? preguntó el Capitán á la Señora dándole el plato que para ella acababa de servir.

—Sí, señor, está muy mareada, contestó la Señora: después tomará un poco de té.

—Es la primera vez que se embarca, añadió el señor grueso, y paga á la mar el debido tributo.

—Esa no es razón, Francisco, advirtió la Señora á su marido, pues yo tampoco me había embarcado nunca, y no siento más que una ligera molestia en el estómago que no me impide, sin embargo, tener muy buen apetito.

—Pero, segun entiendo, añadió el Capitán, ustedes no son de Mazatlán.

—Es verdad, dijo D. Francisco; pero hemos permanecido allí algún tiempo: desde Tepic venimos por tierra haciendo ocho días mortales de camino.

La conversación durante el almuerzo fué

sobre generalidades, y Eduardo tomó en ella muy poca parte. Cuando á la conclusión se levantaron de la mesa el Capitán y el Piloto quedándose solo Eduardo con los dos señores, le dijo D. Francisco:

—¿Y usted piensa permanecer mucho tiempo en California?

—No, señor, contestó Eduardo; el necesario puramente para evacuar el pequeño negocio que allí me lleva y que solo podrá ocuparme uno ó dos meses.

—Vamos! ¿y qué obra literaria tiene usted hoy entre manos? añadió D. Francisco, porque supongo que estoy hablando con D Eduardo Contreras.....

—Servidor de usted.

—El nombre de usted, continuó D. Francisco, es bastante conocido por los bonitos versos que desde hace algún tiempo ha publicado en diversos periódicos, y en Mazatlán oí decir que haríamos nuestro viaje en tan buena compañía.

Los tres pasajeros continuaron en su con-

versación, y el buque seguía su camino tranquilamente hasta que se oyó la voz del Capitan que gritaba sobre cubierta: «*Listos á virar.*» Los pasos precipitados de los marineros, que resonaban en el techo del entrepuente, indicaban la prontitud con que ocurría cada uno al puesto que le correspondía.

El Capitán continuó: «*Orza, larga escota*» y á esta voz se sintió que el buque suspendía la velocidad de su marcha y se enderezaba sobre las aguas. «*Carga amura sobre volina, cambia al medio, descarga á proa, amarra mayor, amarra trinquete, amarra gabia, amarra velacho*» prosiguió diciendo con algunas pausas el Capitán; y los pasajeros, que por un momento habían interrumpido su conversación, sintieron que el buque se tumbaba ligeramente hacia el lado opuesto al que llevaba su inclinación anterior.

—No comprendo esta maniobra del Capitán, dijo Eduardo encendiendo un tabaco habano que poco antes le había ofrecido D. Francisco; tal parece que en vez de hacer

rumbo al Cabo de San Lucas que tenemos que remontar, nos dirijimos á Guaymas ó al fuerte Yuma.

—Con efecto, dijo D. Francisco echándose para atrás y levantando la vista hácia la escotilla, como si quisiera interrogar desde su asiento á alguna de las personas cuyos pasos se oían en el piso de la toldilla; esta virada de bordo parece indicar que el objeto del Capitán es subir el Golfo de Cortés.

Pronunciaba estas últimas palabras Don Francisco cuando el Capitán entró en la Cámara.

—Capitán, dijo festivamente D. Francisco, que ¿volvemos á Mazatlán?

—Oh! nó; pero tengo que hacer rumbo á Altata para recoger á un pasajero y alguna carga, contestó el Capitán sonriéndose.

—Pues nuestro silencio algo vale, Capitán, añadió sonriéndose también D. Francisco y con cierto aire de misterio como si hubiese comprendido de lo que se trataba.

—Vale una copa de ron. Ea! mucha-

cho, dijo el Capitán al mozo de cámara que con los brazos cruzados sobre el pecho estaba de pié á cierta distancia dc la mesa: trae el ron y las copas.

Con la viveza del rayo cumplió el muchacho las órdenes que se le daban. El Capitán llenó tres copas, ofreciéndole una á Eduardo y otra á D. Francisco; y los tres, antes de llevarlas á los labios, las tocaron ligeramente unas con otras, como si con esta acción muda manifestasen algún deseo oculto. Después subieron sobre cubierta, y la señora entró en el camarote de su hija. Esta, por su parte, aunque mareada, sintió que sus fatigas y su malestar habían cambiado mucho con la posición horizontal que había tomado acostándose. Aunque no conocía personalmente á Eduardo, tenía una viva simpatía por él desde que había leído sus versos y bien lo habría conocido quien hubiera podido verla dentro de su camarote; atenta á la conversación que dicho joven tenía con sus padres, de la cual no perdió una sola pa-

labra, é incorporándose de vez en cuando en su lecho para ver por entre las tablas de la persianilla de su puerta la fisonomía dulce y expresiva del joven, y contemplar la apacible languidez de sus ojos.

Durante todo el día y haciendo bordadas de dos en dos horas estuvo la Barca de vuelta y vuelta, lo que le hizo adelantar tan poco en su camino, que en una de las bordadas hacia tierra que dió al oscurecer, pudieron las gentes de á bordo distinguir entre la sombra azul que como un celaje se extendía sobre el horizonte, una leve claridad que producían las luces de la feria de las «Olas Altas.»

A las ocho de la noche empezó á calmar el viento: las velas se aflojaban de vez en cuando dando fuertes sacudidas sus enormes lienzos, y las aguas del mar, agitadas antes y de un azul que tiraba á verde, comenzaron á tomar el color del cielo, formando grandes masas que chocaban unas con otras sin reventar, y que dejaban en pos de sí una

superficie tersa como la del cristal. Una hora después la calma era perfecta: la Barca parecía enclavada en un lago de hielo; las velas, sin viento, colgaban de las vergas azotándose sobre la jarcia, y formando sus liénzos á cada tumbo que daba el buque un ruido monótono y triste, que confundido con el rechinido de los palos y de todo el maderamen, causaba una sensación de fastidio muy difícil de explicar.

La Barca no avanzaba en su marcha, y el timonel, recargado sobre la rueda del timón y bostezando perezosamente, más parecía estar allí por costumbre que por necesidad; los marineros, recostados sobre la cubierta de proa, platicaban ó cantaban alguno de esos aires nacionales que parecen tan tristes cuando se oyen salir de la boca de un marinero en la callada soledad del mar; el Capitán se paseaba sobre cubierta renegando de la inacción ó murmurando palabras impías; y Eduardo y D. Francisco, como si fuesen extraños á esa especie de desesperación

que producen las calmas, permanecían sentados sobre la toldilla hablando tranquilamente y contemplando la hermosura de la noche y la belleza del mar.

La noche estaba serena, y la luna, discurriendo por un cielo sin nubes, bañaba con su luz la inmensa extensión del mar, plateando ligeramente su superficie.

—Oh! qué bello espectáculo! dijo D. Francisco levantándose de su asiento: voy á vèr si quieren las señoras subir á contemplarlo.

Eduardo se quedó solo: con cuanta tristeza dirigía su vista á la lejana y casi imperceptible claridad que producían en el horizonte las mil luces y fogatas de las «Olas Altas.» Tal vez allí estará ahora, pensaba, esa misteriosa Laura á quien solo he visto con los ojos del alma, pero por quien ha latido tan dulcemente mi corazón. Y como si creyera verla en el retrato que llevaba interiormente colgado de su cuello, sacó el pequeño relicario de oro, contempló largo rato á la claridad de la luna la imagen que

guardaba, y con el respeto con que podría besar un objeto sagrado puso sus labios sobre ella.

En ese momento subían la pequeña escalera de la toldilla D. Francisco y su esposa. Eduardo guardó el relicario y se adelantó para ofrecer la mano á la señora.

—Laura sigue mareada, dijo D. Francisco tomando su antiguo asiento, y prescinde de todas las bellezas del mundo.

Eduardo sintió un golpe en su corazón, y sus miembros se estremecieron ligeramente con aquellas palabras tan sencillas de Don Francisco que envolvían para él una revelación. ¡Laura! ¡Laura! ¿qué nombre es este tan lleno para mí de místerio y de dulzura, que despierta en mi alma sentimientos tan tiernos? ¿Será Laura de Mendoza la que está á bordo, la que duerme bajo mi mismo techo, la que parte conmigo en estos momentos los peligros de la navegacion? ¿Será D. Francisco su padre? Y Eduardo, al pensar así, procuraba recordar en D. Francisco

al Señor que acompañaba á la familia que encontró la noche anteriór en la calle de Machado, pues aunque entónces no había fijado su atención en él, le parecía ahora reconocer en su voz la voz del viejo que dijo á una de las señoritas las palabras que tanto alhagaron su amor propio.

Aquellas tres personas, sentadas sobre la cubierta de popa, hubieran guardado silencio por mucho tiempo, si hubieran tenido que esperar á que lo rompiera el joven poeta, que verdaderamente se había sumergido en sus cavilaciones; pero D. Francisco, que probablemente no cavilaba, y que no encontraba que el silencio pudiera producir otra cosa que sueño y fastidio, lo interrumpió diciéndole á Eduardo:

—Está usted triste y pensativo. ¿No le inspira á usted el mar en una noche tan tranquila y tan hermosa?

Eduardo, que lo que deseaba en aquel momento era saber la realidad de lo que sospechaba, contestó á D. Francisco:

—Fácil sería que me inspirase este espectáculo tan encantador de la Naturaleza; pero, hablando á Ud. con franqueza, mi silencio lo producía otra causa: procuraba yo recordar en qué parte había conocido á Ud. antes de ahora, pues estoy casi seguro que no es la primera vez que lo he visto y que he escuchado el metal de su voz.

—Quizá en México, dijo tranquilamente D. Francisco.

—Aguarde Ud., añadió el jóven, ¿tiene Ud. algunas relaciones de parentesco con la familia de....? pero no, no puede ser, porque el apellido de Ud., si no me equivoco, es Mendoza.

—Cabalmente.

Eduardo suspiró en silencio y sintió que la sangre corría por sus venas con más libertad. Ya no podía caberle duda de que Laura de Mendoza estaba allí. Sus pensamientos todos se concentraron como por encanto; su mundo se encerró en los límites estrechos de aquella embarcación. Nada le

importaba ya la tierra que abandonaba, porque nada le parecía dejar tras de sí.

—En Mazatlán, continuó, he oido bastante el apellido de Ud., porque á porfía se hacen allí elogios de las distinguidas prendas que adornan á la señorita su hija que, según he podido juzgar, se ha hecho apreciar extraordinariamente.

—Es un favor que le ha dispensado la sociedad de Mazatlán, dijo la Señora.

—La pobre se despedía allí de los aires patrios, agregó D. Francisco.

—¿Tan larga piensa Ud. hacer su permanencia en California? preguntó Eduardo.

—Tal vez sí, tal vez no; pero de todos modos Laura se quedará con su marido, puesto que su enlace tendrá lugar en San Francisco con un joven que debe quedarse allí estacido.

—Algún americano, quizá, dijo Eduardo friamente tratando de ocultar la emoción de disgusto que le habían causado las últimas palabras.

—No, señor: es un mexicano nacido en Mazatlán é hijo de D. Fermín Sanchez. Debe salir de Mazatlán en la primera oportunidad, puesto que no lo tenemos ahora por compañero de viaje como él me indicó que podríamos tenerlo.

—Con efecto, dijo Eduardo lanzando á su pesar un débil suspiro, Román Sánchez, á quien conozco bastante, me aseguró que seríamos compañeros: tal vez á última hora lo pusieron sus negocios en la imposibilidad de realizar sus deseos.

La conversación de los tres pasajeros se prolongó por largo tiempo, pues la apacible serenidad de la noche hacía muy agradable la permanencia sobre cubierta. Cuando bajaron á la Cámara, el buque estaba en el mayor silencio: inmutable el timonel como una estátua velaba junto á la rueda del timón, y el Piloto, que hacía en ese momento su guardia, se paseaba de proa á popa fumando tranquilamente su pipa.

La Señora y D. Francisco entraron en sus

camarotes; y Eduardo, después que se hubo acostado en el suyo, saboreó por más de media hora la esperanza de conocer á esa Laura por quien sentía en su corazón la más viva simpatía.

El sueño comenzaba ya á cerrar sus párpados, cuando oyó pasos en la cámara: fijó su atención, y vió á un hombre robusto, de regular estatura y de negra y poblada barba, que se acercó á la lamparilla de la brújula para activar su luz un tanto amortiguada, y que al retirarse recorrió con su mirada, medio velada por sus pobladas cejas, todos los ángulos de la Cámara.

Si Eduardo no hubiera reconocido al Piloto en ese siniestro personaje, hubiera quizá encontrado espantosa aquella inquisitiva mirada.



CAPITULO V.

Las playas de Matanchén.

LA noche en que Román en su lijero bote se desprendió de la Barca «Carolina» dirigiéndose á las playas de Matanchén, soplaba un viento terral tan fresco, que dicho bote, conocido con el nombre del "Pirata", más parecía volar como la gaviota sobre la superficie de las aguas que endirlas con su proa delgada y filosa. Muy pronto se hu-

biera perdido esta pequeña embarcación entre las sombras de la noche á la vista del que á bordo de la "Carolina" pudiera estar atento á su marcha, si sus velas, sobre las que daba de lleno la luz de la luna, no hubieran por algún tiempo ofrecido un punto blanco que indicaba bastante el rumbo que tomaba

Ya mis lectores conocen á Román, el jóven que apuraba algunas copas de Champagne en un Café de las «Olas Altas» platicando amistosamente con Luis y con Eduardo, y han oido también hablar, aunque vagamente, de Charanga. Román Sánchez era el hijo único de un rico comerciante español de Mazatlán, en cuya casa de comercio hacía los servicios de un dependiente de confianza. Tenía que desempeñar en San Francisco no se qué negocios de grande importancia que quizá exijirían su radicación allí, donde probablemente se casaría también, efectuándose la boda que su padre había concertado pocos dias antes con el padre de la joven que de-

bía ser su esposa.

Román, pues, debía haber partido en la Barca «Carolina» perteneciente á la casa de su padre; pero por motivos que después sabremos, se lanzó al mar en el bote llamado el "Pirata", la noche anterior al día de la salida de la Barca.

El bote caminaba *á un largo;* los marineros, sentados en sus bancos, parecía que dormitaban; y el silencio más profundo reinaba en torno de Román, oyéndose tan sólo ese *chás*....*chás*....que producen las aguas al chocar contra los costados de la embarcación que á la vela se desliza ligeramente sobre ellas.

Después de correr una hora sobre las aguas con una velocidad prodijiosa, y cuando solo tenían á la vista una línea negra que indicaba la proximidad de la costa que recorrían y de la que marchaban separados á no poca distancia, Román, como si el silencio le produjese sueño y quisiera distraerlo, sacó un tabaco de su faltriquera y lo encendió en la

pipa que iba fumando Charanga.

Charanga, por su parte, sentado en la mura de popa junto al timón, parecía una estátua según la inmovilidad que guardaba.

Román rompió aquel silencio, interrumpido de vez en cuando por el bufido lejano de alguna ballena ó por uno que otro aletazo de los peces sobre la superficie de las aguas, diciéndole á Charanga:

—¿Crees que nos durará el terral hasta la madrugada?

Charanga levantó la vista al cielo como para interrogarle á su vez, y después de pasear su mirada por el horizonte, contestó:

—Sí, nos amanece y quizá refrescará más.

—¿Qué tiempo tienes de ser marinero? volvió á preguntar Román, que quería indudablemente provocar una conversación, más por entretenerse en algo que movido por ninguna clase de interés.

—Veintidos años, contestó Charanga: el de la mar es mi ejercicio desde la edad de 12 años en que salí de la escuela.

—De modo, dijo Román, que conocerás estos mares á palmos, como dicen.

—No tanto como los del Golfo de México en cuyas costas nací.

—Yo te creía de Acapulco: á lo menos has estado mucho tiempo en ese puerto.

—Es verdad: he permanecido en él por más de tres años; pero nací en Veracruz. y allí y en otros puntos de aquella costa estuve hasta hace ocho años que vine al Mar del Sur.

—Si eres veracruzano conocerás, sin duda, á la familia de Contreras.

—Perfectamente: los muchachos estuvieron conmigo en la escuela, porque aunque Ud. me ve de marinero, por las calaveradas de mi niñez, no me llamo Charanga, como me dicen, sino Juan Lemus; siendo mi apellido el de una familia acomodada de Veracruz y emparentada muy de cerca con la de Contreras, la cual familia me adoptó por hijo cuando murió mi madre, antigua criada de esa casa, dejándome huérfano á la edad

de cuatro años. Dicha familia me consideró y educó verdaderamente como á un hijo; pero yo –¿entiende Ud.?– era muy malo, y, con el objeto de corregirme cuando salí de la escuela á la edad de 12 años, me pusieron de grumete en un buque que salía para Europa. Cuando volví, sin que el mal trato de á bordo me hubiera hecho mucho efecto, me deserté del buque y me fuí á Túxpam—¿Usted me entiende?—donde estuve dos años. Volví después á Veracruz, y como la familia de Lemus, creyéndome incorregible, se había desentendido de mí, he andado desde entónces de mi propia cuenta.

—Pues uno de los Contreras vino hace poco á Mazatlán: estaba precisamente conmigo en el café cuando fuiste á avisarme que el bote estaba listo. ¿No lo viste?

—No puse cuidado, y aun cuando me hubiese fijado en él no lo hubiera quizá conocido. ¡Hace tantos años que salí de Veracruz! ¡Cuánto hubiera deseado verlo! Y ¿quién de ellos es?

—Eduardo, el poeta.

—Ah! Eduardo. Precisamente era al que más quería yo, porque era uno de mis buenos amigos de la escuela; y después le he debido la vida dos veces, como si la mano de la Providencia lo hubiese colocado á mi lado para salvarme.

—Cómo!

—Cuando volví de Túxpam á Veracruz tendría yo 15 ó 16 años, y con algunos ahorros que había guardado pude çomprar un botecillo con el que ganaba mi vida en el tráfico del muelle. Una tarde llegaron á donde yo estaba cuatro ó cinco jóvenes, entre los cuales venían Eduardo y Antonio su hermano. Buscaban bote para ir á bañarse á los fosos de San Juan de Ulúa, y yo les ofrecí el mío. Mi bote era muy ligero, soplaba un buen brisote, y á la vela—¿usted me entiende? —nos bastaron un par de bordadas para llegar en un momento á los muelles del Castillo. Los muchachos se quitaron la ropa en el mismo bote y se fueron arrojando al agua

en una profundidad de dos ó tres varas. Yo padecía á la sazón unas calenturas intermitentes y no podía bañarme, de manera que simplemente para verlos y esperarlos me había sentado en la orilla del muelle dejando colgar las piernas hacia el foso: uno de dichos muchachos, travieso y de mal corazón, llamado Nicolás Prieto, me tomó de un pié, y sin que valiera el que le dijera yo que estaba enfermo, me dió tan fuerte tirón hácia el foso que caí al agua vestido como estaba. Ciego de cólera me abalancé á él, y nos hubiéramos ahogado ambos quizá, si no nos hubiesen los demás separado. Cuando ellos terminaron su baño, entraron en el bote y nos volvimos á tierra: yo estaba aún incómodo, y no había cesado de hablar y de dirijir palabras insultantes á Nicolás, hasta que este, enojado por una de ellas, tomó uno de los toletes del bote y me lo arrojó con fuerza á la cara: iba yo sentado sobre la borda, y al recibir el golpe del tolete caí al agua privado de sentido. El brisote que soplaba

era muy fresco, y el bote llevaba un arranque tan fuerte, que era un disparate el pensar darme con él el pronto auxilio que yo necesitaba. Eduardo, arrastrado por su alma generosa, y sin cuidarse del riesgo que corría por los muchos tiburones que hay en aquellas aguas, se quitó prontamente la levita y se arrojó al mar. Yo nada sentí entonces, pero después que ya, dentro del bote, volví verdaderamente á la vida, supe que Eduardo me había sostenido con gran fatiga sobre las aguas durante diez minutos mortales que los muchachos, poco prácticos en el manejo de la embarcación, tardaron en recoger la vela, en virar y en traer el bote al lugar en que nosotros estábamos. Ya ve usted que diez minutos, privado de sentido como yo estaba, hubieran sido suficientes para que me ahogase.

—Indudablemente le debiste en esa ocasión la vida, dijo Román.

—Tres años después, prosiguió Charanga, las campanas de los templos de Veracruz

tocaron á fuego una noche. El fuego había comenzado en una tienda de licores y comestíbles, y cuando yo llegué al lugar de la catástrofe, las llamas invadían las bodegas y toda la parte baja del hermoso edificio. Mutitud de gente decente prestabá allí sus auxilios: unos manejando las bombas y conduciendo agua, otros salvando lo que era posible salvar, y otros quitando elementos al fuego ó aislándolo en lo posible. Subido yo en el primer cuerpo de la casa, atravesaba por una de las piezas cuyo piso, que caía al zaguán, destruído por el fuego en su parte inferior, no resistió al peso de mi cuerpo y se desplomó, cayendo yo entre las llamas que afortunamente sofocaron un tanto los escombros que cayeron conmigo. Algunos jóvenes estaban á la sazón en la calle frente al referido zaguán, manejando una bomba. Eduardo estaba entre ellos, y al presenciar el derrumbe y al oir una voz humana que se lamentaba entre los escombros y entre las accidentalmente sofocadas llamas, se lanzó

entre ellas veloz como el rayo, y tomándome por un pié me arrastró hasta la calle A mí, en la caída se me había roto una pierna; era mi cuerpo una llaga y mis dolores insufribles. Eduardo sufría como yo: el pelo y las cejas se le habían quemado, y fué necesario, echándole cubos de agua, apagar sus vestidos que ardían como los míos. El generoso Eduardo, sin saber á quien salvaba, me había arrancado, por segunda vez, de las garras de la muerte. Ya ve Ud. cuánta razón tengo para quererle y para sentir no haberlo visto en Mazatlán.

—Pero siempre tendrás, repuso Román, el gusto de verlo, porque viene de pasajero á bordo de la «Carolina.»

Un rayo no le hubiera hecho á Charanga el efecto que le hicieron estas palabras de Román, que cayeron como una lluvia de plomo sobre su corazón.

Si hubiera pasado este diálogo á la luz del día, Román, al ver el semblante descompuesto de Charanga, hubiera comprendido que

en el silencio que guardó después de sus últimas palabras, había encerrado algo de lúgubre y sangriento.

—¿Pero está Ud. seguro de que viene? preguntó Charanga después de algunos minutos, como si dudase aún.

—Tan seguro como lo estoy de que nosotros iremos también, si no tenemos algún desgraciado contratiempo que nos lo impida.

Charanga volvió á sumergirse en un profundo silencio.

A las preguntas que después le hizo Román sólo respondía con monosílabos, como si fuese una máquina á la que se le había acabado la fuerza motriz.

Román, vencido por el sueño, se recostó en el banco en que iba sentado, dobló su brazo derecho de manera que sobre él pudiera descansar la cabeza como sobre una almohada, y se quedó profundamente dormido.

Navegaron toda la noche.

Los primeros rayos del sol vinieron á despertarlo.

—¿Nos falta mucho aún para llegar? preguntó Román incorporándose y dirigiendo sus miradas hácia la costa que tenían á la vista.

—¿No ve Ud., dijo Charanga, aquella punta de la costa que sobresale á lo léjos? Inmediatamente después de doblarla encontraremos la playa que buscamos.

Aquel Cabo fué tomando poco á poco formas más perceptibles, y una hora después lo doblaba la ligera embarcación conducida por Charanga. Al doblarlo, Charanga puso la proa á tierra cual si fuera á embicar en aquella playa solitaria; pero á medida que á ella se acercaba la embarcación, se iba más fácilmente distinguiendo el abra que formaba un angosto estero. Charanga hizó arrear las velas y armar los remos, y con la mayor seguridad y confianza, como si ya hubiera hecho lo mismo muchas veces, dirigió la proa á él, y lo subió unas 200 ó 300 varas,

atracando en un lugar medio oculto por varias ramblas de arena y por una espesa vegetación de mangles.

—Hemos llegado, dijo Charanga á Román abandonando el timón. Para estar en el sitio y hora convenidos, necesitamos salir de aquí esta noche á las 10.

—Está bien: haz que los marineros duerman un rato. Nuestros hombres deben estar por aquí: voy á hablar con ellos.

Román saltó á tierra y se internó por las encrucijadas que formaban aquellas ramblas, entre las cuales se levantaban algunos espinos y extendía sus verdes ramas uno que otro mezquite. Subiendo después á una de esas ramblas, se llevó á la boca la mano puesta en forma de bocina, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Lucas!

Este grito pareció perderse al principio entre el silencio de la desierta playa. Román lo repitió, y entónces fué contestado por otro grito de inteligencia, que hubiera podido

creerse producido por los ecos de aquel desierto.

Román tomó entónces la dirección que le indicaba la respuesta, y no tardó en encontrarse, doblando algunas de aquellas pequeñas encrucijadas, á seis hombres recostados sobre la arena, y á otro que de pié encendía en ese momento su tabaco en uno de los tizones medio apagados de la hoguera que poco antes había ardido allí.

—Lucas, le dijo Román al del tabaco, ¿no ha ocurrido novedad?

—Ninguna, Don Román, contestó Lucas. Llegamos á las dos de la mañana, descargamos, y enterramos inmediatamente todo. Antes que amaneciera despaché á seis de los muchachos con las mulas para no dar nada en qué sospechar en caso de ser hoy desgraciadamente sorprendidos.

—Está bien: á la noche embarcaremos.

Una hora después de haberse puesto el

sol sobre el horizonte, y en los momentos en que la luna se levantaba arrojando por aquellas playas su débil claridad, los 6 criados de confianza y Lucas efectuaron, en presencia de Román, la operación de desenterrar y conducir al "Pirata" cincuenta bultos conteniendo monedas de plata y oro.

Cuando la operación quedó terminrda, Román se embarcó, y el "Pirata" salió á la mar bajando con algún trabajo aquel angosto estero que serpenteaba entre los pequeños médanos de arena movediza. Comenzaba á soplar un ligero terral, y el "Pirata" pudo, viento en popa, perder de vista á las pocas horas las playas llamadas de Matanchén.



CAPITULO VI.

Navegando.

¡QUÉ hermoso es el buen tiempo en la mar! decía Don Francisco paseándose sobre la cubierta de popa, á Eduardo que sentado sobre la borda fumaba un rico tabaco, dirigiendo de vez en cuando su vista al horizonte.

Efectivamente el tiempo estaba delicioso. Las brisas frescas de la tarde, tan vivificantes, tan puras en la mar, modificando el ca-

lor de la atmósfera, traían el bienestar y comunicaban á todos esa alegría expansiva que ordinariamente reina á bordo en los buenos tiempos. Impulsado el buque con fuerza, se deslizaba ligeramente cortando las aguas que parecían retozar alegres en torno de él, levantando copos espumosos. El cielo estaba puro y sereno, y tan solo algunas nubecillas agrupadas por el Occidente en formas caprichosas, se enrojecían con los rayos del sol que descendía ya lentamente á su ocaso.

—¿Cuántas millas andamos? le dijo Don Francisco alegremente al Capitán, que con su anteojo en la mano dirigía contínuamente sus miradas hacia el horizonte por el lado de estribor.

El Capitán inclinó su vista al agua, como para calcular la marcha por la velocidad con que parecía caminar hacia atrás la espuma que formaban las aguas al chocar con el costado de la embarcación, y respondió lacónicamente:

—Siete ú ocho. ¡Haber, muchacho! gritó en seguida: la corredera.

Listo como si hubiera estado esperando tal orden, se presentó un marinero con la corredera; se puso en pié sobre la borda de estribor y la arrojó al agua, mientras el muchacho de Cámara con una ampolleta en la mano, esperaba junto á él que pasase por el tubo de cristal la menuda arena que contenía.

—¡Stop! grita el muchacho al ver descender el último grano: y en ese mismo instante el marinero empieza á recobrar la piola que hasta entonces parecía haber corrido en dirección opuesta á la que el buque llevaba. Después que la hubo recogido toda, gritó secamente:

—Ocho millas.

—Ya veis, pocas veces me equivoco, dijo el Capitán bajando su anteojo, á Don Francisco y á Eduardo que platicaban amistosamente como si importándoles muy poco la confirmación de la respuesta del Capitán, no

hubiesen advertido la operación que hacían los marineros.

—Y bien, Capitán, volvió á decir D Francisco ¿hasta cuándo vamos á subir este maldito Golfo? Si hubiéràmos seguido nuestro rumbo con el hermoso viento que llevamos, podríamos mañana á estas horas estar á la vista del Cabo de San Lucas.

—Es cierto, contestó el Capitán, y espero que esta noche sea la última que perdamos.

Pronunciando estas últimas palabras se ponía de pié sobre la toldilla y volvía á mirar con su anteojo el horizonte.

—Muchacho! gritó en seguida á un marinero, sube á la cofa para ver qué clase de vela es aquella que aparece por la proa á Sotavento.

Don Francisco y Eduardo volvieron sus miradas hacia el lugar indicado por el Capitán, y recorrieron con la vista el horizonte por aquella parte.

—Debeis haberos equivocado, Capitán, dijo Don Francisco, porque yo tengo buena

vista y, vive Dios, que no distingo nada que pudiera creerse una vela por ninguna parte.

—Pues no la teneis muy buena que digamos, repuso el Capitán, porque sin necesidad del anteojo hace un buen rato que la estoy viendo yo.

Don Francisco tomó entónces el anteojo y fijándolo en el lugar que el Capitán le señaló, dijo á poco:

—Cabal! Teneis razón, Capitán: allí se vé un punto blanco en la línea azul del horizonte.

—Es una embarcación pequeña (gritó el marinero desde la cofa) y sus velas parecen latinas.

—Entonces debe ser el «Pirata», repuso el Capitán, y volviéndose ligeramente hacia el timonel le dijo secamente:

—Rumbo á la embarcación.

Desde ese momento la Barca y la pequeña embarcación caminaron á encontrarse.

La distancia que las separaba se estrechaba por momentos, y muy poco tiempo fué menester que transcurriese para que aquel

punto blanco, que al principio se perdía en el horizonte, fuese tomando primero una forma, y dejase después ver claramente sus velas latinas y á las personas que lo tripulaban.

Por demás estaría decir que era efectivamente el «Pirata.» La Barca se puso en facha, en tanto que la pequeña embarcación, ya muy próxima, se acercaba para atracarse á ella. El Capitán se retiró con la intención seguramente de dar algunas órdenes, ó de hablar con Román algo que no podían ó no debían oir los demás, y D. Francisco dijo festivamente á Eduardo:

—Estos comerciantes no desperdician las ocasiones de hacer lo que llaman sus ahorros.

—Veo, respondió Eduardo, que vamos á embarcar algunos bultos que se habrán, tal vez, recogido de la costa.

—Cabalmente: y ya me lo esperaba yo al ver el distinto rumbo que hemos traído; porque esto que Ud. ve es lo que se hace comunmente en Mazatlán. Cuando los emplea-

dos se prestan al negocio, el dinero y la plata pasta se embarcan en el puerto en cualquier buque, pero más regularmente en los buques de guerra de cierta Nación que la echa de quisquillosa en eso de legalidad; pero cuando los empleados no se prestan, se hacen los embarques de plata como Ud. ha visto, con una seguridad completa.

—Siento que Román se haya prestado á ser cómplice en ese tráfico indebido, dijo Eduardo manifestando en su semblante una expresión marcada de disgusto.

—Román cumple con su deber como dependiente.

—Sí, replicó Eduardo con violencia, pero el contrabando es un robo, y los deberes del dependiente tienen sus límites.

—No juzgo yo como Ud., Eduardo. Cuando el Gobierno sale de los moderados límites de lo justo y de lo conveniente en el ejercicio de las facultades de que está investido, parece lícita la desobediencia.

—¿Y quién puede marcar esos límites.

—La razón.

—Pero la razón en el lenguaje mercantil es la conveniencia, y aun cuando esta aserción no fuera enteramente exacta, siendo la razón el resultado del juicio y siendo tan distinto el de los hombres al tratarse de cualquiera materia, difícil sería poder fijarla para saber también, según la opinión de Ud. hasta donde era debida la obediencia al que tiene el derecho de mandar.

—En el sentido económico, á lo conveniente debe ajustarse la ley y lo conveniente es lo que no ofrece un grande estímulo de utilidad al especulador para inclinarlo al contrabando. Si el Gobierno quiere evitar el contrabando, tiene dos medios: ó llenar las costas de buques y aduaneros que las vigilen, ó quitar el estímulo de hacerlo: el primer medio es ineficaz, porque si el contrabando ofrece grandes utilidades, con ellas se compra la tolerancia de los que debían impedirlo; y en todo caso, aun suponiendo la mayor honradez en todos los agentes del

fisco, siendo tan extensas nuestras costas, gastaría más la Nación en evitar los fraudes que lo que perdería con los fraudes mismos. El único recurso, pues, en un país como el nuestro, cuyas costas por ambos mares son, como he dicho, de una extensión tan considerable, es poner los derechos de tal manera bajos, que el comerciante no tenga interés en defraudarlos.

—Pero la Nación entónces vería tan considerablemente disminuídas sus rentas, que ellas no alcanzarían á cubrir sus necesidades.

—Es un error, amiguito. El límite de los consumos lo fija, hasta cierto punto, el valor de los efectos, pues el consumo naturalmente se ensancha á medida que el efecto se pone al alcance de mayor número de consumidores: para juzgar con exactitud en ciertas materias no hay más que llevar las cosas á los extremos. El pan es efecto, vervigracia, de primera necèsidad; pues no obstante, ponga Ud. á la harina tan altos derechos que

solo pueda venderse á un peso la onza de pan, y verá Ud. que de mil consumidores de este artículo acostumbrados á su uso cuotidiano, quedaría reducido á ocho ó diez ricos el número de los que siguieran consumiéndolo, y el resto apelaría á las tortas de maíz ó á cualquiera otra sustancia que pudiera sustituirlo. Lo que sucedería en ese caso con el pan es lo que sucedería con todos los efectos, y con más razón con aquellos que no son de primera necesidad.

—El resultado que ese extremo, refiriéndonos á los altos derechos de importación, tendría entónces, nos sería quizá benéfico, porque no consumiríamos efectos extranjeros, ni nuestra plata saldría á enriquecer á especuladores extraños.

—Podría eso ser verdad hasta cierto punto, pero nos encerraríamos en un aislamiento salvaje. El estímulo para hacer el fraude sería mayor mientras mayores fueran las utilidades que con él pudieran obtenerse; de manera que en el caso extremo que Ud me

supone, esto es, en el de que los derechos fueran tan elevados que equivalieran á la prohibición, ó en el de la prohibición misma, los especuladores entrarían en lucha abierta con el fisco, y la Nación tendría que mantener una escuadra numerosa y un ejército de empleados para poner á cubierto sus extensísimas costas en ambos mares; y esto daría el resultado, como he dicho ya, que tendría que gastar mayores sumas de las que dejaría de percibir por la modicidad de los derechos; y como el especulador podría ofrecer mayores cantidades al cohecho de esos mismos empleados, el contrabando se haría en mayor escala, poniéndose al comerciante de buena fé en la necesidad también de hacerlo para no arruinarse. Pero aun en el caso de que esos derechos prohibitivos no pudiesen burlarse por los especuladores ¿cuál sería el resultado? Que la Nación emplearía la mayor parte de sus rentas para conseguirlo; que se nulificaría el comercio exterior; que se estrecharía notablemente el cír-

culo de los consumidores y sufrirían menoscabo los trabajos de nuestra producción. Ud. me dice que si por su carestía no consumiamos efectos extranjeros, nuestra plata no saldría á enriquecer á especuladores extraños. La plata, amiguito, es un efecto como cualquiera otro: á medida que las necesidades de su empleo, esto es, su demanda, fuera disminuyendo, iría también proporcionalmente disminuyendo su valor, y llegaría el caso en que nos viéramos inundados de plata sin ser por eso más ricos.

Largo tiempo siguieron Eduardo y Don Francisco departiendo sobre el asunto, como si no teniendo otra cosa en qué pasar el tiempo se hubieran propuesto mutuamente dilucidar la cuestión económica en que parecían opinar de tan distinta manera. Vino á interrumpirlos la presencia de Román, que con el sombrerillo de paja en la mano y dándose fresco con él á guisa de abanico, se aproximó alegremente á los interlocutores.

—Ya ve Ud., señor Don Francisco, dijo

festivo á Mendoza, que no soy tan informal como ustedes habrían podido suponerme al no encontrarme á bordo cuando la «Carolina» se desprendió del puerto. Usted también, añadió dirigiéndose á Eduardo, creería haberme dejado en tierra, no obstante el apresuramiento con que me separé de Ud. la otra noche en las "Olas Altas" para trasladarme á bordo.

—Extrañé efectivamente no encontrar á Ud. entre los pasajeros de la "Carolina," y creí que había trasferido su viaje, pues no podía suponerme que nos abordara Ud. á tal distancia de Mazatlán.

—Esos son los misterios del comerciante, dijo Don Francisco acentuando sus palabras.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Román, á la cual hizo muy significativa el nuevo giro que el joven procuró desde luego dar á la conversación.

—¿Y las señoras no han tenido novedad? preguntó á D. Francisco?

—Laura ha estado mareada desde que nos

embarcamos. Manuela, mi pobre Manuela, aun cuando asegura que no se marea, me parece que no habla con entera franqueza, puesto que prefiere permanecer en su lecho á gozar de la belleza del mar en una tarde como esta.

Mientras que D. Francisco, Eduardo y Román, sentados en la toldilla de popa y respirando la brisa fresca del mar en aquellas últimas horas de la tarde, estaban entretenidos en su conversación, se efectuaba en el buque la maniobra de estivar en su bodega el tesoro que en algunos bultos, perfectamente acondicionados, acababa de conducir á él el joven Román Sánchez. Terminada la operación, la «Carolina» varió de rumbo dirigiéndolo al Cabo de San Lúcas, aunque dando contínuas bordadas por no serle el viento favorable.

La operación que se había efectuado no podía ser un misterio para ninguno de los tripulantes de la «Carolina», acostumbrados, como lo estaban, á hacerla frecuentemente,

pues de esta manera ó con cortas variaciones, se embarcaban fraudulentamente los caudales en el puerto de Mazatlán, para libertarse la mayor parte de los comerciantes de pagar los fuertes derechos impuestos á la exportación. Si la costumbre de ejecutar tales actos no hubiese familiarizado ya con ellos á los que los disponían ó ejecutaban, seguramente les hubieran llamado la atención las mal disimuladas miradas de inteligencia de algunos de los marineros entre sí, y ciertas reservas nada naturales entre esa clase de gentes que efectúan inconscientes su rudo trabajo.



CAPITULO VI.

—

Conspiración y naufragio.

———

LA noche había cerrado. En las primeras horas de ella el viento parecía dormir sobre la tersa superficie del mar. La Barca, como si se hubiera quedado enclavada en el sitio en que se encontraba, se balanceaba perezosamente sin avanzar en su marcha, crugiendo en cada balanceo su maderamen cual si quisiera desgobernarse; y las velas,

colgando flojas de las gavias, se azotaban pausadamente contra los palos, formando un ruido acompasado y monótono á cada movimiento del buque.

Algún tiempo hacía ya que D. Francisco, Román, Eduardo y el Capitán se habían retirado á sus camarotes, después de haber estado largas horas sentados sobre cubierta conversando amistosamente, y tomando el poco fresco que era posible tomar al aire libre en aquel clima abrasador y bajo aquellas circunstancias. Dormían ya probablemente en sus respectivos camarotes, mientras Laura y Doña Manuela luchaban, quizá, en los suyos con el disgusto y la soñolencia del mareo.

La campana de abordo había anunciado el primer cuarto de la noche y todo parecía entregado ya al reposo en la Barca «Carolina» El timonel velaba silencioso enclavado como una sombra junto á la rueda del timón; y el segundo, dándose paseos por la cubierta solitaria, ó reclinándose de vez en cuando

en alguno de los asientos diseminados en ella con cierto desórden, hacía su guardia de media noche, combatiendo el sueño que parecía dominarlo, ó el aburrimiento que debía inspirarle la monotonía que siempre trae consigo en las navegaciones una calma prolongada.

Se hubiera creido que á esa hora todos dormían en el buque, menos los dos guardianes que, como sombras que velaran por el sueño y la seguridad de los demás, permanecían mudos y silenciosos en sus respectivos puestos; pero muy lejos estaba de ser eso lo cierto, aun cuando fuera lo aparente. En el collado de proa había algunos que velaban también, pero confundidos en la oscuridad y amparados por el silencio. Algo importante preparaban; algún plan siniestro pensaban realizar, á juzgar por las precauciones de que parecían rodearse en sus misteriosos conciliábulos. Uno de esos siniestros personajes, en quien fácilmente se hubiera reconocido á López el que en la fiesta de

las Olas Altas ascendió al cerro de la Cruz para dar cumplimiento á un voto sacrílego, parecía ser el principal personaje de aquel grupo que se movia en las sombras, pues daba ordenes misteriosas que podían creerse muy próximas á su cumplimiento.

Un vientecillo del Sur comenzó después á soplar ligeramente, y algunos grupos de negras nubes, mucho más negras que las que hacía rato entoldaban el cielo, levantándose por el horizonte, le daban á aquella escena un tinte siniestro y espantoso.

López, contramaestre, al parecer, de aquella embarcación, dirijiéndose á Antonio, que sentado sobre el rollo de un cable y con la gorrita azul de marinero echada hácia atrás descubriendo su frente deprimida daba las últimas fumadas á su pipa, próxima á apagarse, le dijo con cierto aire de misterio:

—Estamos, pues, convenidos: los primeros golpes deben ser decisivos: á la una termina mi guardia, y ese será el momento. Yo me encargaré del Capitán al irlo á recordar;

y tú, al recibir las órdenes del segundo al terminar su guardia, te compondrás con él sin darle tiempo á que dé voces de alarma. Tú, Charanga, añadió dirigiéndose á Lemus, te entenderás con Don Román; y el *pelón* se entenderá con el Monsiur y con el viejo, si no te interesas también por él como te has interesado por ese jóven veracruzano.

—No estoy, contestó Charanga, por que matemos sin necesidad. ¿Qué mal pueden hacernos ni ese veracruzano paisano mío, ni las mujeres, ni el viejo, ni el pobre Monsiur?

—Veo que insistes en tus escrúpulos de fraile franciscano.

—Tan insisto, López, que en el salva-vidas que tenemos aquí á proa sobre cubierta, acabo de poner con el mayor disimulo en uno de sus compartimientos, la galleta suficiente para tres ó cuatro días de mar, contando con que el barril de agua dulce lo tiene el bote constantemente. Desembarazados nosotros de los que es necesario desembarazarnos, embarcaremos en el bote á los que he

dicho, y que Dios los ayude. Muchas islas hay en el Golfo: y sobre todo la tierra firme de las desiertas costas de Sonora no estará lejos. Nosotros habremos hecho lo bastante, y quedaremos así libres para realizar nuestro propósito sin manchar nuestra conciencia.

—Bueno está, ya que así lo quieres; pero dime, Charanga: ¿y si se resisten esas gentes?

—Entónces.... entónces, dijo Charanga, haremos lo que sea necesario.

Las espantosas palabras que siguieron pronunciando entre sí aquellos hombres, palabras tan en silencio dichas que apenas eran perceptibles á los oidos del personaje á quien eran dirijidas, revelaban, sin duda, una parte, la más terrible quizá, del plan que habían formado, y que se preparaba á llevar á cabo aquel siniestro grupo de conjurados.

Preocupados aquellos hombres con la próxima ejecución de sus sanguinarios proyectos, nada se ocupaban de las dificultades

que la Naturaleza podía oponer á la completa realización de sus miras.

El buque navegaba ya con buen arranque y las aguas del mar comenzaban á agitarse, pues el viento del Sur refrescaba por momentos de una manera notable. Solo se oía el *chic-chac* del oleaje que empezaba á levantarse al chocar las aguas con los costados de la embarcación. Una candileja que colgaba del sollado, daba luz tan escasa que casi se confundía entre las sombras de la noche, delineando apenas los objetos más cercanos, y dando cierto aspecto siniestro á las siluetas de los personajes que como sombras fantásticas se movían de vez en cuando, ó formaban pequeños grupos cambiándose silenciosamente palabras misteriosas.

La guardia debía remudarse á la media noche, y la campana de á bordo estaba próxima á anunciar esta hora en que algún grave acontecimiento tenía que verificarse allí, á juzgar por los silenciosos y siniestros preparativos que entre algunas de las

gentes de proa podían notarse.

El oficial de guardia, cubierto con el embozo de su capote militar, después de darse algunos paseos sobre la cubierta de popa observando de vez en cuando el tiempo, y de convencerse, con la vista de la brújula, de la buena dirección en que el timonel mantenía el buque, tomó asiento en uno de los banquillos que los pasajeros suelen dejar sobre cubierta, para esperar, sin duda, soñoliento como estaba, al que debía sostener la segunda guardia de la media noche.

El marinero que cuidaba del timón, de pié y silencioso como una estátua, fija la vista en la brújula que tenía delante, y con las manos sobre la rueda del timón para sostener el rumbo que se le había marcado, parecía ser el único que en aquellos momentos velaba por la seguridad de todos, pues los pasos del oficial de guardia ya no resonaban acompasadamente sobre el maderamen de la cubierta. El chac-chac de las aguas que azotaban los costados del buque al cortarlas

con la angosta proa, y el rechinido monótono de los palos cada vez que las ráfagas de viento, encontrando mayor resistencia en las velas, las inflaba, impulsando con mayor fuerza el andar del buque, eran los únicos ruidos que interrumpían el silencio que parecía reinar por todas partes.

Una sombra, desprendida de la proa, se deslizó silenciosa abrigada por la mura de estribor; pero volvióse á poco á perder en la oscuridad, como si temiera ponerse al alcance de quien pudiera reconocerla. Poco después, las sombras de tres ó cuatro de las gentes de á bordo se separaron de la proa, como si se alistaran para efectuar alguna de las maniobras que son tan necesarias en los cambios del viento, cuando hay que virar de bordo ó que aferrar ó largar algunas velas. Uno de esos hombres se acercó al oficial de guardia, que recostado en su silla y dominado por el sueño, dormitaba más que velaba en aquellos momentos, como para pedirle algunas órdenes. El oficial, sin moverse de

su asiento lo escuchaba negligentemente, cuando, con un movimiento rápido, el hombre que le hablaba echó con una mano garra á su garganta, para impedir seguramente que diera alguna voz de alarma, y con la otra le hundió un puñal en el corazón. La víctima pudo apenas lanzar un débil gemido, y quedó exánime en el mismo sillón en que poco antes se había recostado. Algunas palabras se dirigieron en silencio los tres hombres que habían tomado parte en esta escena rápida y sangrienta, y prontamente, aunque con gran cautela, se introdujeron en la Cámara de popa.

El viento Sur arreciaba por momentos, como si fuera el precursor de un formidable chubasco de esos que en aquellos mares ocasionan tan espantosos naufragios; y las negras nubes que en masas compactas oscurecían ya el firmamento y se extendían rápidamente hácia el Norte, hubieran podido anunciar á la tripulación la proximidad del peligro, si los hombres prácticos de á bordo

hubieran estado en disposición, en esos momentos, de apreciar lo angustiado de su situación.

El temporal se había desatado: el buque con todas sus velas era ya impelido sobre las aguas con una rapidez espantosa, y las fuertes ráfagas de un viento huracanado lo tumbaban algunas veces sobre su costado de babor. Luchaba el timonel al timón para evitar una catástrofe, procurando tener al viento y á la mar siempre de popa, aunque mucho se desviara del rumbo que se le había señalado; pero temía, y con razón, que cambiando el viento, con la fuerza que soplaba, acostaran al buque las hinchadas velas echándolo á pique. Urgentísima era la maniobra de aferrar ó arrear todas las velas; pero en la situación en que el buque se encontraba, no había quien la mandase ni ejecutase. En vano llamaba el timonel la atención de los bultos fantásticos que entre la oscuridad de la noche podía distinguir deslizándose sobre la cubierta, ocupados sin

duda, en la terrible y más peligrosa operación que en esos momentos se efectuaba.

Algun tiempo trascurrió de profundo silencio después que aquellos hombres entraron á la Cámara. Sólo se escuchaba el crujido del maderamen y el rechinido de los palos, como si el recio impulso que recibían las velas por las fuertes ráfagas del viento, fuese superior á la resistencia que ellas podían ofrecerle: el viento zumbaba entre el cordaje produciendo ruidos extraños; el mar se agitaba por momentos de una manera espantosa, chocando las olas contra los costados del buque, y éste parecía impelido sobre ellas por una fuerza poderosa. De pronto, la detonación de un arma de fuego interrumpió el aparente silencio de la Cámara, y apagándose por esa detonación la única lámpara que en ella había encendida á tales horas, la escena sangrienta que allí estaba pasando quedó sumergida en las más profundas tinieblas.

Después de haber sido asesinado en su

camarote el Capitán como lo había sido su segundo, los conjurados se dirigieron al camarote en que descansaba el joven Román; pero éste, al sentirse atacado, pudo, aunque ya herido de muerte, hacer uso de su pistola para dispararla sobre uno de sus asesinos. La detonación, cuyo ruido se perdió prontamente entre el zumbido del viento y el bramido de las olas, puso en alarma, no obstante, á todos los que en la Cámara se albergaban; y gritos y ruidos extraños indicaron entónces las angustias de una lucha en la más profunda oscuridad.

El jóven Eduardo, defendiendo valientemente á las señoras, había logrado sacarlas fuera de la Cámara donde algunos de los asesinos luchaban aún con Don Francisco. ¡Ah! pero el momento fatal para todos había llegado: el viento había tomado una fuerza irresistible, y el buque, que á palo seco hubiera podido correr aquel formidable chubasco, no era posible que resistiera con todas sus velas, que la tripulación no había te-

nido tiempo ni cuidado de arriar, á la impetuosidad del viento.

Una de esas fuertes ráfagas, dando de lleno sobre las ya hinchadas velas en los momentos en que se había sentido en el buque una conmoción extraña, lo acostó sobre las aguas; y en el mismo instante, invadiendo éstas su Cámara y todos sus Compartimientos, después de un ligero movimiento de oscilación se undió completamente, no dando lugar á los que estaban aún dentro de ellos, cuyos gritos de espanto se sofocaron entre el bramido de las olas, á hacer el menor esfuerzo de salvación. El timonel, que había poco antes tomado la precaución de amarrarse á la rueda del timón, para evitar el ser arrebatado por los golpes de mar que ya comenzaban á embarcarse, fué arrastrado al abismo con la embarcación á la que fatalmente se había sujetado; y al desaparecer ésta de la agitada superficie, solo podían verse poco después, sobrenadando, algunos bultos que estaban sueltos sobre la cu-bierta

y que se desprendieron de la embarcación en su repentino undimiento, los cuales fueron apareciendo informes, por la oscuridad y por la bruma que los envolvía.

Eduardo, sin armas pero defendiéndose y protegiendo como podía á dos de las asustadas mujeres á quienes encontró al paso, había logrado salir con ellas de la Cámara, donde estaba teniendo lugar la sangrienta escena en medio de la más profunda oscuridad; pero lo hizo en los momentos de la espantosa catástrofe, de manera que fué envuelto con las mujeres casi instantáneamente por las aguas que inundaron el buque, y arrastrado por las mismas aguas, cuando éste, después de una ligera fluctuación, se sumergió completamente.

Excelente nadador, hubiera, sin embargo, perecido como todos los de la tripulación, si en medio del atolondramiento producido por la inesperada sumersión, su buena suerte no le hubiera deparado, entre los objetos que más inmediatos á él salieron á flote en

confusa aglomeración, uno de los depósitos ó gallineros de á bordo, al que se asió con una de sus manos, sosteniendo trabajosamente con la otra á una de las mujeres, que en los momentos más críticos se había inconscientemente abrazado de su cuello. Pocas esperanzas de salvación podían ofrecerle, la espantosa agitación de las aguas, la profunda oscuridad de la noche, la lejanía de las costas, y la desmayada mujer á la que con gran trabajo sostenía y á quien no podía resolverse á abandonar.

Favorecido por las mismas olas que constantemente lo cubrían, levantándolo sobre el mueble al que se había sujetado y llevándolo de un lado para el otro con todos los objetos que en confusión flotaban más inmediatos á él, pudo colocar á la mujer sobre el propio maderamen, sujetándola allí con menor esfuerzo, y sujetándose él mismo con mayor empeño, como si el instinto de la propia conservación le ofreciera aún alguna esperanza de salvarse, cuando estaba siendo el

débil juguete de aquel mar embravecido.

Su situación era espantosa; pero sin tiempo ni tranquilidad para apreciarla, en la constante lucha que sostenía no se abandonó desalentado á su desgracia. El frecuente golpeo de las olas agitadas, que á cada momento lo cubrían pasando sobre él y sobre el armatoste al que estaba sujeto, y los continuados esfuerzos que hacía para sostener á la mujer y no desprenderse él mismo de aquel mueble protector, que parecía ser su única tabla de salvación, agotaban sus fuerzas por momentos; sin embargo, alguna remota confianza, ó los instintos de la vida, le proporcionaban aún nuevas energías para esperar siquiera la claridad del día que tanto tardaba en llegar.

Dejemos, pues, á Eduardo en la terrible lucha por la vida que tenía que estar sosteniendo en medio de las agitadas aguas, y pasemos al Capítulo siguiente donde veremos lo que le aconteció, y el suceso casual ó milagroso, si algún santo de su devoción

vino en su ayuda, que pudo proporcionarle una esperanza más positiva de poder sobreponerse al terrible conflicto en que lo dejamos.



CAPITULO VIII.

La lucha por la vida.

DEJAMOS á Eduardo en el Capítulo anterior en una situación angustiosa, y casi sin medio alguno de poder sobreponerse á ella.

Los chubascos en el Golfo de California son peligrosísimos en cierta estación del año, ya por su fuerza, y ya por lo repentino de su aparición; pues ni los buques, cuando los

vientos impetuosos soplan en determinada dirección, tienen bastante espacio para correr el temporal, ni tienen tiempo las tripulaciones, por numerosas que sean, para efectuar maniobra alguna que los ponga en situación de sobreponerse al conflicto. Difícilmente puede el velamen de un buque resistir los instantáneos y poderosísimos impulsos de esos vientos impetuosos, y cuando ellos soplan de costado, es más difícil aún que pueda la embarcación conservar su centro de gravedad, ante el violento impulso que en la parte superior de su arboladura la impele á Sotavento. El peligro en que esos chubascos ponen á los buques que navegan en las aguas del Golfo, cuando son sorprendidos con todo ó la mayor parte de su velamen, es tan inminente, que se registran multitud de naufragios ocurridos por tal motivo; y entre ellos podríamos citar el del Bergantín de guerra mexicano «Santa-Ana», que allá por los años de 1855 ó 60, despues de una de esas calmas que frecuentemente reinan en la inmedia-

ción de las muchas islas que contiene dicho Golfo, fué sorprendido con todo su velamen, y acostado sobre las aguas, *pasándose por ojo*, como dice la gente de mar, y pereciendo toda la tripulación. El caso, pues, de la Barca «Carolina» no ha carecido de lamentables antecedentes.

Eduardo no tenía tiempo ni tranquilidad para apreciar en toda su inmensa gravedad la espantosa situación en que se encontraba; y ningún recurso podía ocurrírsele en la constante lucha que tenía que sostener por el instinto de la propia conservación, para no abandonarse desalentado á una muerte que hubiera debido considerar inevitable. Sus constantes esfuerzos, y el contínuo golpeo de las olas agitadas, que chocando unas con otras se levantaban en torbellinos espumosos envolviéndolo y pasando sobre él y sobre el maderamen á que estaba sujeto, abatían su espíritu y hacían desfallecer sus fuerzas por momentos, como si ya estuvieran próximas á extinguirse.

la claridad del día que tanto tardaba en llegar.

La naturaleza toda parecía haberse conmovido en aquella noche fatal: el bramido de las olas y el zumbido del desencadenado viento, se confundían algunas veces con el ronco estallido del trueno, que retumbaba espantosamente conmoviendo la extensión de aquel mar agitado. Los objetos que al undirse el buque se habían desprendido de él, y sobrenadaban próximos al en que Eduardo se estaba sosteniendo y sosteniendo á su desventurada é inerte compañera, chocando á veces unos contra otros por la agitación de las aguas, aumentaban el peligro de Eduardo, que por momentos podía ser golpeado de una manera funesta. Todos esos objetos, lo mismo que el que sostenía á Eduardo, parecían desordenadamente impulsados por las fuertes corrientes del Sur en aquella parte del Golfo; y Eduardo, debilitado por los golpes de mar y por sus constantes esfuerzos, desfallecía ya y perdía

su última esperanza, cuando á la viva claridad de un relámpago, pudo notar la proximidad de un objeto de grandes dimensiones; pero ya no tenía fuerzas para llegar á él, ni valor para abandonar al que lo estaba sosteniendo.

La turbulencia misma de las aguas vino á favorecerlo, porque al chocar unas con otras las encrespadas olas, una de ellas, de poderoso impulso, arrastró á Eduardo y al objeto que lo sostenía sobre aquel grande maderamen cuya proximidad había notado. Aturdido Eduardo por el golpe de la ola que lo inundó, pero sin soltar el cuerpo de la pobre mujer á quien sostenía, no se dió cuenta por el momento de lo que le había acontecido; pero pudo, á poco, notar que sus piés encontraban un apoyo, y que no tenía ya necesidad de esfuerzo alguno para no sumergirse, no obstante que la misma ola que lo había colocado en aquella situación, había arrastrado consigo el pesado armatoste con el que hasta entónces había podido sostener-

se. Una remota confianza vino á reanimar su espíritu, al comprender entónces que era una embarcación en la que se encontraba, y una embarcación no común, puesto que se conservaba á flote cuando estaba completamente llena de agua y era el constante juguete de las olas enfurecidas. Esto lo hizo vagamente recordar que sobre la cubierta de la Barca «Carolina» había visto un bote salvavidas, el cual indudablemente habría quedado á flote con los demás objetos que estaban en el mismo caso al verificarse el undimiento de la Barca. Con efecto, el bote pertenecía á la Barca, y en las primeras horas de aquella noche fatal, Charanga sigilosamente lo había alistado de un todo, para que en él se embarcaran las personas por cuya vida se había interesado con sus feroces compañeros.

Envueltos por las olas todos esos objetos que flotaban en completa confusión, y siendo fuertemente impulsados por las mismas corrientes, la buena suerte proporcionó á

Eduardo un medio de salvación que estaría lejos de esperar, cuando ya perdía sus postreras esperanzas y sentía agotarse en la lucha sus juveniles energías.

Aun cuando el bote estaba enteramente cubierto por las aguas, podía considerarse en él enteramente seguro, por que no necesitaba más que de un ligero esfuerzo para evitar que los frecuentes golpes de mar lo sacaran de su sitio, ó le arrebatasen á la mujer, desmayada aún, que hasta entónces había podido salvar de la muerte. Quien era esta mujer no podía saberlo ni le había ocurrido averiguarlo; la oscuridad de la noche y el estado de su ánimo no le hubiera tampoco facilitado esa inquisición, aun cuando se supusiera que era alguna de las dos señoras de la familia de Mendoza, ó la criada, ó la camarista de á bordo.

Las corrientes impulsaban á la pequeña embarcación, que gracias á los compartimientos llenos de aire que tienen esa clase de botes, no se sumergía y flotaba entre dos

aguas. Entumecido por el agua y por el frío; golpeado por las olas, que pasaban sobre él sofocándolo momentáneamente; y con la incertidumbre de su suerte, sostenía con gran trabajo á aquella pobre mujer, sintiendo pasar lentamente las terribles horas de esa noche interminable. Hubiera podido creer que era el único ser que existía ya en el mundo: átomo animado de la creación que iba arrebatado por los elementos enfurecidos, en los postreros momentos de la vida universal.

Después, mucho después de tan prolongada y terrible lucha, pudo notar que el viento calmaba un tanto su violento empuje; que la tempestad, retardando sus retumbantes detonaciones, se alejaba ya; y que tendía á apaciguarse la turbulencia de las olas. Una ligera claridad anunciaba por el horizonte la proximidad del nuevo día; pero esa ligera claridad no era bastante para que pudiera hacerse cargo de los objetos que le rodeaban. De pronto sintió que el anegado bote en que se encontraba, empujado por las olas, recibió un

golpe seco y fuerte, que hizo que él y la mujer á quien sostenía cayeran hácia adelante: fácilmente consiguió reponorse en su sitio; pero el segundo empuje de una nueva ola, que reventaba en blanca espuma, le hizo notar que la proa no flotaba ya, sino que se arrastraba por un piso suave y arenoso. Animado por una creencia alhagadora, dejó á la mujer recostada en el banco de popa, y pasando á la proa de la anegada embarcación, pudo reconocer que había encallado. Saltó entónces fuera de ella, y ayudado por las mismas olas que la impulsaban por la parte que aún flotaba, consiguió, con no pequeño esfuerzo, que la quilla quedase medio enterrada en aquel piso de arena; lo cual hizo al bote inclinarse sobre uno de sus costados, desalojando la mayor parte del agua que contenía. Entónces Eduardo sacó del bote, con gran trabajo, á aquella pobre mujer, cuya prolongada inmovilidad le hizo creer que estaba ya sin vida; y con la intención de inhumar después el cadáver, la dejó

recostada sobre la menuda arena de aquella playa bienhechora.

La gravedad misma de los sucesos y la oscuridad que hasta entónces le rodeaba, no le habían permitido fijar su atención en la mujer á quien casi inconscientemente había salvado de las olas, ni apreciar en todo su valor la situación en que se encontraba. El favorable accidente que lo había allí conducido, reanimaba, no obstante, su espíritu abatido: aun cuando no sabía donde se encontraba, se consideró feliz al pisar la tierra firme después de la angustiosa situación en la que poco antes se había encontrado.

La primera diligencia de Eduardo fué reconocer el lugar en que se hallaba; y para eso avanzó por la desierta playa sin darse cuenta casi de lo que hacía, por el aturdimiento en que aún se encontraba, á consecuencia de la terrible lucha que física y moralmente había tenido que sostener, en las largas y angustiosas horas de aquella noche fatal.

El viento había calmado, y las oscuras aguas del mar, sin chocar y levantarse en copos espumosos, formaban extensas ondulaciones, que al aproximarse á la ribera reventaban en olas de blanca espuma, deslizándose después suavemente sobre aquellas playas.

El horizonte se teñía ya de un color rosado. Las nubes, despejando el azul del cielo, comenzaban por el oriente á dorarse ligeramente, y todo parecía anunciar, después de la pasada tormenta, la proximidad de una bienhechora calma.



CAPITULO IX.

LOS primeros rayos del sol, que asomaba ya por el horizonte, difundian su bienhechora luz por todas partes, cuando Laura de Mendoza, pues ella era la mujer á quien Eduardo había dejado por muerta en la desierta playa, volvía en sí de su prolongado desmayo.

Ella abre lentamente los ojos, como si á la

vida le costase trabajo volver á animar aquel cuerpo entumecido; se incorpora; apoya una de sus manos en el piso arenoso, separando con la otra los sueltos rizos de su húmedo cabello que velaban en parte su pálido rostro; y mira asombrada en torno de sí, sin comprender ni poder esplicarse aquella funesta realidad.

Como si acabase de despertar de una horrible pesadilla, las espantosas escenas de aquella noche se agolpan y atropellan en sus recuerdos, impresionándola fuertemente y llenando de angustia su alma dolorida.

Sola y abandonada en aquellos lugares solitarios, no sabe ni puede figurarse como y por quien ha sido allí conducida: sus mojadas y desordenadas ropas, sus destrenzados cabellos, que húmedos aún caen sobre su espalda y sobre sus hombros en descompuestos rizos, sus delicados miembros entumecidos aún por el frío de la noche, todo le indica que fueron las aguas del mar las que allí la arrojaron; pero no puede esplicarse

ni darse cuenta como ha podido eso acontecer. ¿Dónde están, cual ha sido la suerte de sus queridos padres? Ella recuerda confusa y vagamente lo acontecido, y creyéndose aún bajo la influencia de un sueño fántástico, duda de la realidad como si lo que siente y lo que vé fuera la prolongación de ese sueño. La pobre Laura no acierta á comprender como sus padres y las personas que la rodeaban han podido de tal manera abandonarla, y la idea espantosa de la muerte, que viene á poner término á sus vacilaciones, la confunde y anonada. La inmensidad de su desventura embarga sus sentidos, y sus facultades intelectuales se entorpecen y esterilizan bajo el peso que las abruma. ¿Qué hacer, que partido tomar, que camino seguir en aquella tierra desconocida y en aquella espantosa soledad que la rodea? Sobresaltada y llena de congoja vuelve la vista á todas partes, como si buscara en su aflicción alguna esperanza de consuelo; pero todo lo que vé en torno suyo es extraño á su dolor:

una playa extensa y solitaria; el murmullo de las olas que se suceden unas á otras reventando en blanca espuma para estenderse después silenciosas sobre la arenosa y tersa superficie; pequeñas eminencias donde vegetan captus espinosos; y más léjos, áridas montañas en que la vegetación se esconde vigorosa entre las abras que forman. Ningún sér viviente parece habitar aquellas inmensas soledades, y ningún ruido que indique vida ó movimiento perciben sus oídos, como si el silencio sepulcral de aquella tierra desconocida solo pudiera ser perturbado por los murmullos cadenciosos del mar.

Impulsada por un movimiento inconsciente, Laura se levanta; vuelve, silenciosa, la vista por todas partes; y anonadada por el peso de su dolor, después de dar algunos pasos, cae de rodillas y rompe en tristísimos sollozos, invocando el nombre de Dios de quien parecía haberse olvidado. El espantoso terror que había entorpecido su razón,

anudado su garganta y negado el llanto á sus ojos, se convierte con la oración en dolorosa ternura, y levantando sus manos al cielo y buscando en Dios su único consuelo, derrama abundantes lágrimas que algo alivian aunque no mitigan sus angustiosos sufrimientos. Largo tiempo permaneció de rodillas; pero debilitada por el cansancio, por las agitaciones morales que había sufrido, y quizá también por la falta prolongada de un alimento reparador, se siente desfallecer y cae sin sentido, como si la muerte con su helado soplo hubiese tratado de apagar las últimas manifestaciones de dolor de aquella infortunada vírgen.

....

Eduardo había continuado, siguiendo la orilla del mar, el reconocimiento que quiso emprender para cerciorarse del lugar en que se encontraba, y de los elementos con que podía contar para sostener la vida que

tan milagrosamente había salvado, si su permanencia en aquella tierra desconocida se prolongaba, como lo temía, por lago tiempo. Desde luego pudo convencerse que se encontraba en alguna de las muchas islas desiertas que bañan las aguas, ordinariamente tranquilas, del Golfo de Cortés. El ejercicio volvía el calor á sus miembros entumecidos, y los primeros rayos del sol que asomaba ya por el orizonte, secaban sus húmedas ropas. Nada veía Eduardo en torno de sí que pudiese alentarlo ofreciéndole la más remota esperanza: la extensión hácia el N. y hácia el E. de un mar solitario por la falta absoluta de embarcaciones que pudiesen transitarlo, puesto que á la altura en que debía encontrarse, las costas de ambos lados del golfo, sin puerto alguno habitado, no tenían tráfico de ninguna especie: hácia el O. azuleaban á lo lejos las áridas montañas y las desiertas playas de la Baja California; pero ¿qué esperanza podían ofrecerle esas costas apenas visibles, aun cuando el bote en que

se había salvado pudiera conducirlo á ellas, cuando desiertos inmensos, infranqueables por la falta de agua y de todo recurso para la vida, lo separarían no solo de las poblaciones de alguna importancia, sino de todo lugar habitado? Sumergido en tan tristes cavilaciones vagó largo tiempo silencioso y pensativo, hasta que el cansancio y el estropeo consiguientes á la tormentosa noche que había pasado, lo hicieron pensar en la necesidad de volver al punto de que había partido. Los rayos del sol calentaban ya demasiado; el ligero vientecillo que había sucedido al huracan, parecía dormir ya sobre las aguas, que habían tomado un tinte azuloso y se movían con lentitud formando á lo largo de la costa pequeños oleajes que reventaban en blanca espuma, deslizándose suavemente por la tersa superficie de la playa, donde morían formando cadenciosos murmullos. Eduardo había pensado volver al sitio en que había quedado la embarcación salvadora, no solo por el cansancio que ya

sentía, no solo por la esperanza de encontrar en alguno de los compartimientos del «salvavidas» los víveres que precautoriamente suelen ponerse en esa clase de embarcaciones cuando los buques que los tienen se hacen á la mar, sino también para dar sepultura á la pobre mujer á quien había creido salvar, y que, juzgándola muerta, la dejó abandonada en aquellas playas. Abrumado por la tristeza y el sufrimiento que lo dominaban, abrió su corazón á la ternura, procurando encontrar en el recuerdo de las dulces emociones de otros días el olvido de los males presentes, ó al menos un lenitivo para sobrellevarlos con resignación. Llevado por su imaginación á dias y situaciones más halagüeñas, sacó de su seno el querido relicario que llevaba siempre consigo, y encontró, en su triste abandono, inexplicable consuelo contemplando la dulce fisonomía de la querida de su corazón, de la misteriosa jóven á quien, sin conocerla, había rendido y rendía aun tan amoroso culto. ¿Dónde estará, qué

hará, se pensaba, en estos momentos en que yo, solo y abandonado en una isla desierta, pierdo la esperanza que había acariciado de encontrarla alguna vez en el mundo? Adorada de mi alma, decía para sí poniendo repetidamente sus labios en aquella imagen querida, sólo tú no me has abandonado.

Cuando llegó Eduardo á la pequeña embarcación, notó con cierto gusto que no se había equivocado: junto al depósito de aire de la popa había un compartimiento herméticamente cerrado que pudo con algún trabajo abrir, y en él encontró aglomeradas algunas galletas, trozos de carne ahumada y diversas botellas que reconoció ser de agua y de aguardiente. La precaución de poner víveres en esa clase de botes para el caso de tener que hacerse repentinamente uso de ellos, le pareció que había sido providencial para él, porque él ignoraba que Charanga, cuando quiso salvarles la vida al tratar con sus compañeros de la conspiración que tan funestos resultados había tenido para todos, tuvo

la previsión de habilitar el depósito, para que los que fueran abandonados en el «salvavidas» pudiesen sostenerse con vida hasta alcanzar alguna costa. Eduardo encontró también una brújula cuidadosamente colocada en el mismo compartimiento, un instrumento cortante, y una pequeña caldera; y en el fondo de la embarcación, fuertemente asegurados, dos remos y un ligero mastil con una pequeña vela enrollada en él.

Satisfecho con ese favorable encuentro, y después de desprender los remos y el mastil, extendiendo la vela al sol para que se secase, se dirigió Eduardo al lugar en que había dejado á la muerta; y desde luego llamó mucho su atención el no encontrarla allí, y observar en el piso las huellas recientes de pequeños piés.

—¡Dios mío! exclamó ¡esa desgraciada tenía vida aún, y yo en mi aturdimiento la abandoné sin prestarle ningún auxilio!

Siguiendo con vivo interés el trazo que las huellas marcaban, se encontró á poca

distancia y detrás de una pequeña eminencia el cuerpo de la pobre mujer. La postura en que se encontraba parecía indicar, desde luego, que una fuerza superior á su voluntad la había doblegado, y que había sido víctima por la debilidad, por el sufrimiento ó por el insomnio, de un nuevo letargo: su cabeza descansaba sobre uno de sus brazos que tenía extendido, como si al caer hubiera querido, apoyándose en él, evitar la caída; el otro brazo permanecía doblado sobre su falda, y el desordenado y negro cabello cubría su rostro y mucha parte de su espalda. Desde luego supuso Eduardo, á la vista de aquel cuerpo desfallecido, que no era el de ninguna de las mujeres que había visto abordo; que aquella jóven debería ser Laura la hija de Sr. Mendoza, á quien no había llegado á conocer por el mareo que la tuvo constantemente encerrada en su camarote: se apresuró á separar los rizos que cubrían el rostro de la joven, más que por la curiosidad de conocerla, por el deseo de cerciorarse de si

tenía vida aún, para reanimarla prestándole los auxilios que fuera posible prestarle en aquella terrible situación.

Al separar Eduardo de la frente de la joven los descompuestos rizos que velaban su pálido semblante; al ver aquellas facciones perfectamente delineadas; aquellos finos y delicados labios que debía colorear el carmín más puro y que permanecían entonces un tanto amoratados, como si la palabra hubiese quedado muerta en ellos; al ver sus arqueadas y negras cejas y sus pestañas tan pobladas que, contrastando con la blancura del cutis, parecía que con su peso habían doblegado los párpados de sus ojos, sintió en su corazón un golpe inesperado, como si hubiese sido sorprendido por alguna conmoción eléctrica, y un grito de sorpresa se desprendió de su alma, cayendo de rodillas ante la joven á quien en su inesperado delirio consideró, tal vez, como una visión celestial que había tomado aquella forma para endulzar sus terribles amarguras y hacerle gozar,

en su triste abandono, de una felicidad que ya consideraba para siempre perdida. Como si dudase aún de aquella sorprendente realidad, sacó de su seno el precioso relicario que había sido el constante objeto de su adoración.

—¡Oh, es ella ¡Dios mío! es ella, gritó con la excitación de la demencia al contemplar el exacto parecido. Tomando inmediatamente el pulso de la jóven, pudo convencerse que aún había vida en ella, pero que una suma debilidad, que quizá había ocasionado aquel nuevo síncope, hacía latir pausadamente la sangre por sus venas. En su afanoso empeño para reanimarla, frotó repetidas veces aquellas pequeñas manos, como si quisiera, al hacerlo, comunicarle el calor de su propia vida; y notando que esos esfuerzos no daban resultado, ocurrió con prontitud al bote donde poco antes había visto una ó dos botellas de aguardiente, rompió el cuello de una de ellas sobre la borda del propio bote; y volvió al lado de la jóven: se

arrodilló, frotó de nuevo con aquel líquido sus muñecas y brazos, roció ligeramente con él su pálido rostro, é hizo que lo respirase. Después de algunos momentos la jóven hizo un ligero movimiento, y abriendo pausadamente los ojos, volvió á cerrarlos como si las fuerzas no pudieran alcanzarle para sobreponerse á aquel prolongado abatimiento. Eduardo redobló sus esfuerzos, y llegó á pronunciar, llamándola, el nombre de Laura. Ella pareció escuchar en lo más recóndito de su alma aquella voz cariñosa, porque sus labios se contrajeron ligeramente, coloreándose un tanto su semblante; y abriendo otra vez sus hermosos ojos, los fijó en Eduardo, á quien desde las persianillas de su camarote habia podido conocer durante la navegación. La vista de Eduardo pareció reanimarla, porque se incorporó, y como si se despertase de un profundo sueño, separó los bucles de sus cabellos que en desorden caian sobre su frente, pasó la mano por sus ojos, temiendo, quizá, que ellos le estuvieran fin-

giendo una mentida realidad, y cuando, despejada su mente de las sombras que habían casi ofuscado su razón, pudo, contemplando á Eduardo, convencerse de que no era una ilusión de su fantasía lo que tenía ante sus ojos, prorrumpió en ayes dolorosos, manifestando la sorpresa que la conmovía, y haciendo á Eduardo mil preguntas sobre su presencia allí y sobre la suerte de sus padres, que Eduardo, conmovido, no sabía como responder.

Después de algún tiempo de situación tan extraña y embarazosa para Eduardo, procuró éste convencerla de que debía tomar algún alimento para reparar sus fuerzas, preparándose á sobrellevar el infortunio en que desgraciadamente se encontraban, hasta que la Providencia determinara de su suerte. Eduardo le había ocultado parte de la espantosa verdad, haciéndola confiar en que sus padres podían, como ellos, haberse salvado, llevados por las olas á alguna isla ó á alguna de las costas de Sonora ó de la

Baja California.

Eduardo, impulsado por la necesidad, había pensado en alimentos, sin fijarse en la imposibilidad de obtener por el momento los más adecuados al estado en que se encontraba aquella pobre joven. En la ligera excursión que poco antes había hecho por una pequeña parte de la costa, se internó, atraído por la vegetación que se notaba en el abra que formaban las eminencias más próximas que se extendían después agrandándose y formando no pequeñas montañas, en el interior de la isla. Una espaciosa cueva formada naturalmente entre las rocas, le llamó mucho la atención, porque los desechos de algunas tortugas y algunos leños carbonizados, por allí esparcidos, le indicaban que en tiempos no muy remotos había sido, quizá, el refugio de algunos náufragos. Recordando esa circunstancia y considerando ya necesario libertar á la joven de los rayos ya bastante ardorosos del sol, para los cuales no ofrecían abrigo alguno los mesqui-

tes de la playa, invitó á Laura á refugiarse allí mientras él se proporcionaba lo más necesario para que ella pudiese reparar sus abatidas fuerzas. Se encaminaron, al efecto, al lugar indicado, y cuando Eduardo la dejó allí al abrigo del sol, volvió á la embarcación para extraer de su depósito los víveres que allí había encontrado: estos consistían en cierta cantidad de galletas endurecidas, en algunos trozos de carne ahumada y en cuatro ó seis botellas de agua y aguardiente.

Volvió Eduardo al lugar en que había dejado á Laura de quien no hubiera querido separarse un solo momento, bendiciendo casi la desgracia que le había proporcionado encontrar el original de sus ilusiones más fántásticas, y cuyo retrato había sido durante tanto tiempo el objeto de sus tiernas adoraciones. Cargado con todos los objetos que había recogido en la embarcación, le apenaba, sin embargo, la idea de no poder con ellos ofrecer á Laura un alimento adecuado al estado de debilidad en que ella se encontraba.

XXI.

En la pequeña caberna en que había refugiado á Laura, había esparcidos, además de algunas conchas de tortuga, otros restos de animales marinos, algunos leños carbonizados, varios grandes trozos de hueso de formas regulares y semejantes, provenientes, sin duda, de la espina dorzal de alguna ballena que varó en aquellas playas y que los náufragos que en otros tiempos, quizá, se refugiaron allí, habían aprovechado de algún modo. Laura se había sentado en uno de esos trozos, y cruzados los brazos sobre las rodillas y apoyada en ellos la cabeza, permanecía inmutable y parecía dormir cuando Eduardo llegó.

—Laura, Laura, le dijo Eduardo: bien comprendo que necesitareis descanso, pero es preciso que antes tomeis algo de lo que la casualidad nos ha proporcionado, mientras yo veo y aprovecho los recursos de subsistencia que puede esta isla proporcionarnos.

—Bien está, Sr. Contreras, haré cuanto us-

ted, que ha sido mi salvador y que es mi único compañero en esta común desgracia, quiera disponer; pero me mortifican y acongojan los trabajos que le estoy proporcionando.

—No me trateis, Laura, con ese ceremonioso cumplimiento. La Providencia ha salvado nuestras vidas, y el infortunio nos ha unido por la hermandad de la desgracia. Yo seré vuestro apoyo hasta donde la posibilidad me preste su ayuda y la vida sus alientos; sed vos mi esperanza, mi dulce esperanza de felicidad en la terrible situación porque atravesamos.

—Sí, Eduardo, comprendo que teneis razón; pero yo, aunque de nombre os conocía por vuestros versos, no había tenido el gusto de trataros, y... ¡desdichada! hoy os conozco personalmente cuando mi corazón está lacerado y mi alma aflijida.

Los dos jóvenes siguieron por largo rato conversando, como si la relación de sus desgracias les hubiera hecho olvidar la necesi-

dad que de alimentarse tenían.

Eduardo hizo tomar á Laura, valiéndose para ello de una concha de aulón, que llamándole la atención por su hermoso color azul y nácar había recogido de la playa, un poco de agua con aguardiente; y pensó después en la necesidad de proporcionarse fuego. El medio de que había oido hablar, adoptado por algunas gentes del campo para llenar esta necesidad, de frotar dos maderos secos, no le surtió efecto ninguno; y ya desesperaba del indispensable recurso de tener fuego en aquellas soledades, cuando pensó en aprovechar los ya ardientes rayos del sol, haciendo uso de los vidrios de sus lentes que felizmente conservaba en uno de los bolsillos de su chaleco. Así lo hizo, en efecto; y aunque al principio no obtuvo resultadó, cuando afocó los rayos solares sobre uno de los leños carbonizados de la gruta, pudo con gusto observar que comenzó á desprenderse de aquel madero un hilo ligerísimo de humo, lo cual le hizo persistir en su

operación hasta que tomando mayor cuerpo la columna del humo, indicio seguro de que el madero ardía, lo agitó con bastante fuerza, logrando así extender por el madero el fuego que ya se le había comunicado: reuniendo entonces algunos de los otros leños por allí esparcidos y colocando entre ellos el ya encendido, agitó fuertemente el aire logrando de esa manera lo que tan vivamente deseaba. Laura, por su parte, permaneciendo en su asiento, lloraba silenciosamente; tal vez porque á medida que el ticmpo trascurría y que la calma se restablecía en su espíritu, iba fijándose más y apreciando con más precisión lo angustioso y terrible de su desgracia; tal vez enternecida también por el afán que por ella mostraba el generoso jóven que la había salvado.

Eduardo tenía ya la lumbre, pero care ciendo de todo lo necerario para sacar de ella el mejor provecho, se limitó á humedecer con el agua una ó dos de las grandes y endurecidas galletas; y acercándolas des-

pués al fuego, logró suavizarlas y convertirlas en un alimento muy aceptable en aquellas tristes circunstancias; hizo lo mismo con algunos trozos de carne ahumada, y de esta manera pudieron los dos desgraciados náufragos satisfacer entónces una de las primeras necesidades de la vida.



CAPITULO X.

HUBIERA deseado Eduardo no separarse un solo momento de su jóven y desgraciada compañera, objeto durante tanto tiempo de sus misteriosas adoraciones; hubiera deseado comunicarle la ardiente pasión que aun antes de conocerla había por ella concebido, y mostrarle en sus miradas, en sus palabras y en sus acciones toda la ternura que se desbordaba de su corazón y

que con gran trabajo procuraba disimular; pero cualesquiera atenciones que no fueran las de una respetuosa amistad, cualquiera concepto vertido en aquellos momentos ante aquella jóven agobiada con el peso del mayor de los infortunios, que no fueran las del amigo, las del compañero en tan triste é inesperado acontecimiento, hubieran podido considerarse como una profanación de su justo dolor, y casi, casi, como un insulto á su desgracia. Además, considerando Eduardo toda la gravedad de la situación en que se encontraba, náufrago en una isla desierta y para él desconocida, sin la seguridad de poderse proporcionar en ella lo necesario para la subsistencia, y con el deber, para él doblemente santo, de atender y dar protección á aquella pobre jóven de quien había venido á ser el único amparo, se inquietaba dolorosamente por el porvenir que á ambos podía esperarles.

Después de observar algo más tranquila á Laura, le dijo que la iba á dejar sola por

unos momentos para reconocer el lugar en que se encontraban y poder hacerse cargo de los recursos que aquella isla podía proporcionarles, así como de los medios que sería posible adoptar para salir de una situación que era para ellos tan aflictiva. Laura tal vez deseaba estar sola para entregarse á la oración, para elevar su alma á Dios y para concentrar sus pensamientos en los recuerdos y consideraciones de su propia desventura, porque hay recuerdos de los que, por dolorosos que sean, no quisiera uno separarse aun cuando laceren y acongojen al alma; pero la compañía de Eduardo le era, por otra parte, necesaria, porque aquella soledad le infundía pavor: sin embargo, lo vió partir con aparente tranquilidad, suplicándole solamente que no tardase en regresar.

Eduardo se dirigió por la orilla del mar observándolo todo: y preocupado, fuertemente preocupado por el temor de que agotados el agua y los escasos víveres de que

había hecho uso, no encontrase en aquella isla los necesarios para conservar la existencia mientras se les deparaba una ocasión, que no consideraba cercana, de poder abandonar tan tristes soledades, caminaba triste y silencioso. Caminaba, pues, silencioso y preocupado con tales ideas por la orilla del mar, cuyas aguas, lamiendo con pausadas intermitencias y monótonos rumores la tersa superficie, humedecían algunas veces sus piés depositándose en las huellas que iban dejando, cuando notó con gusto entre la abundancia de variadas conchas y caracoles que bordaban aquellas arenas, una multitud de pequeños agujeros en donde, á su paso, veía que algunas jaibas y no pocos cangrejos corrían á refugiarse; cuyos animales, en todo caso, podían asegurarle un fácil y agradable alimento. Algo tranquilo por esa parte, no lo hubiera estado por la incertidumbre de encontrar agua potable, si al internarse por los montículos cubiertos de captus y otros matorrales espinosos de la playa que daban

paso al interior de la isla, no hubiera notado algunas huellas que le parecieron de ganado cabrío. Recordó con gusto, al notarlas, que en algunas noticias estadísticas sobre la Baja California, había visto que por los años de 1804 ó 1805 un señor Arrillaga, Gobernador de la Península, habia hecho conducir á ciertas islas del Golfo algunas cabras y chivos con el objeto de que, propagándose, pudieran esos animales ofrecer algún recurso de alimentación á los náufragos que á ellas arribasen. Indudablemente que si esa clase de ganado había podido allí propagarse, no debería aquel isla carecer de agua potable, y esa consideración lo alentó á continuar su pequeña excursión hacia el interior por aquella parte de la isla.

A medida que avanzaba en la dirección que había tomado, encontraba un terreno más accidentado y una vegetación menos pobre que la del litoral, dibujándose á lo lejos las caprichosas crestas de algunas montañas. No era su objeto entónces internarse

demasiado, por el temor de que un extravío, á su regreso, le impidiese llegar al lado de Laura antes de que el sol se ocultase; pero notando una vegetación algo más lozana en una pequeña cañada que parecía dar fácil paso por aquella parte á la serranía, dirigió á ella sus pasos, con tanto más motivo cuanto que las huellas que había notado de algunos animales seguían la misma dirección.

Con la presunción de que el agua no debía estar muy distante de aquellos lugares, seguía con interés su camino, ora salvando algunas ondonadas del accidentado terreno, ora ladeando algunos peñascales entre los cuales crecían choyas y pitayas espinosas, ora tropezando con pequeñas rocas que por doquiera le cerraban el paso. Su animación era mayor á medida que avanzaba, porque la vegetación tomaba un tinte más característico y la frescura del ambiente se hacía más notable. En medio del silencio solemne que reinaba en torno suyo, como si la

naturaleza se hubiese allí adormecido, un vago y no muy lejano rumor llegó á sus oidos; rumor dulce y cadencioso que se hacía más perceptible á medida que avanzaba, y que parecía perderse ó se acentuaba más según seguía ó se separaba del sendero por la interposición de algunas rocas que se veía en la necesidad de flanquear. Cada vez más animado, continuaba en la dirección que le marcaba aquel dulce rumor que escuchaba, cuando á la vuelta de un ancón rocayoso que parecía puesto allí para ocultar el término de la vistosa cañada, pudo ya percibir claramente que el rumor lo producía un pequeño manantial de agua cristalina que se desprendía de las rocas, y cayendo y dividiéndose entre las peñas en delgados hilos, formaba en la cañadita que se encontraba al pié una ligerísima corriente que á muy corta distancia se perdía absorvida por las arenas del piso. Contento por tan importante hallazgo, pues lo que más le había preocupado era el temor de que aquella isla de-

sierta careciese de ese precioso é indispensable líquido, pensó en regresar al lado de Laura, de la que no hubiera querido separarse un solo momento.

Esta había aprovechado la ausencia de Eduardo para arreglar, en lo posible, sus ropas y su peinado; y llena de pavor por la espantosa soledad que la rodeaba, pues los únicos ruidos que percibía eran los monótonos murmullos del mar al deslizarse suavemente sus aguas sobre la tersa ribera, dirigió sus pasos hacia la playa inmediata, y en espera de su compañero de infortunio, pasó largo tiempo sentada en la borda del varado bote en que se habían salvado, contemplando la azulada superficie de aquellos mares solitarios, llena de aflicción por el recuerdo de lo acontecido, y con la esperanza, quizá, de ver asomar por el horizonte algún barco salvador. Movíanse de vez en cuando á lo lejos en algunos puntos las tranquilas aguas, ya por el aleteo de alguna manta colosal en lucha, quizá, con algún tiburón ó tintorera,

ya por la aparición lejana é intermitente de algún ballenato ó de otros animales marinos de los que hay suma abundancia en aquellos mares solitarios.

El sol declinaba ya por el occidente tiñendo con sus últimos rayos de ópalo y rosa el horizonte y la superficie, tersa como un cristal, de aquel mar enteramente en calma; el viento parecía dormir sobre las aguas, y con él parecían dormir también todos los murmullos y todos los ruidos que produce la animación y la vida en la naturaleza. La calma era perfecta, y la pobre Laura, que entregada á sus tristezas y á sus cavilaciones había dejado trascurrir el tiempo, extrañaba ya la tardanza de Eduardo, temerosa de que le hubiera acontecido algún accidente; pero no pasó mucho tiempo sin que lo distinguiera á lo lejos por la orilla del mar, en la dirección al sitio en que ella se encontraba. Cediendo á un movimiento de cariño que quizá le había ya inspirado su salvador por el afanoso cuidado que por ella mostraba, ó

por ser su único compañero de desgracia y de soledad, ó quizá también por la simpatía que aún antes de conocerlo le habían inspirado sus versos, se adelantó á encontrarlo, como si pesarosa por su tardanza deseara apresurar el momento de unírsele.

Esa natural atención de Laura impresionó de tal manera al enamorado jóven, que tuvo que esforzarse mucho para no hacerle entónces patente toda la ternura de su corazón. Apresuró, sin embargo, su paso, y tomando entre las suyas las manos de Laura cuando llegaron á encontrarse, le dijo cariñoso:

—Perdonadme, Laura, si os he dejado sola tanto tiempo; pero era indispensable averiguar si esta isla podía proporcionarnos lo que urgentemente necesitamos para la vida Mi excursión ha sido fructuosa, y si el destino nos detiene aquí algún tiempo, podemos confiar en que la Providencia nos ha favorecido con todo lo más indispensable de que podemos tener necesidad.

—Celebro, Eduardo, que esteis satisfecho; pero . . . qué ¿temeis que nuestra permanencia en este desierto se prolongue por mucho tiempo?

—No puedo saberlo, Laura: debemos, sin embargo, prepararnos para todo. Tal vez en los venideros meses de Julio y Agosto hagan extender sus buceos hasta estas playas algunos pescadores de perla; tal vez en el próximo invierno algún buque ballenero se interne hasta esta parte del Golfo; tal vez alguna embarcación con provisiones para el fuerte Yuma pueda zurcar estos mares. . . . Confiemos, Laura, en la Providencia: ella que nos ha salvado de la muerte, nos proporcionará los medios de sobrellevar la vida que nos ha conservado.

—Es verdad todo lo que decís; pero yo me siento sin fuerzas para conformarme con lo que en tan poco tiempo me ha acontecido: todo lo he perdido con la pérdida de mis queridos padres, contestó Laura enjugándose las lágrimas.

XXIII

—Debeis, Laura, poner en Dios vuestra esperanza: nada acontece que no sea para nuestro bien. Además ¿quien nos asegura que vuestros queridos padres no se habrán salvado como nosotros?

—No lo creáis, Eduardo: aquella catástrofe, según la última escena que recuerdo, fué espantosa y no concibo todavía como nosotros pudimos salvarnos.

Continuaron Laura y Eduardo en su triste conversación, hasta que próximo ya el sol á ocultarse enteramente dirigieron sus pasos hacia la gruta que les había dado abrigo.

A Eduardo le parecía estar bajo la impresión de un sueño del que hubiera sentido despertar: la jóven á quien en secreto había rendido durante tanto tiempo la más tierna adoración sin la esperanza de encontrarla nunca en el camino de la vida, estaba allí, sola con él en una isla desierta; él, inconscientemente, había sido su salvador y era ya su solo compañero, su único amparo. La muerte les había arrebatado todas sus afec-

ciones, y el aislamiento forzoso en que se encontraban parecía haber roto todos los resortes que debían unirlos á la humanidad. Cada vez que él escuchaba las palabras de aquella jóven encantadora y desgraciada, cada vez que las tristes miradas de sus negros ojos se fijaban en él, sentía algo inexplicable que conmovía todo su ser y que se veía en la necesidad de disimular bajo la apariencia de una complaciente amistad.

Llegados que fueron á la protectora gruta, Eduardo preparó, como lo había hecho en la mañana, los escasos alimentos de que pudo disponer, activando la lumbre con alguna ramazón seca de choyas silvestres, de la que hizo la provisión competente para conservar el fuego durante la noche. Triste era para Eduardo la consideración de dejar á Laura sola en aquella gruta y sin un lecho adecuado para su descanso. Ella, por su parte, veía con cierto terror extenderse las sombras de la noche en aquellas soledades.

—Laura, le dijo Eduardo: necesitais descansar; el sueño reparará vuestras fuerzas. Comprendo que esta soledad y las sombras de la noche os amedrenten, pero debeis tranquilizaros. En esta, al parecer, extensa isla no hay más seres humanos que nosotros, y no es posible que existan animales dañinos que pudieran inspirarnos temor. Yo no me alejaré, y á la puerta de la gruta dormiré ó, mejor dicho, velaré por vos.

Con la vela que Eduardo recogió de la embarcación, tendiéndola en varios dobleces en uno de los rincones de la gruta sobre la arena pue cubría el piso, le preparó á Laura un lecho en que pudiera lo más cómodamente posible descansar, y él, después de despedirse de ella y de asegurarle que no se separaría demasiado para estar á su cuidado, buscó en el exterior de la misma gruta, pero próximo á su entrada, un sitio á propósito para recostarse, procurando un descanso reparador que bien necesitaba. La calma era perfecta: la noche estaba serena sin que una

sola nube empañara el azul del cielo; miles de estrellas centilaban en el firmamento, y Eduardo, no obstante la triste situación en que se encontraba, sentía algo parecido á la felicidad, como si el consuelo que había recibido con el conocimiento y la proximidad de Laura fuera superior á la desgracia de que había sido víctima. En vano procuró permanecer en vela cuidando del reposo de la mujer que adoraba y saboreando la dulzura del amor que le había inspirado. El cansancio doblegaba todas sus energías; y el sueño, con un poder superior al de su voluntad, cerraba sus párpados y anublaba su inteligencia.

No pasó mucho tiempo sin que vencido Eduardo en esa lucha que había tratado de sostener, se quedase sobre aquel lecho de arena profundamente dormido.

CAPITULO XI.

—

MUY temprano se despertó Eduardo al día siguiente, y respetando el reposo en que parecía estar Laura, se dirigió hacia la playa con la esperanza de que las corrientes que en la fuerza del pasado chubasco lo habían arrojado á ella, hubiesen arrojado tambien después algunos efectos del buque que pudieran ser aprovechados. Era su presunción tan racional que no tardó mucho en verla confirmada, pues alcanzó á distinguir en la playa algunos maderos, y

flotando aun en el mar no lejos de la orilla, diversos bultos cuyas formas no podía apreciar, porque las aguas, en constante movimiento, los cubrían algunas veces y otras sólo en parte los dejaban ver. Impaciente por cerciorarse de la verdad, regresó hasta el lugar en que había quedado varado el bote salvavidas, al cual encontró casi á flote á causa, tal vez, de la alta marea, cuya circunstancia aprovechó para embarcarse fácilmente en él; y haciendo uso de los remos que en el mismo bote había encontrado, pudo, sin separarse mucho de la ribera, avanzar hacia alguno de los flotantes bultos. Tal vez el buque había chocado con alguna peña anegada de las muchas que hay en el Golfo y que no están marcadas en las cartas náuticas, y al ser detenido y destrozado en su vertiginosa marcha, encontró el impetuoso viento una resistencia mayor é irresistible en todo el velamen, ocasionando esto que tan pronto se pasara por ojo. Esto pensaba muy juiciosamente Eduardo al reconocer en

todo lo que iba encontrando, algunos fracmentos de la Barca que las corrientes no hubieran arrastrado hasta allí si el buque no se hubiera destrozado. Esa circunstancia reanimó las esperanzas de Eduardo, y aunque con algún trabajo porque la *virazón* que había comenzado á soplar agitaba las aguas, se fué acercando á algunos de los fracmentos que sobrenadaban, impaciente por reconocerlos puesto que todos ellos iban empujados lentamente por las corrientes del Sur, y más ó menos pronto serían arrojados á las playas de aquella isla. Flotaban también á su vista, á largas distancias, algunos bultos cuya forma no podía definir, pero que parecían pequeñas cajas y barriles; flotaban igualmente otros más próximos que le parecían cofres ó petacas; y fijando en estos más su interés, procuró aproximárseles hasta desengañarse con cierto gusto que eran algunos de ellos bultos de equipaje. Luchó entónces haciendo mayores esfuerzos hasta conseguir, con gran trabajo por la agitación de las aguas,

embarcar en su bote dos ó tres de aquellos bultos que bien podían ser, segun pensó, de la familia de Mendoza. Satisfecho con tal adquisición regresó á la playa de donde había partido.

Al arribar á ella, vió con gusto á Laura que, sentada en el tronco seco de uno de los muchos árboles que en las crecientes de los ríos Yaqui y Mayo de las costas de Sonora llevan sus aguas hasta el mar, parecía esperarlo impaciente, abrumada, quizá, por el pavor que aquella soledad le inspiraba. Laura se puso de pié para recibirlo cariñosa, y él, tomando sus manos con purísimo afecto como pudiera haberlo hecho con una hermana querida al verla después de una larga ausencia, le dijo:

—Perdonadme, Laura, si me he separado por unos momentos sin advertíroslo; pero viendo á lo lejos algunos bultos flotando en las aguas, y suponiendo que pudieran ser pertenecientes á nuestro destrozado buque, quise de ello cerciorarme, y como podeis

ver por los que pude recoger, no me he equivocado.

En seguida desembarcó los bultos que había recogido: al ver Laura alguno de ellos prorrumpió en amargo llanto, pues reconoció ser uno de los que á su familia pertenecían. Procuró Eduardo darle algunos consuelos, renovándole la esperanza de que sus padres se hubiesen como ellos salvado, y condujo en seguida á la gruta el bulto que decía Laura pertenecerle: los otros dos bultos eran tan extraños á Laura como á Eduardo.

El encuentro que se había hecho era de suma importancia, y satisfacía mucho á Eduardo la esperanza de que la mar arrojase á aquellas playas algunos otros, como debía suceder por la situación que ellas tenían y por ser las corrientes del Golfo favorables á su deseo. Así efectivamente fué sucediendo, y en los días subsecuentes pudo fácilmente recoger cajas de vino y aguardiente, y algunas petacas de equipaje, entre las cua-

les se encontraba una de las suyas.

Los primeros días fueron de amargura para la pobre Laura, amargura que se renovaba á cada nuevo objeto de la Barca «Carolina» que se presentaba á su vista; pero todos esos objetos le proporcionaron á Eduardo la facilidad de prepararle á Laura en la gruta un local menos molesto para su habitación, y le aseguraban lo necesario, por algún tiempo al menos, para la subsistencia de ambos. Además, Eduardo en una de sus excursiones al manantial para proveerse de agua, había logrado apoderarse de un cabrito de los que con las cabras silvestres habían descendido de la montaña á tomarla; y aunque la madre que lo acompañaba huyó, el cabrito apresado le proporcionó después la ocasión á Eduardo de apoderarse de ella, pues como tanto él como Laura lo habían previsto, no tardó mucho la madre en llegar al reclamo de su cría cuando la creyó sola, por haberse ocultado sus aprehensores como lo habían hecho con el objeto de atraparla. Habién-

dolo logrado, y con algún trabajo para domesticar un poco á estos animales, consiguieron después de algún tiempo atraer á otros y proporcionarse leche y aun alguna carne para su alimentación.

Poco distraían á Eduardo de sus amorosos sentimientos hácia Laura las necesidades de la vida, que fácilmente podía ya remediar conociendo y aprovechando los recursos que la cercanía del mar podía allí proporcionarle. Laura, por su parte, profundamente afectada al principio por su situación, había ido después dando lugar á la ternura; y su joven compañero que había sido antes una necesidad para su vida, lo era ya también para su corazón. Ella no había podido ver sin conmoverse el afanoso cuidado con que Eduardo atendía á todo aquello que pudiera proporcionarle la posible comodidad; y siendo el constante compañero de su vida en aquellas soledades, la hermandad de la desgracia la unía á él en unos mismos sentimientos y en unas mismas aspiraciones. Cuando

en las mañanas salía Laura de la rústica habitación que Eduardo con tierna solicitud le había preparado, sus primeros deseos eran encontrarlo; sus primeras miradas eran para él, que ansioso la esperaba para prodigarle sus cariñosas atenciones. Ambos jóvenes vivían el uno para el otro, y todo para ellos había llegado á ser común, porque eran unas mismas sus necesidades, unos mismos sus deseos, unas mismas sus esperanzas. Ellos sentían ya en su corazón toda la ternura del amor sin que hubieran empleado su lenguaje para manifestárselo. Laura amaba á Eduardo como deben amar las flores al primer rayo que el sol les envía después de una noche tempestuosa, como deben amar las aves la bienhechora sombra de los bosques en las ardientes horas de un día caluroso; y Eduardo, para quien durante tanto tiempo había sido ella el tierno aunque desconocido objeto de su constante adoración, la veía con el religioso respeto que pudiera tener por una divinidad que el cielo hubiera puesto á su lado, por

medio de un hecho casi milagroso, para premiar el dulce sentimiento que la imagen de aquella joven había podido inspirarle.

En una tarde apacible en que ambos jóvenes, sentados en un tronco seco á la orilla del mar, contemplaban tristemente la inmensa superficie de las aguas que los separaba de sus hogares y del trato y comunicación de las gentes, hizo Eduardo notar á Laura el maravilloso efecto que los débiles rayos del sol, que ya descendía á su ocaso, hacían al reflejarse en las encalmadas aguas del Golfo.

—Mirad, Laura, le decía, como en la perfecta calma en que están actualmente las aguas del mar, se confunde en el horizonte el color azul de su tersa superficie con el azul del cielo, y como la débil luz del sol, reflejándose en las aguas como en el cristal de un espejo, parece difundir en la atmósfera un tinte de ópalo y nácar. ¡Qué hermosa tarde! Solos como estamos, sin llegar á nuestros oídos los ruidos del mundo, sin tener

nuestra vista al frente límite que apreciar en la atmósfera luminosa que nos rodea, podríamos creernos suspendidos en el vacío, si las montañas lejanas que tenemos á la espalda y las playas de esta isla no nos hicieran comprender la realidad; una realidad que si ha sido funesta para nosotros por lo que hemos perdido y por lo que materialmente hemos sufrido, me ha proporcionado á mí la felicidad de haber salvado vuestra vida, de estar á vuestro lado, de ser vuestro único apoyo, vuestro solo compañero, vuestro único y solo...... amigo iba yo á decir; pero Laura, añadió Eduardo con tristeza tomándole una de sus manos ¿no creeis que podía aspirar á otro título aun más cariñoso?

Laura, como si las últimas palabras de Eduardo hubieran conmovido todo su ser, se ruborizó ligeramente, y bajando los ojos, temerosa, quizá, de que sus miradas revelasen á Eduardo la emoción que sentía, le contestó con voz conmovida:

—Sí, Eduardo, os debo más de lo que podría esperarse del mejor de los amigos: habeis sido mi salvador, y un padre no hubiera hecho con una hija querida lo que habeis hecho y haceis por mí: vuestras atenciones me conmueven, con tanto más motivo cuanto que nada he hecho yo para merecerlas. Ni me conocíais antes, Eduardo, ni había ningún antecedente más que nuestra común desgracia que haya podido motivarlas.

—¿Que no os conocía yo? contestó Eduardo dando á sus palabras cierta expresión de ternura; estais, Laura en un error: mucho tiempo hacía que vuestra imagen me acompañaba á todas partes, y aunque no os conocía personalmente, mi corazón os había ya adivinado.

—No comprendo, Eduardo, lo que me decís.

—Así lo considero porque mi rendido afecto á la mujer que tan ardientemente amaba antes de haberos visto, ha sido tan tierno como misterioso.

—Menos lo comprendo aún, y siento que el haberme conocido haya modificado ó extinguido, según puedo deducir de vuestras palabras, ese tierno sentimiento que sentíais, dijo Laura dirigiendo su vista á Eduardo.

—Pero es que ese sentimiento no se ha modificado ni extinguido; por el contrario, cada día que pasa es más afectuoso, más tierno, más ardiente.

—Y no podría saber, replicó Laura afectando cierta indiferencia y retirando su mano de las de Eduardo, el nombre de esa mujer que ha podido inspiraros tan ardorosa pasión? ¿La conoceré acaso?

—Sí, la conoceis, y excusado será que os diga su nombre si os enseño el retrato que durante tanto tiempo me ha acompañado como una reliquia santa, que ha mitigado mis amarguras, que me ha consolado en mis sufrimientos y que ha sido siempre el tierno objeto de mis adoraciones. Diciendo esto Eduardo, sacó de su seno el querido relicario, y mostrándolo á Laura, que quedó su

mamente sorprendida al reconocer su imágen, añadió con ternura:

—Miradlo, Laura: desde que hace dos años ví este retrato en Guadalajara, sentí algo en mi corazón que no puedo explicaros; y desde entonces, complaciéndome á todas horas en contemplar la imágen que él representa, ha sido para mí, objeto de un amor tierno, misterioso y santo: sin conocer el original presentía yo todos sus encantos, todas sus bondades, pues, como ya os lo he dicho, mi corazón os había adivinado. Sin la esperanza de encontraros nunca, me complacía en rendiros un culto misterioso, identificándoos con todo lo bello, con todo lo sublime, con todo lo tierno que alhagaba mis sentidos, que conmovía mi alma, que agitaba mi corazón. Ya lo veis, cuando nunca podía esperarlo, cuando me separaba yo de mis hogares para perderme en tierras remotas, la mano de Dios os puso, Laura, en mi camino haciéndome, sin saberlo, vuestro salvador y uniéndome á vos por la desgracia. Qué ¿seré tan

infeliz, añadió con ternura tomando á Laura una de sus manos, que en vuestro corazón no hayan encontrado eco los latidos del mío, y que en vuestra alma no haya una voz cariñosa que responda al llamado de la mía?

Laura, cuyo dulce semblante coloreaba ligeramente la emoción y el rubor, inclinó silenciosa la cabeza, y después de unos momentos de vacilación ó de duda, le dijo enternecida:

—No puedo, Eduardo, negaros todo el interés que me habeis inspirado; el destino que ha unido nuestras existencias por la desgracia común, parece marcarnos nuestra suerte. La relación que me habeis hecho debe probarme que vuestros sentimientos hácia mí no han nacido de las circunstancias en que nos encontramos. Yo no os conocía sino de nombre, y debo agregaros que mucho me simpatizábais por vuestras producciones. Yo estaba, sin embargo, comprometida, tal vez lo habreis sabido, con el jóven que venía en nuestra compañía, y nuestro enlace

debía verificarse en San Francisco. Las circunstancias han cambiado, y aunque hayais interesado mi corazón, yo no podría corresponder á vuestro amor sin tener la evidencia de que la muerte me había desligado de mis anteriores compromisos.

—Respeto, Laura, la delicadeza de vuestros sentimientos, repuso Eduardo tristemente, pero tengo el confuso recuerdo de que los marineros habían atacado y asesinado, sin duda, al joven de que me hablais cuando yo, alarmado, defendiéndome y amparándoos salí de la cámara del buque en los momentos casi del naufragio; además, me habeis dicho, y es la verdad, que el destino ha unido nuestra suerte: si salvándoos yo de una muerte segura habeis nacido á nueva vida, vuestro corazón ha quedado libre de todo compromiso anterior. Habeis sido, Laura, añadió con ternura, la ilusión, puedo decirlo, de toda mi vida, y cuando la mano de Dios ha descorrido el velo que me ocultaba al objeto de mi amór, cuando ella de

una manera inesperada me lo descubre y nos coloca el uno junto al otro en medio de desierto, lejos de los hombres y del bullicio mundano ¿qué otra cosa debemos esperar sino que nuestros corazones se unan por el amor como se han unido nuestras existencias por la desgracia?

—Me conmueven, Eduardo, vuestras palabras, replicó Laura enternecida: yo no os puedo negar que habeis interesado mi corazón, y que mi única felicidad en la situación que guardamos sería el amaros tan tiernamente como lo mereceis.

La afectuosa conversación de ambos jóvenes continuó por largo rato, hasta que las sombras de la noche, modificadas débilmente por la luna que comenzaba ya á brillar en un cielo sin nubes, se extendía por aquellos mares tranquilos y por aquellas playas y montañas silenciosas. Los dos jóvenes en aquellas circunstancias debieron acabar y acabaron por entenderse, encontrando el respetuoso amor de Eduardo un eco tierno y dulce en el corazón de Laura.

CAPITULO XI.

—

Fué transcurriendo el tiempo, y ambos jóvenes, sin ver pasar por aquellos mares un solo buque que pudiera ofrecerles alguna esperanza de sacarlos de aquel apartado desierto, llegaron á perderla. Eduardo, luchando continuamente para proporcionarse lo más necesario para la vida, había llegado á conseguir para Laura las posibles comodidades, y la monotonía de aquella vida, endulzada solo por el respetuoso amor que ambos

se profesaban, llegó á serles pasadera. La tierna familiaridad que entre ellos se había establecido era la que pudieran tener dos hermanos, y hubiera después podido creerse que la vida que llevaban era un contínuo idilio de amor, si ambos en las expansiones de su cariño no estuvieran siempre contenidos por los límites del decoro. Ambos habían llegado á jurarse un eterno amor; pero mientras este no se santificara por la legitimidad del matrimonio, se guardaban todas aquellas consideraciones compatibles con la extraña situación en que se encontraban.

Tenían ya algunas cabras que les proporcionaban la leche suficiente para su sustento, y aun cuando los mariscos constituían su principal alimento, Eduardo, internándose por aquellas montañas, había podido encontrar pitayas y algunas otras frutas y plantas silvestres que utilizaban para el mismo objeto. Laura condimentaba los escasos alimentos, y llegó á conseguir el dulce que al

principio les faltaba, haciendo hervir las pitayas hasta que, evaporizándose por la ebullición la parte acuosa, quedase concentrada la parte azucarina que esa fruta contiene en gran gran cantidad. La misma operación quisieron hacer ambos para extraer la sal de las aguas del mar; pero no dándoles esa operación el resultado apetecido, abandonaron tal procedimiento, con tanta mayor razón cuanto que Eduardo en una de sus excursiones por aquellas playas, había encontrado una pequeña marisma donde la sal naturalmente se había producido por la evaporación lenta de sus aguas con los ardientes rayos del sol.

Algunas cabras que de vez en cuando mataba Eduardo, les proporcionaban, además de la carne que salaban para conservarla, el cebo ó grasa de que tenían necesidad para alumbrarse y para el condimento de sus mismos alimentos. Habían llegado, pues, á cubrir sus más apremiantes necesidades, y esto tranquilizaba, en parte, el ánimo de am-

bos jóvenes.

Pero la estancia en aquella isla se prolongaba indefinidamente para ellos sin que se presentara medio alguno de terminarla, y esto los entristecía, y amargaba extraordinariamente la relativa dicha que el mutuo amor que se profesaban podía proporcionarles.

El pequeño bote de que Eduardo podía hacer uso, aun cuando ofreciera alguna seguridad para hacer la travesía en la extensión del mar que los separaba de la tierra firme más cercana, que eran las costas de la Baja California, no ofrecía la suficiente para dirigirse á ellas sin la certeza, al menos, de encontrar en aquellos desiertos los elementos necesarios para la vida, que en la isla en que estaban habían podido ya proporcionarse.

Ninguna determinación podía Eduardo tomar; á nada podía resolverse por no exponer á Laura á las privaciones y á los peligros que podrían sobrevenirles, de manera que el tiempo trascurría y ambos jóvenes perdían

casi la esperanza de salir de aquel extraño aislamiento. Su vida, aunque endulzada por el tierno amor que se profesaban, no estaba exenta de contrariedades, tanto por la incertidumbre que tenían de lo porvenir, cuanto por lo embarazoso de su misma situación, pues amándose como se amaban y teniéndose que detener en los umbrales de lo lícito, se veían obligados á la intimidad á que los conducía su extraña situación, encontrándose enteramente solos en aquel desierto, y en la necesidad de acompañarse, de cuidarse y de atenderse mútuamente.

Ambos jóvenes se internaban con frecuencia por los bosquecillos y montañas más cercanas de la isla para reconocerlos; largas horas pasaban algunas veces en las orillas del cristalino manantial á la sombra de los árboles que les prestaban pintoresco y agradable abrigo; y cuando el sol declinaba al occidente en las tardes calurosas, habían tomado la costumbre de dirigirse á la playa, entreteniéndose en ver como se agitaba por

algunas partes la superficie de las aguas por la proximidad de algunas mantas, de alguna tintorera, de algún ballenato ó de otros animales marinos que no pocas veces luchaban entre sí, levantando copos de blanca espuma. Llevábalos también en esos paseos vespertinos la esperanza de ver si en el lejano horizonte distinguían algún punto blanco que les indicase la aparición de algun buque, que pudiera ofrecerles la oportunidad de poner término á su forzoso y ya prolongado cautiterio.

En uno de esos paseos en que ambos jóvenes, asidos cariñosamente de la mano hablaban de su amor, de sus pasados infortunios y de sus remotas esperanzas, Eduardo puso de manifiesto á Laura lo embarazoso de la situación que guardaban, y añadió tristemente:

—Mirad, Laura, como trascurren los días, y como cada vez se alejan más nuestras esperanzas: nos amamos con ternura, y estamos solos, obligados á acompañarnos, á ser

virnos y á ayudarnos mútuamente en todos los accidentes de la vida; pero hay algo que debe embarazar esta forzosa intimidad, mientras ante Dios y los hombres no tengamos el derecho de tenerla. Nuestra posición es delicada y violenta, y debemos definirla por el único medio de que podemos desgraciadamente disponer. Cuando un niño nace casí exánime y no hay un sacerdote que pueda administrarle el Sacramento del Bautismo, cualquiera persona puede administrárselo, pronunciando las palabras consagradas y vertiendo sobre su cabeza el agua bautismal. Nosotros estamos en un caso semejante: nos amamos, deseamos y es nuestra voluntad unirnos contrayendo el sacramento del matrimonio; pero no hay ni tenemos la esperanza de encontrar un sacerdote que escuche nuestros votos y legitime nuestra proyectada unión, estando aquí solos, aban donados de los hombres, y quizá en peligro de que nuestros amorosos sentimientos nos conduzcan por una senda extraviada. Os

propongo, Laura, que dirijamos á Dios nuestros votos. Dios está lo mismo en los altares santos del templo cristiano que en las playas y en las montañas del desierto. Dirijamos á Él nuestras oraciones; pidámosle que escuche nuestros votos y que bendiga desde el cielo nuestra unión.

—¿Creeis, Eduardo, repuso Laura, que eso será bastante para legitimarla?

—¿Y porqué no? añadió Eduardo. Procederemos así obligados por una necesidad imperiosa y para prevenir, quizá, mayores males: nuestra santa religión provee bondadosa á todos los casos extremos, y lo mismo salva al niño que muere siendo bautizado sin la intervención sacerdotal, cuando esta no ha podido obtenerse, como salva al pecador moribundo que sin esa intervención se dirije arrepentido á Dios, en sus instantes postreros.

—¿Pero juzgais que es semejante el caso en que nos encontramos?

—Sí, Laura: no podemos continuar como

estamos sin que nuestras fuerzas flaqueen, exponiéndonos á positivos peligros. Nuestra voluntad, nuestros votos los escuchará Dios, bajo la santidad del juramento, y su bendición descenderá, no lo dudeis, como una lluvia de flores sobre nosotros, santificando nuestra unión.

Continuaron por largo rato en su paseo, departiendo sobre el mismo delicado asunto que Eduardo había promovido; y convinieron, al fin, después de algunas cabilaciones, en efectuar su matrimonio con la posible solemnidad, reservándose, no obstante, el confirmarlo si les fuera posible salir de aquel aislamiento, ante el primer ministro del Señor al que pudieran acercarse.

Al día siguiente, Laura se levantó muy temprano, y acompañada de Eduardo, se dirigió al pintoresco manantial donde algunos días antes había llamado su atención un sombrío delicioso, formado por la aglomeración de agrestes rocas entre las cuales brotaban algunas enredaderas silvestres, que

caprichosamente se escondían en sus anchas grietas ó se desparramaban por sus bordes, dejando festones de pequeñas flores que embalsamaban el aire con suaves perfumes. Aquel sitio en la proximidad del fresco manantial era, por la solemnidad que le presta ban la cercanía del mar y el silencio de las selvas, el más adecuado para el objeto á que ambos jóvenes querían dedicarlo, y fué el escogido por ellos para elevar sus preces al Altísimo Al efecto, plantaron allí una cruz de madera que Eduardo había cuidadosamente labrado, y la adornaron con las flores cillas silvestres que habían podido recoger de los montes cercanos, rodeándola de algas marinas y de preciosas conchas, suministradas por la mar en aquellas playas con notable profusión. Desde dicho sitio se distinguía la vasta extensión de aquel mar solitario, cuyos murmullos suaves y adormecedores convidaban en esas soledades al recogimiento y á la meditación; las virazones movían las copas de los árboles cerca-

nos que le prestaban protectora sombra, convirtiendo en un Oasis pintoresco las cercanías del cristalino manantial.

Desde que improvisaron aquel oratorio los dos jóvenes, lo frecuentaban en las mañanas para dirigir á Dios sus oraciones; y Laura, con más frecuencia, pasaba allí algunas horas del día recogida en sus tristes meditaciones, mientras Eduardo se ocupaba, como tenía de costumbre, en proveerse de lo necesario para la alimentación común.

Para el día en que ambos habían fijado efectuar su matrimonio, adornó Laura con mayor esmero la improvisada capilla; y llegado ese día, se dirigieron ambos á ella, y postrados ante el signo de nuestra redención, elevaron su alma al Supremo Hacedor, pronunciando Eduardo, conmovido, las siguientes palabras:

—«Dios nuestro y Señor Topoderoso:

Nosotros, pobres náufragos, abandonados en esta isla desierta y sin la esperanza de salir de ella, elevamos á tí nuestros corazo-

nes, y te pedimos escuches nuestros votos que son la expresión sincera de nuestra voluntad. Nos amamos, Señor, con ternura; deseamos unirnos por los lazos del matrimonio; y en la imposibilidad de hacerlo en la forma que previenen tus santas leyes, por la falta de un ministro del altar, te pedimos, Señor, bendigas nuestra unión. Tú, Señor, estás en todas partes: lo mismo en la cabaña del pobre que en el palacio del rico; lo mismo en las populosas ciudades que en las montañas y en las playas del desierto; por eso aquí, solos y abandonados en estas soledades, volvemos á tí nuestros ojos, y en el silencio solemne que nos rodea elevamos á tí nuestro espíritu. Dígnate, Señor, bendecir nuestra unión: nosotros juramos ser el uno del otro para siempre; juramos guardarnos fidelidad y constancia, y observar tu santa ley. Eduardo añadió dirigiéndose á Laura:

—Laura de Mendoza ¿quereis tomarme por esposo y compañero? ¿Ratificais las palabras que acabo de dirijir á la Omnipoten-

cia Divina?

Laura llena de unción contestó:

—Sí quiero, y ratifico esas palabras con todo mi corazón.

Eduardo continuó:

—Yo, Eduardo Contreras, tomo por compañera y esposa á Laura de Mendoza, y ambos te pedimos, Señor y Dios nuestro, que bendigas bondadoso nuestra unión; que dirijas nuestros pasos por el camino del bien y fortalezcas nuestro espíritu en tu santo amor. En seguida colocó Eduardo en uno de los dedos de Laura el anillo nupcial en señal de matrimonio, y Laura hizo lo mismo con Eduardo.

Ambos jóvenes continuaron por algunos momentos en oración, como si sintieran descender sobre ellos la gracia que tan ardientemente habían impetrado; y después, satisfechos y contentos, se dirigieron á la gruta, que arreglaron convenientemente para que fuera en lo sucesivo su residencia común.

Desde entónces pasaban sus dias más

tranquilos: el aislamiento en que se encontraban les parecía ménos desagradable, y entregados enteramente á las dulzuras de su cariño, no les atormentaba ya la idea de permanecer por mucho tiempo en aquel forzoso retiro, alejados del trato de los demás hombres. Aquella desierta isla llegó á ser para ellos un remedo del paraíso: la Naturaleza les brindaba con todo lo necesario para la vida; y sin temores ni sobresaltos, se consideraban dueños y señores de la tierra que pisaban y de todos los frutos que producía. Las necesidades fueron con el tiempo aguzando su ingenio para proporcionarse los medios de satisfacerlas. En sus frecuentes excursiones por el interior de la isla habían podido encontrar algunas frutas exquisitas, algunas plantas útiles y preciosas que aprovechaban, y lugares primorosos y cubiertos de exhuberante vegetación entre las abras de sus montañas. Muchas tardes solían pasear á lo largo de la playa, entregándose en esos paseos á los recuerdos de

otros días, y refiriendo Eduardo á Laura el fantástico amor que por ella había concebido con la vista de su retrato, del que nunca se había separado: recordábale entónces la vez que la había oído cantar en Mazatlán estando él en la plaza de Machado y muy ageno de crer que aquella voz qne tanto lo conmovió era realmente la del original de su querido retrato. Algunas mañanas, cuando la mar estaba tranquila, lo que frecuentemente sucedía porque las calmas son casi constantes en las cercanías de las islas en el Golfo de Cortés, solía Eduardo arreglar el bote, y embarcándose con Laura costeaban una parte del litoral de la isla, entregándose en esos paseos á los dulces goces de su luna de miel.

En uno de esos paseos, que lo extendieron hasta doblar el cabo occidental de la isla, la mañana estaba hermosísima, el cielo sin una sola nube se reflejaba en la tersa superficie del mar, y la atmósfera se hallaba tan rarificada, tan diáfana, que pudieron distinguir las

costas de la Baja California tan claramente como si sólo distasen de ellas 6 ú 8 millas. Eduardo, que con mucha atención las repasaba con sus miradas, le dijo de pronto á Laura:

—Mira, amada mía, ¿no ves aquel punto blanco que se destaca sobre una pequeña altura en la parte de la costa que tenemos al frente?

Laura, recogiendo su vista con una de sus manos, pudo convencerse de que no era una ilusión de Eduardo lo que decía ver, y con la animación de una esperanza acariciada de mucho tiempo atrás, le contestó:

—Sí, Eduardo, distingo perfectamente lo que me dices, y me parece un edificio; qué! ¿estará habitada esa parte de la costa?

Eduardo, poniéndose de pié y procurando distinguir mejor lo que les había llamado la atención, le contestó:

—No creo que sea punto habitado, pues si lo fuera habríamos observado algún movimiento en la mar para proveerse los habi-

tantes de lo que ella podría suministrarles; pero . . . . espera, agregó observando con mayor atención, más bien parece lo que vemos alguna iglesia. ¿No observas que esa parte blanca que distinguimos se prolonga en altura por uno de sus lados como si fuera una torre ó mirador?

—Efectivamente, dijo Laura: tal vez sea algún pequeño templo; pero si lo es, insisto en lo que te decía: ese lugar debe de estar habitado.

—Puedes tener razón, alma mía, dijo Eduardo con cierta expresión de contento: recuerdo ahora que las Misiones se extendieron en la Baja California desde el Cabo de San Lucas y La Paz hasta la Alta California, y pudiera muy bien ser que la que tenemos al frente fuera una de esas Misiones. Pero esas Misiones establecidas originariamente por los Padres Jesuitas, fueron á fines del siglo pasado, cuando la expulsión de sus fundadores, ocupadas por los frailes Fernandinos y después por los Domínicos, quedan-

do en seguida abandonadas; de manera que bien pudiera ser que lo que vemos sea algún templo aislado hoy en medio del desierto.

—¿Y si no lo estuviera? repuso Laura. Cuando menos, aún no existiendo población alguna habría la probabilidad de encontrar camino que hubiera conducido y aún condujera á lugares poblados, puesto que esas Misiones debían estar en comunicación unas con otras.

—Sí; pero actualmente esos caminos son intransitables, querida mía: desde Mulejé hácia el Norte se extiende el desierto por cientos de leguas, y la falta de agua potable en las costas ó montañas que hay que franquear lo hacen peligrosísimo y casi impasable.

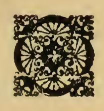
Continuaron por algún tiempo los dos jóvenes departiendo sobre el mismo asunto, hasta que los ardientes rayos del sol los obligaron á volver al punto de su residencia.

Pasaron algunos días, y Eduardo, siempre con la preocupación de lo que había visto

en las costas cercanas, acariciaba el pensamiento de trasladarse á ellas. La tierra firme, se decía, puede ofrecernos mayores probabilidades de sacarnos de este aislamiento, ya porque la comunicación con algún lugar poblado será más posible, ya porque aún los auxilios que del mar pudiéramos esperar por la aparición de algún buque se nos facilitaran más, puesto que desde la eminencia en que está situado ese edificio que hemos visto, se debe abrazar con la vista mayor extensión en el horizonte de la que aquí podemos alcanzar. Preocupado por tales ideas habló de ello á Laura, la cual desde luego convino en la necesidad de trasladarse á aquella parte de la tierra firme, pues en el caso de que en ella se les presentaran mayores dificultades, lo que no era de esperarse, les quedaría el recurso de volverse á la isla.

Prepararon todo lo necesario para la expedición, conviniendo en dejar en la gruta algunos de los bultos que habían podido re-

coger en la playa procedentes del naufragio de la "Carolina," y en llevar solamente consigo lo que más pudieran por lo pronto necesitar, á reserva de que Eduardo volviese después á la isla á recoger lo que dejaban, si determinaban quedarse en la nueva residencia.



CAPITULO XIII.

LA mañana estaba hermosa: el sol asomaba por el horizonte tiñendo de escarlata y oro las blancas nubecillas, que en pequeños y diseminados grupos esperaban, al parecer, su salida para disolverse en húmedo ambiente al calor de sus rayos bienhechores. La mar, enteramente tranquila, dejaba oir los monótonos y débiles murmullos que levantan sus aguas, al deslizarse por

la playa en ligeras ondulaciones que se desvanecen después en hilos de blanca espuma. Soplaba un ligero vientecillo del Este, y Eduardo quiso aprovecharlo por ser favorable á la travesía que tenían proyectada: listo ya el bote con todo lo necesario que de antemano se había colocado en él, los dos jóvenes se embarcaron contentos, como si les animara la esperanza de salir definitivamente del aislamiento al que durante tanto tiempo habían sido reducidos por el desgraciado naufragio de la Barca "Carolina."

Eduardo, hijo de puerto de mar, estaba bastante diestro en el conocimiento y manejo de las embarcaciones, de manera que no tuvo gran trabajo para arreglar y colocar en el bote la pequeña vela que había encontrado en él y que debía serle muy provechosa, particularmente si tenían un viento favorable como el que entonces reinaba.

Colocado Eduardo junto al timón y asegurando al tolete el cabo de la escota, comenzó el botecillo á moverse con lentitud

resbalando sin obstáculo alguno por la azulada superficie.

El vientecillo de la mañana rizaba tan ligeramente la superficie de las aguas, que el pequeño bote, sin ningún movimiento oscilatorio, se deslizaba con suavidad como si temiese causar desagrado á aquella interesante pareja. Aun cuando á Laura, preocupada por sus impresiones anteriores le había causado algún temor la pequeña travesía que tenían que hacer, ese temor se había desvanecido mucho ante la tranquilidad de aquel mar *de leche*, como dicen los marinos, ante lo bonancible del viento y ante la hermosura y apacibilidad de la mañana. De vez en cuando veían por algunas partes levantarse las aguas en espumosos torbellinos, por la lucha ó el retozo de algún mónstruo marino; ó distinguían á lo lejos el paso de algunos ballenatos, que apareciendo y sumergiéndose en las aguas, seguían en su constante marcha unos detrás de otros una línea uniforme; ó más próximamente veían

asomar en la superficie de las aguas las aletas de algún tiburón ó tintorera, que sigilosamente se acercaba á su embarcación, cual si investigara la posibilidad de encontrar alguna presa cercana.

Se habían separado ya bastante de la isla bienhechora, y Laura volvía sus ojos á ella de vez en cuando con cierta expresión de melancólica tristeza.

—Qué! ¿sientes amada mía, le dijo Eduardo tomándole cariñosamente una de sus manos, el abandono que hacemos del lugar que en nuestra desgracia nos deparó el destino? Veo que vuelves los ojos con la expresión del sentimiento, como si fuera un objeto querido del que te alejas.

—Si, Eduardo mío, contestó Laura ligeramente sonrojada. ¿Cómo podré no alejarme de él sin tristeza, cuando si es verdad que en él recibí las más terribles y dolorosas impresiones, también lo es que allí tu amor, tan tierno y delicado, me ha hecho olvidarlas, y que en esas soledades, embellecidas por la

magestad del silencio, te he tenido constantemente á mi lado, previniendo, siempre cariñoso, todos mis deseos; atendiendo, siempre fino y delicado á todas mis necesidades; llenando con tu amor todo mi corazón, como si Dios nos hubiese aislado de los demás hombres para santificar de esa manera la pureza de nuestro amor.

—Es verdad, Laura mía; yo tambien experimento cierto sentimiento de melancolía y de tristeza al abandonar esos sitios en que pude volverte á la vida; en que te encontré despues de haber perdido completamente la esperanza de conocerte: estos sitios á los que nos condujo, es verdad, la más grande de las desgracias; pero en los que yo he gozado también la mayor de las felicidades á que hubiera podido aspirar, porque tu has sido, alma mía, mi bien supremo, mi único pensamiento, el solo amor que he tenido en la vida. La dulzura de tu voz conmueve ahora á mi alma enamorada, agregó poniendo un beso en sus rosadas mejillas, y tus miradas

tiernas y apacibles me inundan de dicha y de felicidad.

Largo tiempo continuaron Laura y Eduardo en sus amorosos coloquios hasta que, próximos á la Costa de California, pudieron distinguir perfectamente la iglesia de la Misión edificada sobre una colina que se levantaba á la orilla del mar. Poco tardaron en tocar la ribera de aquellas playas tan solitarias como las de la isla que habían abandonado. Dejaron el bote amarrado á la orilla, pues el mar, por allí acantilado, no le ofrecía á Eduardo gran facilidad para varar la embarcación, y se dirigieron á la iglesia, poco distante del lugar en que habían embicado.

¡Que triste soledad la de aquel templo abandonado durante tanto tiempo en medio del desierto! En sus paredes, medio derruidas exteriormente, había dejado el tiempo marcadas sus huellas destructoras; las arenas que habían arrastrado los vientos del Norte formaban pequeñas agrupaciones, donde vegetaban trabajosamente algunos

zarzales y captus espinosos; las puertas del pequeño templo, ennegrecidas por la humedad y medio abiertas durante tantos años, habían facilitado abrigo á algunos animales salvajes, según las huellas y los desperdicios que podían notarse en el empolvado pavimento; y los viejos altares no tenían adorno alguno que el trascurso de tantos años hubiera podido respetar: uno que otro santo de madera cubierto de polvo y deteriorado, y algún cuadro ennegrecido colgaban de sus muros. En la sacristía del templo, á la que daba fácil acceso una puerta practicada á la izquierda del altar principal, se veían un armario desvencijado de madera, archivo quizá en otros días de los padres de la Misión, á juzgar por la multitud de papeles regados en desórden por el suelo, y amontonados en completa confusión en uno de los rincones de aquella pieza. Tanto la sacristía como el templo recibían la luz por unas ventanas altas, de pequeñas dimensiones, y cubiertas, en vez de cristales, con láminas

delgadas de talco que difícilmente dejaban pasar los rayos solares, por el polvo y el viento del mar que habían opacado un tanto su superficie exterior. Dicha sacristía se comunicaba con una pieza inmediata, en mejor estado de conservación, que se apoyaba sobre uno de los muros laterales del templo; sus ventanas descubiertas daban vista al mar y de la cual partía una angosta escalera de cal y canto que la enlazaba con la torre: esta pieza daba salida á la playa próxima, estando seguramente destinada en otros tiempos para habitación del sacristán.

Nuestros jóvenes, en el reconocimiento que hacían del viejo edificio, subieron á la pequeña torre desde la cual se abrazaba con la vista una grande extensión del mar, y se distinguían claramente las montañas de la isla que acababan de abandonar y mucha parte de las costas y áridas montañas del continente. En la pequeña torre, cuyos muros estaban descascarados y carcomidos en mucha parte por los aires salitrosos del mar

y por el trascurso del tiempo, había una sola campana de bronce, que seguramente había sido dejada allí por las dificultades de su traslación cuando aquellas Misiones fueron definitivamente abandonadas. Deseosos Laura y Eduardo de reconocerlo todo para fijarse en el lugar que ofreciera menos inconvenientes para habitarlo, volvieron á la iglesia, que por el lado opuesto al que habían reconocido tenía comunicación con los corredores y el patio de otro edificio de mayores proporciones, pero que se encontraba casi en completa ruina: sus paredes de adove, derrumbadas en mucha parte, ofrecían á la vista montones de escombros donde había crecido ya alguna raquítica vegetación; y las que quedaban en pié estaban surcadas por grandes grietas ó cuarteaduras, que parecerían anunciar su próximo desplome, si varios espinos y pequeños y amarillentos nopales que de ellas brotaban por algunas partes, no indicasen su antigüedad. El ruinoso aspecto que ofrecía esa parte del edi-

ficio les hizo renunciar á un reconocimiento más circunstanciado, y se volvieron á la pieza contigua á la sacristía, fijándose definitivamente en ella para su habitación.

Aun cuando Eduardo comprendía que habiéndose establecido allí una Misión debía aquel sitio contener lo más indispensable para la vida, procuró investigar desde luego si el agua potable, de la que hay tanta escasez en la parte central de la Baja California, no estaba muy distante del lugar; y al efecto, después de dejar á Laura en la habitación que habían escogido tanto por su mejor estado de conservación como por su inmediación al mar, se dirigió al campo recorriendo las cercanías del edificio. Montañas áridas y pedregosas se presentaban por todas partes á su vista, en las cuales solo vegetaban trabajosamente pequeños zarzales, nopales, choyas y otros captus espinosos, que daban un aspecto triste y desconsolador á aquellos campos. Esa aridez se modificaba en parte hácia el Norte en los terrenos

más próximos, lo cual indicaba á Eduardo la posibilidad de encontrar por aquella parte el precioso líquido que buscaba. Dirigiendo sus pasos hacia ese rumbo, pudo convencerse de que no se había equivocado en sus conjeturas, porque á poco andar se encontró, entre algunos mesquites que daban débil sombra, una estrecha cañada en la cual brotaba un pequeño venero cuyas aguas cristalinas antes de llegar al mar se perdían absorvidas por la resequedad del arenoso terreno. Satisfecho con tal hallazgo, y con la posibilidad de que aquel pequeño oásis se extendiera á lo largo de la angosta cañada, como podía hacerlo creer la faja de vegetación que parecía internarse por el abra de la montaña, regresó á la Misión donde se encontraba Laura ocupada en el aseo de la pieza que habían escogido para alojarse.

—Veo que estás, mi querida Laura, muy afanada, le dijo Eduardo rodeando su cintura con uno de sus brazos y poniendo un beso en su mejilla: me duele en extremo que

las circunstancias nos hayan reducido á la situación que guardamos.

—No te de pena, amado mío, contestó Laura sonriente y un tanto sonrosada: tu cariño presta aliento para todos los trabajos y endulza todas las amarguras. Confiemos en que la suerte nos deparará pronto mayores comodidades y mejores días. ¿Has encontrado en estos alrededores lo que buscabas? ¿Estás contento?

—Sí, Laura: el agua que es lo más necesario está próxima, y la cañada en que se encuentra ofrece alguna vegetación en medio de la triste aridez que parece rodearnos por todas partes. Me bastó ese descubrimiento para no proseguir en una exploración que tendremos después tiempo de hacer. Tenía, además, el deseo, agregó tomando cariñosamente una de sus manos y poniendo un beso en sus labios, de volver á tu lado.

Eduardo y Laura se dirigieron en seguida á la cercana playa, y el primero desembar-

có lo que habían traído en el bote, conduciéndolo ambos á la habitación que habían escogido: en seguida improvisó Eduardo en la sacristía contigua un pequeño fogón con el material que le proporcionaron las próximas ruinas del convento, y después de haber trabajado en esto todo el día en compañía de Laura, se consideraron bien instalados y con mayor abrigo y comodidad de los que la isla les había proporcionado.

Cuando en la tarde subieron ambos á la torre para pasear sus miradas por la extensión del mar, solo pudieron distinguir las lejanas montañas de la isla, y más lejos aún hácia el Norte, azuleando confusamenle sobre el horizonte, una faja al parecer de tierra, que supuso Eduardo pertenecería á alguna otra de las muchas islas del Golfo. Por lo demás, parecía que la Naturaleza se había adormecido, pues en la calma completa en que el mar se encontraba, ni un solo murmullo se levantaba de las aguas, las cuales se extendían ante sus ojos como un anchu-

roso cristal que reflejaba en su superficie el claro azul del cielo; ni un solo rumor se desprendia de las áridas montañas que tenían á su espalda, donde el sol calcinaba las tierras infecundas, y no había ni árboles que levantaran extrañas cadencias, ni aves que con sus cantos en esas horas de la tarde pudieran interrumpir aquel silencio de muerte, ni arroyos que con su frescura y sus murmullos prestaran algún encanto á aquel cuadro de desolación.

—¡Qué triste es el desierto! exclamó Laura suspirando; pero observa, Eduardo, añadió volviendo su vista al mar, cuán hermosa está la tarde. Si tuviéramos la seguridad de salir pronto de nuestro prolongado aislamiento ¡cómo gozaríamos contemplando el mar, con estos mudos espectáculos de la naturaleza que se desconocen entre el bullicio de las ciudades!

—Es verdad, querida mía: parece imposible que este mar tan tranquilo y silencioso ahora, cuyas aguas lamen dulcemente las

arenas de la ribera, sea el mismo que ruje enfurecido y se levanta en gigantescas masas y espantosos torbellinos cuando la tempestad lo conmueve y el huracán lo agita.

—¿No ves, Eduardo; no ves á lo lejos dijo Laura señalando el horizonte, allá medio confundido por la bruma un gran bulto negro, y algo blanco que de él sobresale como si fuera el velámen de un barco? Qué seremos tan felices que sea alguna embarcación la que estamos mirando! ¿No crees que será conveniente cuando se aproxime más tocar esta campana para llamar la atención de sus tripulantes? Ah! que gran felicidad añadió Laura sonriente y frotándose las manos, si la esperanza no nos engaña y es realmente un buque el que tenemos á la vista.

—No, Laura mía, contestó Eduardo mirando atentamente hácia el lugar señalado por ella. Lo que tenemos á la vista no es por desgracia una embarcación como te figuras; es una gran ballena y lo blanco que distingues y que te ha parecido el velamen

de un buque son los grandes chorros de agua que arroja. Observa que solo se distingne ya el bulto negro.

—Tienes razón, Eduardo, dijo Laura con cierta expresión de desconsuelo, después de recoger la vista con una de sus manos para fijarla con más exactitud. Ah!....ya también el bulto negro ha desaparecido.

—Ya ves que desde esta altura podemos distinguir mejor que en la isla, dijo Eduardo, si se presenta algún barco por estas aguas. Además, yo tendré que salir frecuentemente para conducir de la isla lo que allí hemos dejado, y de ella y de los mares cercanos todo aquello que puedan proporcionarnos para la subsistencia. Esta campana, añadió, nos podrá también ser útil para que tú, tocándola, me llames cuando sea necesario ó pueda mi tardanza inspirarte algún temor. ¿No te parece, amada mía, que su sonido debe oirse á gran distancia?

—Veamos! dijo Laura tomando el extremo de una pequeña y mohosa cadena que

pendía del badajo, y agitando éste con alguna fuerza.

De la torre salió un tañido fuerte y vibrante, que repitió por algunos momentos el eco de las montañas interrumpiendo el secular silencio de aquellas comarcas.



CAPITULO XIV.

NINGUNA oportunidad se les presentaba á Laura y á Eduardo para salir de su prolongado aislamiento. Trascurrían unos tras otros los días, y al finalizar cada uno de ellos se desvanecía la esperanza que al comenzar habían los pobres jóvenes acariciado. La vida que llevaban en aquellas soledades, no obstante las dulzuras de sus coloquios amorosos, había llegado á parecerles monótona desde que, vencidas las principales dificulta-

des, no tenían necesidad alguna que les inquietara obligándolos á procurarse los medios de satisfacerla. Registrando la arruinada casa, habitación quizá en otro tiempo de los Padres, se encontraron en la destruída cocina algunos trastos de loza, y otros enseres que desde luego aprovecharon; haciendo uso también de una tosca mesa y de algunas bancas que pudieron recoger de la sacristía contigua á la habitación que tenían. Eduardo, por otra parte, valiéndose del botecillo de que podía disponer, había hecho varias excursiones á la isla para conducir á la nueva residencia todo lo que allí había dejado con tal objeto. Nada, pues, les faltaba de lo más necesario para la vida: las cabras que habían llegado á domesticar les proporcionaban leche en abundancia, y las playas y la mar sabrosos mariscos que Laura condimentaba de la mejor manera. Eduardo, en sus repetidos viajes, se aprovechaba de todo aquello que la isla podía ofrecerles y que no les había sido dado encontrar en las cer-

canías de la Misión.

Ambos jóvenes se levantaban cuando el sol asomaba por el horizonte, y paseaban á lo largo de las playas ó subían á la torre, animados por la esperanza de poder distinguir la aparición por aquellos mares de algún buque protector. Algunas veces vagaban por las cercanías de la Misión, entrando á la pequeña cañada que comenzaba en sus inmediaciones; paseo que les era agradable, por ser el único punto de todos aquellos contornos en el cual ofrecía la vegetación algún encanto, en medio de la desconsoladora aridez que por todas partes los rodeaba. No pocas se entretenían revisando algunos de los papeles que, amontonados en completo desórden y deshechos en mucha parte por el polvo y la humedad, se habían encontrado en los rincones de la sacristía. Esa revisión, que satisfacía su curiosidad, les proporcionaba algunos datos sobre las Misiones antiguas de California, y sobre los Padres que sirvieron en ellas, aun cuando

con bastante dificultad podían leer esos libros y papeles, estando algunos casi incomprensibles por haber la humedad deteriorado el papel, y haber emblanquecido la tinta con que habían sido escritos el tiempo transcurrido.

En la cañada, á la que más frecuentemente concurrían internándose á alguna distancia, habían encontrado pitahayas, cocos y algunas otras frutas silvestres, así como yerbas útiles que aprovechaban, y que en su orígen habrían sido, quizá, cultivadas allí por los Padres misioneros, aprovechando las aguas de aquellos pequeños manantiales, á los que se debía, sin duda, la vegetación que en medio de tan espantoso desierto había convertido aquel sitio en un agradable Oasis.

Eduardo solía retardarse demasiado en los frecuentes viajes que en el bote hacía, para traerle á Laura de la isla ó de sus inmediaciones ostras, cangrejos, tortugas y algunos otros mariscos; y entónces Laura subía

á la torre, y tocando la campana como habían convenido, hacía que Eduardo apresurara su regreso. Ella lo esperaba impaciente en esas cortas ausencias, y salía á su encuentro festiva y cariñosa como si á verlo volviese después de un prolongado viaje.

No habían podido aclarar cuál era el nombre de la Misión en que se hallaban; pero el registro de algunos de los libros y papeles que encontraron en mejor estado, les impuso de varias circunstancias que estimulaban su interés. Uno delos día en que se entretenían en esa revisión, Laura, que había encontrado, entre otros, un libro con forro de pergamino medio desencuadernado, exclamó después de examinarlo:

—Mira, Eduardo, este libro parece el de las defunciones.

—Veamoslo, dijo Eduardo aproximándose á Laura; y ambos, aunque con algún trabajo, pudieron leer lo siguiente:

NOTA. Estas notas puestas con letra pequeña son auténticas y tomadas por el autor, de los papeles que encontrò en el estado que refiere en la sacristía del templo de la Misiòn del Loreto cuando la visitò en el año de 1866.

"El 8 de Abril de 1828 murió el padre Clemente Guillén, de 71 años de edad, 52 de religión, 33 de profeso de segundo voto y 32 de Misionero en California, en la qne trabajó con infatigable celo que conservó hasta los últimos alientos de su vida; pues después de haber administrado la Misión de Ligrug, la de Loreto como por año y medio, con el cargo juntamente de Protector, y fundado la de los Dolores, hoy de la Pasión, reduciendo á nuestra Santa Fé á casi toda la nación Waicura en que gastó más de 20 años, haciendo distintas entradas y descubrimientos; imposibilitado ya por sus muchos achaques y casi total falta de vista, vino al Loreto por Abril del año pasado, con el ánimo de recobrarse unos dias y pasar después á San José Comandú para atraer é instruir á unos gentiles."

—Pues qué ¿sería esta la Misión de Loreto? dijo Laura interrumpiendo la lectura. Este libro parece indicarlo.

—No, Laura: en la Misión de Loreto existe hoy una aunque muy insignificante población. Tal vez alguna parte de su archivo fué traido y abandonado aquí al separarse los Padres de las Misiones. Sigue, Laura, sigue leyendo:

"En 9 de Diciembre de 1771 murió, recibidos los santos sacramentos, el H? Juan Bautista Mugarzabal, de edad de 77 años y 43 de religión. Fué uno de los primeros que habiendo venido el año de cuatro sirvió mucho á la conquista hasta el

año de 18 que siendo alférez entró en la Compañía, tomando la ropa de la Misión de San Javier, y trabajó gloriosamente en los misterios propios de su estado, ayudando mucho con su grande humildad para la edificación de todos en la penosa ocupación que le cupo de compañero del P. Procr. Murió tan santamente como había vivido. Fué enterrado en el Presbiterio á los piés del P. Jayme Bravo.

—Veamos, dijo Eduardo, si está antes la nota referente al Padre Bravo, pues lo que acabamos de ver nos indica que antes había muerto este Padre.

Hojeando Laura el libro en las primeras fojas, le contestó:

—Sí; aquí está....y leyó:

"En 13 de Mayo de 1744 murió en Loreto el Padre Jayme Bravo, de la Compañía de Jesús, de 61 años de edad y 42 de religión. Después de ordenado sacerdote fundó como Misionero la Mision del Pilar de la Paz, en donde trabajó 8 años. Fué después señalado á este Oficio y Misión del Loreto, en donde con incansable celo y aplicación trabajó muchos años hasta el presente en que murió tan religiosamente como había vivido. Fué enterrado en medio del Presbiterio, una y media vara después de la grada última del altar mayor."

—Aquí hay otra partida, añadió Laura, que dice así:

XXXI.

"En 4 de Noviembre de 1746 murió D. Esteban Rodríguez, Capitán Comandante y uno de los primeros conquistadores de la California. Está enterrado en la iglesia del Loreto."

—Según veo, dijo Eduardo hojeando el libro, todas las partidas de entierro desde 1757 están firmadas por Fr. Lucas Ventura, hasta 1767 en que vinieron los Fernandinos, y entónces las firman Fr. Junípero Serra, Fernando Parrón y Fr. Francisco Palou.

—Veamos, Laura, que dice esta nota que veo en el libro.

"Concluyeron el templo del Loreto y trabajaron en él, Juan Caballero que murió en 23 de Enero de 1725 y fué enterrado en él, y Pedro de Anastasio Waicuras, el cual en este tiempo, para instruir y confesar á una vieja Uchiva, á dos Lauretanas y á varios de Higuig, con no menos trabajo que edificación de cuantos lo vimos, se dedicó á aprender de nuevo lo suficiente del idioma Uchiti, para su fin, que consiguió, y á refrescar las especies que tenía de los otros dos idiomas en que con incansable tezón perseveró hasta seis días antes de su muerte, la cual fué en el tiempo de la Pasión de Nuestro Señor, como lo había deseado, y tan religiosa como su vida."

Siguió Laura hojeando el libro, y encontró estas otras partidas:

En 1729 [22 de Febrero] murió Fr. Francisco M.ª Piccolo en el Loreto, de 78 años de edad, teniendo 31 de misionero. Fundó la Misión de San Javier y trabajó en las del Norte.

Había otras noticias de mortandad en la Misión del Loreto: desde 1698 en que murieron 13; en 1699, 15; en 1700, 6; en 1701, 10; en 1702, 16; en 1704, 15; en 1705, 18; en 1706 6; en 1707, 24; en 1708, 148 por peste que hubo de viruelas y sarampión, cuya peste se renovó en 1722, en 1728 y en 1748, ocasionando gran número de víctimas.

—Veamos, Laura, este otro librajo que parece ser el de los bautismos, dijo Eduardo hojeando otro libro que había encontrado. Este libro, añadió, comienza en Marzo de 1708 y termina en 4 de Octubre de 1821, y firman las partidas, según los años que abraza, Francisco M.ª Piccolo; Francisco de Peralta, Juan M.ª de Salvatierra, Clemente Guillén, Nicolás Jamará, Juan Bautista Itugarabal, Francisco Osorio, Juan M.ª de Luyandó, Jayme Bravo, José Echeverría y Nicolás Tamaral. Según este libro, hasta el año de 1768

que salieron los Padres Jesuitas hubo en la Misión de Loreto 1647 bautizados.

Este otro libro, dijo reuniendo cuidadosamente sus hojas y examinándolo, es el de los casamientos: comienza en 1701 y alcanza hasta 16 de Enero de 1823. Firman las partidas J. M. de Salvatierra, Juan de Ugarte, Piccolo, etc.

Aquí veo una noticia curiosa, dijo Laura interrumpiendo á Eduardo. Mira, está firmada por el P. Fray Junípero Serra, y se refiere al año de 1775. Dice así:

MISIONES EN 1775.

De San Francisco Javier..........	Misionero Fr. Manuel Pérez.
De San José Comandú...........	,, Fr. Cristobal Vera.
Purísima de Cadegomo..........	,, Fr. Martin Zavaleta.
Santa Rosalía Mulegé.......... .	,, Fr. Joaquín Valero.
De Guadalupe....................	,, Fr. José Santolaria.
De San Ignacio..................	,, Fr. Juan Cris. Gomez.
De Santa Gertrudis..............	,, Fr. J. Diez Bustamante
De San Borja....................	,, Fr. José Hibar.
De San Fernando....	,, Fr. Pedro Gandiaga.

En 2 dias del mes de Abril de 1768, sabado de gloria, llegaron á esta Misión y Real Presidio de Nuestra Señora del Loreto de

California, 16 religiosos sacerdotes, predicadores apostólicos del Colegio de "Propaganda Fide" de San Fernando de México, de la Regr. Observancia de N. S. P. San Francisco, enviados de nuestro Prelado para la espiritual administración de todas las Misiones de esta Península, en atencion al decreto del Exmo. Sr. Marqués de Croix, Virrey y Capitán General de esta Nueva España, con que en nombre de S. M. Católica puso toda esta Provincia á cargo de dicho Colegio Apostolico, supuesta la expulsion que poco antes por Real Decreto se había hecho de los RR. PP. Jesuitas de todos los dominios del Catolico Monarca, y yo el infrascrito, Presidente de dichos religiosos y de todas estas Misiones por el expresado Colegio, habiendo señalado en Ministro de la de San José del Cabo de San Lucas al P. Prior Fr. Juan Morán; de la de Santiago de los Coras al P. Prior Fr. José Antonio Murguía; de la de la Paz, vulgo Todos Santos, al P. Pr. Juan Ramos de Cora; de la de la Pasion ó Dolores al P. Pr. Francisco Gomez; de la de San Luis Gonzaga al P. Pr. Fr. Andrés Villumbrales; de la de San Francisco Javier, al P. Pr. y Sec. Fr. Francisco Palou; de la de San José de Comandú al P. Pr. Fr. Antonio Martínez; de la Purísima de Cadegomo al P. Pr. Fr. Juan Crespi; de la de Santa Rosalia de Mulegé al P. Pr. Fr. Juan Ignacio Gaston; de la de Nuestra Señora de Guadalupe al P. Pr. y Rector Juan Sancho; de la de San Ignacio al P. Pr. Fr, Miguel de la Tampa; de la de Santa Gertrudis al P. Pr. Fr. Dionisio Basterra; de la de Santa Maria al P. Pr. Fr, Juan Leon de Madinarrestia; y de la de San Francisco de Borja, el P. Pr. Fr. Fermín Sipuén.—Firmado: Fray Junipero Serra.

Cansados de registrar los viejos papeles allí amontonados, sin poder averiguar

cual era la Misión en que se éncontraban puesto que la mayor parte de los papeles y libros que habían visto pertenecían á la del Loreto, se retiraron de allí para entregarse á sus faenas ó entretenimientos ordinarios, que consistían en preparar lo necesario para su alimentación; en observar el horizonte desde la torrecilla, ansiosos de poder distinguir la aparición de algún buque; en recorrer, asidos cariñosamente de la mano› alguna parte de la solitaria playa, ó en internarse en la cañada próxima para gozar contemplando aquella mancha aislada de vegetación y de vida en medio de la inacción de la Naturaleza que la circundaba. ¡Pobres náufragos á quienes solo sus delirios amorosos podían en aquellas soledades hacerles pasadera la vida! Eduardo, vagando solo algunas veces por la orilla del mar, se llenaba de melancólica tristeza al pensar en la suerte que en lo porvenir podría esperarles, si las enfermedades agoviaban á alguno de los dos ó la muerte venía á separarlos. ¿Qué

haría yo sin Laura? y ¿qué haría ella sin mí? Y cuando este pensamiento lo atormentaba, solía postrarse sobre la arena humedecida y elevar su alma á Dios poniendo en él su única esperanza. En sus tristes cavilaciones pensaba algunas veces en la conveniencia de aventurarse á atravesar el desierto; pero ¿cómo, se decía, sin conocer una ruta directa y practicable en este hacinamiento de montañas áridas y pedregosas podríamos emprender nuestro camino, cuando aun pudiendo seguir una vía directa, no encontraríamos en 80 ó más leguas ni una planta con que alimentarnos, ni una gota de agua para calmar la sed? Sobre todo, en esta confusión de montañas donde no es posible seguir sin obstáculos insuperables un rumbo dado, el extravío entre ellas sería una muerte inevitable en medio de los mayores tormentos. Resignémonos, pues, á esperar la suerte que nos esté deparada.

——«o»——

CAPITULO XV.

ERAN los últimos días del mes de Noviembre: en la noche anterior al día á que voy á referirme, el *coromuel*, viento nocturno en aquellas regiones, había soplado con bastante fuerza y enfriado notablemente la temperatura.

En la mañana de ese día, Laura y Eduardo no habían hecho sus paseos acostumbrados, tanto por el frío molesto que se hacía sentir, cuanto porque el cariz que presenta-

ba el tiempo extendía como una sombra de desaliento y de tristeza por todos aquellos contornos. Negros nubarrones se agrupaban en masas compactas por el Norte hácia el fondo del Golfo y avanzaban lentamente presentando diversos tonos de oscuridad; y los rayos del sol, que se levantaba ya por el Oriente, interceptados por las sombras de un cielo brumoso, luchaban, al parecer, por darle un tinte menos triste y sombrío al cuadro que presentaba la Naturaleza.

La mar, aunque tranquila, ofrecía en su superficie ese color verde oscuro precursor de la tormenta; y sus aguas, como comprimidas por una pesantez atmosférica mayor que la ordinaria, se mantenían en una inmovilidad relativa y amenazadora.

—¡Qué día tan triste! exclamaba Laura, que en compañía de Eduardo había subido á la torrecilla de la iglesia. Parece que estamos, amado mío, en el último rincón del mundo, y que en la espantosa soledad que nos rodea somos los únicos seres animados que

contemplamos este imponente espectáculo.

—Es verdad, Laura mía. Los días fríos y nebulosos del invierno en estos lejanos y solitarios mares, son más tristes que en aquellos en que el movimiento de la vida parece comunicar algun calor y animación al medio en que se vive: además, acostumbrada la naturaleza á un sol ardiente y á un cielo diáfano y sin nubes, como acontece ordinariamente en estas regiones, pudiera creerse que viste de luto cuando el sol vela su luz y su calor, y el mar no puede reflejar en su superficie el hermoso azul del cielo. Pero.. mira! exclamó repentinamente Eduardo después de recorrer con su vista el horizonte. Es sin duda un buque, Laura mía, el que tenemos á la vista. ¿No ves dibujarse por el Sur un punto blanco allá en el oscuro horizonte?

Laura, un tanto animada por la exclamación y las últimas palabras de Eduardo, dirigió sus miradas hácia el lugar que le había indicado, y recogiendo la vista con una

de sus manos, como si quisiera alcanzar así la mayor seguridad de ser cierto lo que decía Eduardo, pudo convencerse que lo que estaban mirando no era simplemente una ilusión como la que había tenido en días anteriores.

—Sí, Eduardo, dijo regocijada: ahora no creo pueda engañarnos la esperanza. Lo blanco que vemos destacarse entre la bruma del horizonte, es sin duda el velamen de algún barco. Esperemos que se acerque más, que se distinga más claramente, y el toque de nuestra campana hará conocer á sus tripulantes que necesitamos auxilio.

—Indudablemente ese buque se dirigirá á algún punto de la costa de Sonora, ó quizá al Río Colorado con provisiones para el fuerte Yuma. Pasará, quizá, á mucha distancia de nosotros para que sus tripulantes puedan oir el toque de la campana, y si lo oyen, todo podrán creer menos que por ese medio se les pida desde tierra auxilio alguno.

—¿Pues qué haremos entónces, Eduardo? repuso Laura pensativa, como si quisiera encontrar respuesta á su propia pregunta.

—Lo más conveniente será, querida Laura, que haciendo uso del botecillo de que podemos disponer, salga yo al encuentro de esa embarcación. Ella tardará algo en llegar á la altura en que nos encontramos, esto es, en pasar frente á nosotros, y me dará sobrado tiempo, por distante que pase de estas costas, para ponerme al habla con ella.

—Bueno, pues iremos á encontrarla.

—No, Laura: tú de ninguna manera. El tiempo está amenazante para que te expongas sin necesidad; y en todo caso, en vez de serme útil podrías tú embarazar mi acción que tendrá que ser expedita si queremos conseguir el fin que nos proponemos. Yo iré y volveré pronto; y volveré, no lo dudes, con la seguridad de haber conseguido nuestros deseos.

—Pero yo no puedo quedar tranquila si hay algún peligro para tí en esa cxpedición.

—Nada temas, querida mía. No habrá para mí ningún peligro. El norte que amenaza me dará tiempo para regresar; y en todo caso, recuerda que el botecillo es salvavidas y que yo soy buen nadador.

—Pero eso no basta por sí solo para contrariar la furia de un mar agitado. Sin embargo, vé si lo juzgas necesario, y yo me quedaré si así lo dispones; pero me quedaré con mucho cuidado. Además, si este buque lleva, como es seguro, un destino marcado, no es probable que consienta su Capitán en venir por nosotros; y si esto es fácil que suceda, sería tal vez mejor que no te expusieras á salir á su encuentro.

—No, Laura, eso no podría suceder. Si el buque no puede desde luego venir á recogernos por no desviarse de su derrotero, lo hará á su regreso, pues su Capitán no podrá rehusar mis favorables ofrecimientos; pero espero que no sean necesarios, pues confío en que desde luego se prestará á desviarse un poco de su ruta para venir á auxiliarnos.

En ese caso, yo volveré aquí en el mismo buque. Voy, pues, para no perder tiempo, á alistar el bote y á emprender la marcha.

Bajaron ambos jóvenes de la torre y se dirigieron á la inmediata playa, donde Eduardo, después de hacer algún pequeño arreglo en el bote, se despidió de Laura que, afligida y llorosa insistía en acompañarlo, dándole un beso y haciéndole amorosas caricias. Laura lo vió partir aflijida y con lás lágrimas en los ojos; pero le alentaba en su aflicción la esperanza de verlo pronto regresar festivo y contento por haber obtenido lo que tanto deseaban.

Después que Eduardo se alejó de la orilla, volvió Laura á la torrecilla y desde allí lo seguia con angustiosa mirada, temiendo que la Collada de Norte que tan seriamente se anunciaba, no le diese tiempo de arribar á la embarcación. La embarcación se distinguía ya con mayor claridad; pero seguía un rumbo tan distante de las costas del continente, que llegó Laura á desconfiar que

Eduardo, por más que se agitase, tuviera tiempo bastante para llegar á su encuentro.

Después de algún tiempo pasado por Laura en esa espectativa, observó que Eduardo costeaba ya la isla que antes habían habitado, y que la embarcación á cuyo encuentro iba, se veía aún bastante lejana, avanzando poco por serle el viento quizá desfavorable. Apenas distinguía ya el ligero botecillo en que iba su amante; y media hora después lo perdió completamente de vista porque se interponían las montañas de la isla, que Eduardo había ya remontado.

Fué precisamente en esos momentos cuando las primeras ráfagas del Norte se dejaron sentir, causándole mortal angustia á la desdichada Laura. Las aglomeradas nubes que corrían hácia el Sur ennegrecían cada vez más aquel cielo plomizo, y las aguas del mar, de un color verdoso, comenzaron á agitarse levantándose en ondulaciones extensas que reventaban por algunas partes formando olas que se disolvían en blanca espuma.

El viento arreciaba por momentos: una hora después su impetuosidad era tal, que azotaba con fuerza contra los muros del templo las arenas que levantaba de la playa y conmovía los pilares de la pequeña torre, obligando á Laura á guarecerse en uno de sus ángulos; lugar que, aunque molesto en extremo no abandonaba, ansiosa de asegurarse de lo que podía ocurrir y angustiada y llorosa por la suerte de Eduardo.

Algún tiempo después se agitaba ya la mar furiosamente, y enormes oleadas que se levantaban, chocaban y se confundían en grandes y espumosas masas, pusieron á Laura en el mayor conflicto.

Transcurrieron las horas del día y el norte aumentaba más y más cada vez, soplando con furiosa intensidad, y agitando cada vez más las aguas del mar, cuyas gigantescas oleadas chocaban y se confundian unas con otras en grandes espirales, respondiendo con espantosos rugidos á los rugidos no menos espantosos del viento.

—Dios mío! Dios mío! exclamaba Laura arrodillándose ¡ten misericordia de nosotros! y con sus manos convulsas recogía los rizos de sus cabellos que el viento esparcía en desorden cubriéndole el rostro, para poder dirijir sus miradas hácia los lugares medio velados por la bruma donde suponía que podía su amado encontrarse.

El buque á cuyo encuentro había salido Eduardo, aunque poco podía distinguirse por la gran distancia á que se hallaba, había ya alcanzado la altura que Eduardo pretendía para ponerse al habla con él; pero Laura no podía distinguir si el botecillo se le había acercado, y sí observó con profundo desconsuelo que ya el buque retrocedía hácia el Sur, quizá para correr, como dicen los marinos, aquel furioso temporal.

Pasaban las horas de la tarde y Eduardo no volvía ni era posible que volviese. ¿Qué hacer en situación tan terrible?.... Laura demandaba el auxilio divino; pero sus plegarias se confundían con sus sollozos, y su

alma más que elevada al cielo, estaba fija con sus miradas en las encrespadas olas y en las sombras plomosas del oscuro horizonte. Ella, al aproximarse la noche, pensaba, dando algún consuelo á su dolor, que Eduardo podría haberse guarecido en las playas de la isla, ó que quizá, si llegó á ponerse en comunicación con el buque, se embarcaría en él al ver la fuerza del temporal que se había desatado, y que no sería posible que regresara mientras no calmase la furia del viento y se aplacase aquel mar embravecido. Esas reflexiones le servían de algún consuelo, pero no calmaban su aflicción que aumentaba á medida que avanzaban las horas de la noche.

La noche había cerrado ya y estaba pavorosa: los bramidos del mar, el zumbido del viento, la profunda oscuridad, y la soledad en que la pobre Laura se encontraba la tenían llena de pavor y espanto.

Ella, sin embargo, haciendo un gran esfuerzo de voluntad descendió entre las som-

bras trabajosamente á su aposento, porque el intenso frío y el desatado norte hacían casi imposible su permanencia en la torre, donde, por otra parte, no tenía ya objeto á tales horas y en tales circunstancias. Poseída de terror, luchaba su alma dolorida con el temor por la suerte de su amado, y con el pavor que le producían la profunda oscuridad que la rodeaba y los extraños ruidos que oía en torno suyo, producidos por las fuertes ráfagas del viento al azotarse en las derruidas paredes de la Misión y en los muros y ventanas del abandonado templo. Ya le parecía oir quejidos y lamentos; ya el golpeo de puertas que abrían ó cerraban manos invisibles; ya lejanos rezos en coro de voces humanas; ya el bramido de fieras que parecían haberse acercado á su hogar amparadas por las tinieblas.

La pobre Laura no tenía tranquilidad para elevar su alma á Dios, y poseída del terror que le inspiraba aquella extraña situación, se cubrió la cabeza como si hubiese tenido

necesidad de hacerlo cuando estaba envuelta por la más profunda oscuridad, temerosa tal vez de ver surgir entre las sombras algún blanco fantasma, y se arrojó á su lecho donde llena de espanto creía escuchar voces que la llamaban y oir pasos de gentes que se le acercaban, esperando por momentos sentir la impresión de alguna pesada mano que tocara su cuerpo. La anonadaba el terror, y largas horas pasó en situación tan aflictiva hasta que el sueño pudo dominarla.



CAPITULO XVI.

COMENZABA la luz del día á dar alguna claridad á su habitación, cuando Laura se despertó sobresaltada como si volviese de un prolongado letargo, como si dudase de que ya hubieran pasado las horas de aquella angustiosa noche.

Ya no se oían ni el zumbido del viento ni esos extraños y espantosos ruidos que tanto la habían aterrorizado; solo el murmullo del mar, algo agitado aún, interrumpía el silen-

cio, como si las sombras de la noche al ausentarse ante la luz del nuevo día, hubieran arrastrado consigo esas fantásticas y aterradoras manifestaciones de la naturaleza en sus terribles conmociones, que tanto habían amedrentado á la pobre Laura.

Tan luego como esta se despertó sobresaltada y sin poder comprender el repentino cambio efectuado ni darse cuenta exacta, por el entorpecimiento del sueño de que acababa de despertar, de lo acontecido en la noche anterior cuyo solo recuerdo la horrorizaba, se puso prontamente en pié y se dirigió á la torre esperando ansiosa el regreso de su adorado Eduardo. En vano dirigió su vista por todas partes: el cielo estaba ya despejado completamente de las nubes que en el día y noche anteriores lo habían entoldado, y presentaba ese hermoso color azul que ordinariamente presenta en aquellas regiones en los días bonancibles. La mar, aunque algo picada aun, tendía de una manera notable á calmarse por completo, y claros

los horizontes ofrecían ancho campo á la vista que pretendia consultarlos.

Laura no separaba de ellos su inquisitiva mirada; esperando ver aparecer al mismo buque que en el día anterior había retrocedido corriendo el furioso temporal, porque ella suponía que Eduardo hubiera podido abordar la embarcación á tiempo para salvarse del inminente peligro que de otra manera hubiera corrido.

Ella esperó en vano durante las primeras horas de la mañana. Antes que el sol declinara al occidente volvió á la torre de la que pocos momentos antes se había separado, y vió con gusto que el esperado buque estaba nuevamente á la vista. Laura esperó con impaciencia su mayor aproximación; pero después de dos ó tres horas de espectativa, observó que el buque, aunque á gran distancia, pasaba al frente de aquellas playas sin detenerse ni dar, por sus movimientos ó maniobras, indicio alguno que pudiera alentar las esperanzas de la desventurada

jóven, que lo vió seguir á lo largo su no interrumpida marcha.

El mayor desaliento se apoderó de ella cuando después de algún tiempo lo vió perderse de vista; y derramando amargo llanto, pensaba y con razón que si Eduardo se hubiese encontrado abordo, se habría desprendido del buque al pasar á la altura de aquellas playas, después de haber arreglado con el Capitán el que á su regreso pasara á recogerlos.

No sabía la pobre jóven qué pensar ni qué hacer en la terrible situación en que se encontraba. Las sombras de la noche la llenaban de terror y espanto, y aun cuando conservaba todavía la remota esperanza de que Eduardo se encontrara en el buque, del que por alguna circunstancía no habría podido desprenderse al pasar á la vista de aquellas playas, una sombra de desconsuelo y de tristeza pesaba sobre su alma como un triste presentimiento, como una protesta silenciosa de la efímera esperanza que su triste des-

ventura le había hecho concebir.

La noche iba extendiendo ya su negro manto sobre aquellas abandonadas regiones, y el mar, con débiles murmullos, parecía haberse adormecido: la suave claridad con que los últimos rayos del sol tiñeron poco antes el occidente se habían desvanecido por completo, como llega á desvanecerse en el alma el recuerdo de un bien perdido; y en el azul del cielo cintilaban infinidad de estrellas con tibia claridad.

La aflicción de Laura aumentaba á medida que declinaba el día: y como si en su situación angustiosa fuera la luz del sol una consoladora compañera, con las lágrimas en los ojos la había visto desaparecer, pues se juzgaba más sola y desamparada cuando por todas partes la envolvía la oscuridad de la noche.

Sobrecogida de un temor espantoso, la sola idea de descender á su aposento en medio de las tinieblas la horrorizaba. El recinto de la torre era más estrecho, y su fantasía no

le podría fingir allí las visiones y fantasmas que en la noche anterior le había fingido, ya vagando en torno suyo, ya discurriendo silenciosas por el abandonado templo ó entre las derruidas paredes del espacioso edificio.

¡Pobre Laura! Aquella noche, como la anterior, tenía que ser para ella un prolongado tormento. Débil y abatida, pues apenas había podido proporcionarse un escaso alimento durante el día, solo la animaba el mismo terror de que estaba poseída. El apacible murmullo de las tranquilas aguas, que al deslizarse por la playa se limitaban en hilos de blanca espuma, era el único ruido que con cadente monotonía interrumpía el profundo silencio de la noche; y á la escasa claridad de las mil estrellas que tachonaban el firmamento, creía á cada instante la pobre jóven distinguir á lo lejos sobre la superficie del mar algún objeto que alentaba momentáneamente la esperanza de que su amado viniese en busca suya, y entonces se apresuraba á tocar la campana del templo, para marcar-

le el lugar á que debía dirijirse; pero la ilusión se desvanecía á poco, y el desconsuelo volvía á apoderarse de su alma dolorida.

En tan crueles angustias, pero siempre esperando, pasó esa noche y pasó la siguiente y pasaron algunos días más, hasta que vió regresar y pasar á lo largo al mismo buque en que había puesto su última esperanza.

Por esos últimos días apareció en un periódico de Guaymas la siguiente noticia:

"En las playas de la Isla del Tiburón se "ha encontrado varado un bote salvavidas, "que dicen los pescadores que lo han visto "tiene en su popa el nombre «La Carolina»; "por lo que se supone, con bastante funda- "mento, que debió pertenecer á la Barca "«Carolina» que hace poco menos de un año "salió de Mazatlán con caudales para San "Francisco California, y de la cual no se ha "vuelto á tener noticia."

"Debe llamar la atención que si dicho bo- "te perteneció á esa Barca, se halla encon-

"trado en las playas de la mencionada Isla, "rumbo tan diverso de aquel en que la Barca pudo perderse. Tal vez algunos indios "salvajes de la tribu de los Ceris que vagan "por las montañas de la isla, no sean extra"ños al misterio en que ha quedado envuel"to ese lamentable naufragio."



CAPITULO XVII.

PASABAN los días, y la desgraciada Laura, agobiada por el sufrímiento, debilitada por el insomnio, y abatida por el aislamiento y por el horror que le inspiraba la profunda soledad de aquel espantoso desierto, no podía convencerse de la verdad que ya se presentaba de manifiesto, y esperaba cada día la vuelta del amado de su corazón; y esa esperanza, como las últimas gotas de aceite que sostienen la vacilante flama de

una lámpara, era la que parecía sostener su rázón ya debilitada y reanimar aún aquella existencia próxima á extinguirse.

Con el semblante pálido y descompuesto, la negra cabellera cayendo en desorden sobre su cuello y espalda, y el ligero traje ajustado descuidadamente á la cintura, vagaba durante el día como un silencioso fantasma por aquellas playas solitarias, levantando unas veces al cielo la suplicante mirada, como si con ella demandase á Dios consuelo ó en él pusiese su última esperanza; y otras, dirijiéndola á los lejanos horizontes, ó paseándola por la azulada superficie del mar, parecía interrogar con ella á las distancias y á los elementos cuál era la suerte de su amado y cuál el lugar donde podría encontrarse: todo callaba, todo enmudecía ante su dolor; y la pobre Laura veía con profundo desconsuelo que la naturaleza, indiferente á la angustia que la atormentaba, seguía su curso ordinario con la luz de su radiante sol, con el débil murmullo de sus

aguas y con la suavidad de sus brisas, sin cuidarse para nada de la inmensa desgracia que laceraba su alma y torturaba su corazón.

Algunas veces se postraba en tierra, y murmurando sentidas oraciones derramaba copioso llanto, sin que sus oraciones le diesen conformidad ni el llanto le proporcionase consuelos.

Cuando el sol declinaba al occidente subía á la torrecilla, y al extenderse en torno suyo las sombras de la noche, tocaba la campana del templo, anunciando infructuosamente el lugar en que se encontraba, como si esperase aún la desgraciada jóven que esa señal convenida de inteligencia pudiera ser escuchada por el infortunado amante.

Agoviada su alma por tan continuado sufrimiento, debilitado su cuerpo por el insomnio y por la falta de un alimento reparador, Laura era ya solo una sombra de lo que fué: pocos días habían bastado para que se efectuase en ella cambio tan repentino. En sus

ojos, tan negros y hermosos, había una sombra de profunda languidez, como si la debilidad de sus párpados ansiara por velar el fuego de aquellas miradas seductoras; en su fisonomía, tan expresiva en otros días, se había impreso la huella del dolor, descolorándose el aterciopelado tinte de sus mejillas y contrastando la palidez de su semblante con lo negro de sus blondos cabellos, con las arqueadas líneas de sus cejas y con el brillo casi apagado de sus ojos lánguidos.

¡Pobre Laura! Ella que había sido la prenda más preciada de su hogar, el encanto de sus adorados padres; ella que había sabido conquistarse por sus virtudes, por sus bondades y por su hermosura la admiración y el aprecio de la sociedad en que vivía; que había atravesado por el mundo agazajada por todos y rodeada de las más exquisitas atenciones, vagaba ahora sola y abandonada por aquellas lejanas y desiertas playas, sin oir el eco de una voz amiga, sin que una mano compasiva ofreciese seguro sostén á

su vacilante paso, sin que una mirada afectuosa viniese á envolverla en efluvios de amor y de cariño, desvaneciendo la helada atmósfera que la circundaba.

Tan terrible situación no podía prolongarse: la abstinencia había debilitado sus fuerzas y casi agotado las energías de su juventud; el dolor y la continua angustia por su situación habían herido de muerte su razón, que ya vacilaba y se perdía ante la espantosa realidad como vacila la llama de la luz que se extingue, como se apaga el eco de la voz que se aleja.

Las acciones de Laura y los extraños rezos que en su constante insomnio murmuraba en la solitaria torre durante la noche, indicaban ya bastante el extravío de su razón: unas veces creía ver dibujarse entre las sombras, sobre la superficie del mar, la débil barquilla en que volvía su amado, y entónces le hablaba con voz sentida lamentándose de su tardanza, y tocaba lentamente la campana creyendo la infeliz que así apresuraba su lle-

gada; otras veces, poniéndose de pié, se mezaba con ambas manos los cabellos, echando hácia atrás con bruscos movimientos los negros rizos que caían en desorden sobre su frente; no pocas caía desfallecida para levantarse á poco, como si con el esfuerzo de su voluntad quisiera sobreponerse al mortal abatimiento que la había ya doblegado.

La pobre joven luchaba con la razón que ya la abandonaba, luchaba con la vida que ya se le extinguía; pero esa misma lucha sostenida por la esperanza de ver llegar á su amado, la acercaba cada vez más al precipicio que por los instintos de la conservación parecía inconscientemente evitar.

En una noche en que la luna nueva arrojaba una débil claridad sobre las tranquilas aguas, dando formas fantásticas á los objetos más ó menos distantes de aquellos solitarios contornos, Laura, como dominada por la esperanza que durante tanto tiempo había acariciado, descendió de la pequeña torre y vagaba por la orilla del mar dirigiendo su

vista con marcada ansiedad por todas partes y fijando en todas su atención, como si esperase distinguir algún objeto lejano ó escuchar algún ruidó extraño que le indicara la posibilidad de ver realizados sus constantes y ardientes deseos; pero ningún objeto alcanzaba á distinguir su ansiedad, y ningún ruido extraño venía á perturbar el constante silencio de aquellas extendidas playas y solitarios mares, escuchándose sólo el monótono murmullo de las tranquilas aguas al deslizarse sobre la arena en pequeñas onduciones.

Dominada por el pavor que le infundían la soledad y la inmutable calma que reinaba en torno suyo, sentía la desgraciada jóven que la vida se le extinguía; y haciendo su voluntad supremos esfuerzos, dirijía á Dios sus oraciones sin la conciencia de lo que expresaban sus palabras, porque las diversas sensaciones que experimentaba trastornaban en su alma la apreciación de sus propios actos.

—Dios mío! Dios mío! exclamaba en algunos momentos ¿qué he hecho para merecer tan tremendo martirio? Apiádate de mí; conserva en mi alma la esperanza que ya me abandona; dame fuerzas para sostener hasta que vuelva á verlo, la vida que ya se me extingue.

En seguida, y como si quisiera sobreponerse á la suprema angustia que la atormentaba, cantaba aires no olvidados de más felices días, pintándose en su rostro, cubierto de encantadora palidez, y en las extraviadas miradas de sus ojos la expresión de la locura. Con bruscos movimientos se desgarraba unas veces las telas de su vestido, como movida por arranques de desesperación; incorporándose otras, separaba de su frente los blondos rizos que en sus inconscientes movimientos le cubrían el rostro, y dirigiendo sus miradas por todas partes como si quisiera darse cuenta de lo que en su rededor pasaba, acababa por derramar abundantes lágrimas y por lamentarse, sollozando, de su in-

fortunio.

En tan desgraciada situación se encontraba, cuando creyó distinguir una luz lejana en las apartadas playas de la isla que ella y su amado habían en otros días abandonado. Toda su atención se fijó entónces en aquel punto luminoso.

Después de tantos días de espantosa soledad, aquella luz que le indicaba la presencia aunque lejana de un ser humano, debió ser para ella una compañía consoladora. La esperanza renació en su alma abatida, y un rayo de felicidad vino á alumbrar su inteligencia y á vigorizar un tanto su lacerado corazón. Fijó ávidamente sus miradas en aquel punto luminoso, y en la mayor ó menor intensidad que de vez en cuando tomaba, creyó notar la asiduidad con que aquel fuego era alimentado.

Sin duda, se pensaba Laura, es mi querido Eduardo el que me hace esas señales de inteligencia: tal vez sorprendido por el temporal se vió obligado á arribar á la isla; pero

¿cómo durante tantos días no me ha hecho conocér su permanencia en ella? ¿Cómo, aprovechando el buen tiempo que hemos tenido después del temporal, no ha hecho la travesía para venírseme á unir, cuando ha debido suponer la angustia en que me encontraba por su prolongada ausencia?. . .No puedo dudar de su amor y de su interés por mí, se decía, y esto me desconsuela porque me hace vacilar.

—¿Serán acaso algunos náufragos que han encontrado en esa isla bienhechora el refugio que nosotros encontramos algunos meses ha? En todo caso, ellos podrán darme alguna razón de mi amado. . . .Pero no, es él quien así me anuncia su aproximación: tal vez hasta ahora habrá podido proporcionarse la manera de hacer fuego para encender esa hoguera; tal vez el fuerte temporal le inutilizó la pequeña embarcación de que podía hacer uso, y esa circunstancia lo habrá estacionado tanto tiempo en la isla. Bien pudiera ser también que detenido en alguna otra

parte, haya llegado recientemente á esas playas y espere al día de mañana para venir hasta aquí, apresurándose ahora por medio de esa señal á anunciármelo.

Estas y otras reflexiones se hacía la desgraciada jóven, perdiéndose en mil conjeturas aunque confiando siempre en la proximidad de su querido. Este pensamiento que acariciaba con ternura, inundaba su ya des fallecido corazón de una felicidad desconocida, y comunicaba á su alma las energías de la vida próximas á desaparecer de su organismo.

Animada por tan halagadora esperanza, se encaminó hácia la pequeña torre que le servía de aposento durante las largas noches de su espantosa soledad, y con el deseo de ser escuchada, tocó repetidas veces la campana del templo, como si quisierá anunciar á su amado que había comprendido las señales de su aproximación, que conservaba la vida, y que con ansiedad lo esperaba.

Los vibrantes sonidos de la campana de la Misión, turbando la constante calma y tranquilidad de aquellas solitarias comarcas, tenían algo de fantástico y solemne en el silencio de la noche.

Ella creía notar que el fuego se animaba algunas veces, como si la hoguera que lo producía estuviese constantemente atendida por una mano cuidadosa, y llegaba aún á suponer que escuchándose en aquel lugar lejano los toques de la campana, correspondía á ellos como una señal de inteligencia la avivación intermitente de aquel fuego. ¡Pobre Laura! El tañido de la campana no ce só en toda la noche, y no cesaron en toda ella de estar fijas en áquel punto luminoso las miradas de la desamparada y desfallecida jóven, la cual esperaba ya con ansiosa impaciencia la luz del nuevo día.

El horizonte comenzó á teñirse de un suave color de rosa, y poco después, como si saliera de las aguas del Golfo, asomó el sol esplendente derramando sus rayos bienhe-

chores por la tersa superficie de aquellos mares que estaban á la sazón en una calma perfecta. Despejada completamente la atmósfera, Laura paseaba con avidez sus miradas por la extensa superficie de las tranquilas aguas, en las que de vez en cuando asomaban por algunos puntos las aletas de algún tiburón ó tintorera, ó se levantaban grandes penachos espumosos, por el retozo de algún ballenato ó la pelea de alguna manta colosal con otro de los muchos mónstruos marinos que abrigan aquellos retirados mares.

Nada alcanzaba Laura á distinguir que pudiera calmar su ansiedad, y olvidada casi de sí misma, se sentía desfallecer sin acordarse de tomar los escasos alimentos que había podido y podía proporcionarse.

En más de una ocasión tuvo allí, en la misma torre, de la que no se había desprendido un solo momento desde la noche anterior, algunos desmayos ó síncopes que sin la preocupación en que estaba su espíritu y que por

completo la dominaba, la hubieran justamente alarmado; pero ella al incorporarse después de esos funestos desfallecimientos, no pensaba en otra cosa que en el pronto regreso de su amado, dirigiendo al mar sus miradas, esperando á cada momento descubrir en sus azules aguas la pequeña embarcación que debía conducirlo.

Todo el día lo pasó en ansiosa espectativa, y ya al declinar la tarde estaba á punto de desesperar, cuando su misma ansiedad le proporcionó el consuelo de afirmarse en la idea, que ya había pasado por su mente, de que si la embarcación única de que podía hacer uso había sido destruída por el anterior temporal, su retardo tenía que ser debido á esa circunstancia.

Necesario era conformarse y hacer conocer á Eduardo la ansiedad con que lo esperaba, á cuyo efecto tocaba frecuentemente la campana del templo, esperando que esta manifestación fuese correspondida por la lejana lumbrada en la isla como en la noche

anterior.

Así fué en efecto: conforme las sombras de la noche se extendieron por aquellos mares, volvió á aparecer el punto luminoso en las apartadas playas de la isla. Esa circunstancia volvió alguna animación á la desgraciada jóven, y confiando en que su amante no tardaría en proporcionarse algún medio que pudiera facilitarle la travesía de 25 ó 30 millas que de ella lo separaba, pasó también esa noche sostenida por tal esperanza y tocando frecuentemente la campana de la Misión.



CAPITULO XVIII.

ALARMADO estaba el comercio de Mazatlán por la notable tardanza de la Barca «Carolina» en llegar al puerto de su destino y por las ningunas noticias que de ella se tenian, pues eran cuantiosas las sumas de dinero que se habían embarcado en dicho buque para San Francisco. Muchos resortes se habían tocado y tomado mil informes, pero todo había resultado infructuoso, pues no se había podido obtener el menor dato ni te-

ner la más insignificante noticia sobre su paradero.

Doblemente interesada la casa del Sr. Sánchez, á la que el buque pertenecía, no sólo por los intereses que había embarcado en él. sino por los pasajeros que conducía, entre los cuales iba el jóven Román, hijo del Sr. Sánchez, dispuso la salida de una lancha de vapor para que recorriera la costa occidental de la Baja California hasta San Quintín, y á su regreso inspeccionara la costa oriental de la misma península, partiendo del Cabo de San Lucas hasta la bahía de Mulegé, y de allí pasase á Guaymas para recorrer las costas de Sonora y una parte de las de Sinaloa.

Se encomendó esta expedición al jóven Luis Fernández, dependiente de la misma casa, y á quien ya conocen los lectores, pues era el joven que con Eduardo Contreras había visto la familia de Mendoza desprenderse en un ligero botecillo de la Barca «Carolina» la víspera del día en que dicha Barca

efectuó su salida del puerto.

La expedición había recorrido ya inútilmente la mayor parte del itinerario que se le había marcado, y se encontraba en Guaymas dispuesta á efectuar su regreso á Mazatlán, cuando llegó allí la noticia de la aparición del botecillo de la «Carolina» en las costas de la Isla del Tiburón.

Como Luis Fernández estaba impuesto del embarque fraudulento de caudales que dicha Barca debió hacer, no tuvo inconveniente en suponer que si había ocurrido alguna desgracia al buque, esa desgracia le hubiera acontecido en el Golfo. Inmediatamente dispuso la salida de la lancha, y se llevó consigo á uno de los pescadores que habían traído á Guaymas la noticia del encuentro del bote, para que pudiera indicar el lugar en que se hallaba.

Tan pronto como vió Luis el salvavidas varado en la playa, conoció ser el de la «Carolina», y con el mayor interés, después de haber hecho trasladar á la lancha el encon-

trado botecillo, continuó su viaje de exploración á lo largo de la costa, subiendo el Golfo de Cortés hasta la isla del Angel de la Guarda. Llegó á dicha isla en las altas horas de la noche, é hizo anclar la lancha al abrigo de una pequeña ensenada.

Desde dicha isla pensaba hacer sus expediciones, pues no podía ya caberle duda de que llegarían á ser fructuosas, puesto que el encuentro del botecillo de la "Carolina" en las playas de la isla del Tiburón, le indicaba bastante que debió ser arrastrado allí por las corrientes del Golfo, que corren próximas á las costas de Sonora en sentido inverso del que corren próximas á las costas orientales de la Baja California.

Al siguiente dia muy temprano bajó á tierra con el patrón de la lancha y dos de los marineros, y recorriendo los lugares de la isla más próximos á aquel en que habían desembarcado, les llamó la atención observar en el piso arenoso las huellas medio borradas de unos piés, que parecían ser los de

un hombre y una mujer; aun cuando por algunas partes se perdían esas huellas, por otras aparecían bien marcadas, lo cual les permitió seguir su dirección, internándose un poco hasta una no pequeña gruta ú oquedad que formaba el terreno algo quebrado en aquella parte.

Comprendió Luis, desde luego, que aquel lugar habría servido de albergue á las personas que habían dejado marcadas así las huellas de sus piés, afirmándolo en esa idea las conchas de tortuga y restos de otros mariscos regados por allí en desorden, así como los ennegrecidos leños de antiguas lumbradas, varias cajas vacías y otros utensilios que debieron haberse proporcionado esas personas durante su permanencia allí.

Con gran interés hacía Luis todas estas observaciones, pues todo lo que veía le indicaba, sin lugar á duda, que algunos náufragos se habían refugiado en aquella parte de la isla, y que si la habían ya abandonado su abandono debería ser reciente. Pero ¿qué

habrá sido de ellos? se preguntaba. ¿Se habrán internado por estas montañas? ¿Habrán logrado salir de la isla, aprovechando el paso por sus cercanías de algún buque salvador? ¿Habrán pertenecido esos náufragos á la Barca Carolina?

Al recorrer después alguna parte de la playa, pudieron notar Luis y el Patrón que variosbultos y maderos se encontraban, medio cubiertos por la arena, á lo largo de la ribera; y fijando Luis su atención en algunos de ellos, pudo reconocer por sus marcas, ya algo confusas, que habían pertenecido al cargamento de la Carolina, en cuyo embarque había él intervenido como dependiente de la casa á la que dicha barca pertenecía. No podría ya caberle duda alguna de la procedencia de esos bultos, y de que el naufragio de la barca que los conducía se había efectuado en las aguas del Golfo más próximas á la costa oriental de la península, puesto que las corrientes que suben el Golfo por esa parte, debieron ser las que habían depo-

sitado esos bultos en aquellas playas. Ese convencimiento decidió á Luís á permanecer algún tiempo allí para hacer investigaciones más precisas sobre el asunto. Dispuso que los marineros improvisaran una pequeña barraca, y bajaran de la lancha á tierra lo más indispensable para su permanencia por dos ó tres días en aquellos lugares. En la noche, tanto para resguardarse del frío que se hacía sentir, como para indicar á los que pudieran necesitar de auxilio que había gentes que pudieran impartírselo, hizo encender una lumbrada, que fué seguramente la que tanto llamó la atención de la desgraciada Laura; y dejando el cuidado de mantener la fogata á uno de los marineros, se retiró, en compañía del Patrón de la lancha, á la barraca que se había hecho improvisar.

Al siguiente día muy temprano continuó Luis el reconocimiento de aquella parte de la isla, encontrando á cada paso señales nada equívocas que le evidenciaban el naufra-

gio de la Carolina, y el arribo á la isla de algunos de los náufragos. Su principal empeño se fijó entonces en la averiguación del lugar en que esos náufragos podían encontrarse. Las marcadas huellas que por varias partes había visto, no le dejaban duda de que no se habían internado por los montes de la extensa isla, por lo que llegó casi á persuadirse que habrían aprovechado para salir de allí el paso de algún buque; pero el reciente encuentro del salvavidas en la Isla de Tiburón, no podía explicárselo sino suponiendo que se hizo uso de dicho bote, en el que quizá se habían salvado primitivamente esos náufragos, para hacer después la travesía á las costas de Sonora, y que algun accidente ocurrió á los navegantes, por el cual quedó la pequeña embarcación abandonada á las corrientes, que por ese lado del Golfo bajan hacia el Sur.

Caminaba Luis acompañado de uno de los marineros por la orilla del mar á lo largo de la playa, cuando al doblar un cabo de la isla

vió que otro de los marineros, que poco antes había salido con el Patrón en la misma dirección, regresaba violentamente en su busca. Al acercársele, le dijo algo emocionado, que á poca distancia de allí habían encontrado á la orilla del mar el cadáver de un hombre, Apresuró Luis el paso, con tal noticia, hasta unirse con el Patrón, que lo esperaba de pié junto al cadáver haciendo algunos esfuerzos para reconocerlo.

—Mire Usted, D. Luis, le dijo: algunas de las huellas que hemos visto son sin duda las de este individuo á quién creo reconocer, no obstante la descomposición en que ha entrado el cadáver.

Luis hizo desembarazar el cadáver de las arenas que en parte lo cubrían, y con la mayor sorpresa y el más profundo sentimiento reconoció ser el de su amigo Eduardo.

—Indudablemente, dijo Luis al Patrón, mi pobre amigo fué de los pocos que lograrían salvarse en el naufragio de la Carolina; pero después de eso no puedo explicar-

me su muerte, que debe haber sido reciente según el estado en que el cadáver se encuentra, pues aunque la resequedad atmosférica y la fuerza del sol en estos climas, pueden contrariar algo la descomposición, este cadáver presenta evidentes señales de haber sido arrojado por el mar hace pocos días.

—Recuerde Usted, contestó el Patrón, que hace algunos más, tuvimos una fuerte collada que debe haberse sentido cón mayor fuerza por aquí.

—Sí, pero la pérdida de la Carolina debió haberse efectuado muchos meses antes.

—Bien está; pero yo me refiero á la muerte de este joven.

—Tiene Usted razón. Esa collada pudo haberlo sorprendido cuando él, tal vez, intentaba hacer la travesía á las costas de Sonora en el salvavidas, que indudablemente tenía á su disposición.

—No parece ser eso lo más natural, porque él debió comprender que era más sencillo y menos resgoso dirigirse á las cerca-

nas playas de California, para alcanzar la antigua Misión de San Borja que tenemos enfrente.

—Pero él debía seguramente saber que la Misión de San Borja, abandonada hace cerca de un siglo en medio de un gran desierto infranqueable por la falta de agua y de recursos para la vida, no podía ofrecerle esperanza alguna.

—Es cierto, y la suposición de Usted me parece puesta en razón; pero nosotros, añadió, hemos visto las huellas de un hombre y las de una mujer.

—A bordo de la Carolina sólo debió haber tres mujeres: la señora de Mendoza, su hija Laura y la camarista del buque. Tristeza me da suponer que hayan perecido todos.

—La mujer, cuyas huellas hemos visto, debió salvarse también del naufragio, y debe encontrarse aquí, si no siguió después la misma suerte de su desgraciado amigo de Usted.

—Natural es que así haya sucedido, por desgracia.

Luis y el Patrón continuaron haciendo algunas reflexiones sobre el triste asunto de que se ocupaban, y juzgaron de necesidad proceder al entierro del cadáver lo más pronto posible. Desde luego dispusieron que los marineros lo condujeran á la gruta que probablemente había servido de habitación á los desgraciados náufragos; y mientras se practicaba la necesaria escavación á la entrada de la misma gruta, lugar que Luis juzgó ser el más adecuado, registró éste el vestido de su amigo, extrayendo de una de sus bolsas una cartera, algunos papeles húmedos aún, y un relicario de oro que contenía el retrato de una joven, que creyó Luis ser el de Laura por el exacto parecido que con ella tenía.

Practicada por los marineros la excavación, fué inhumado el cadáver en aquellas solitarias playas; disponiendo Luis en seguida que se formara un agreste sepulcro, en el cual se labró en una de las piedras que lo cubrían esta sencilla inscripción:

AQUÍ

EDUARDO CONTRERAS NÁUFRAGO DESGRACIADO DE LA «BARCA CAROLINA.»

Terminada esta operación, á la que daban cierta solemnidad los murmullos cadenciosos del mar y el silencio religioso que guardaban los actores en tan lúgubre escena, Luis, profundamente conmovido, entró seguido del Patrón á la gruta, con la certeza de que en ella se había guarecido durante algunos meses su amigo Eduardo; y examinando con interés todo lo que aquel rustico albergue contenía, llamáronle á poco la atención algunos caracteres marcados en una de las paredes de arcilla endurecida. Fijando su atención en ellos, pudo, aunque con alguna dificultad, descifrar su contenido, que vino á confirmar sus sospechas y á poner en claro algunas de sus dudas. Los renglones, trazados indudablemente por la ma-

no de Eduardo en presencia de Laura, decían así:

LAURA Y EDUARDO

Unicos sobrevivientes en la sangrienta sublevación y horroroso naufragio de la "Barca Carolina."

Cómo! exclamó Luis sorprendido: estos caracteres, trazados sin duda por la mano de Eduardo, nos revelan algo que no habíamos podido sospechar. Y repitiendo meditabundo las últimas palabras de la inscripción, como si pretendiese deducir de ellas alguna importante consecuencia relacionada con el misterio que se deseaba aclarar, quedó en silencio por unos momentos. Dirigiéndose, en seguida, al Patrón:—¡Una sangrienta sublevación! Eso quiere decir que el naufragio, del que no debemos tener la menor duda puesto qne nos lo confirman los bultos y fragmentos que tenemos á la vista, debió ser precedido por la sublevación de muchos de los tripulantes de la

Carolina. Pueden haber sido el móvil de esa sublevación los caudales que dicha Barca conducía; pero esos caudales no han podido por nadie ser aprovechados, puesto que la misma inscripción nos revela que Laura y Eduardo fueron los únicos sobrevivientes del terrible naufragio.

Tanto Luis como el Patrón quedaron pensativos y en profundo silencio, como si cada uno de ellos pretendiese, èn sus calladas meditaciones, deducir consecuencias hasta entonces ignoradas, y fijarse en el lugar probable en que el naufragio pudo verificarse.

Cuando en la noche de ese mismo día, sentados cerca de la lumbrada que habían hecho encender como en la noche anterior, hablaban Luis y el Patrón sobre las investigaciones que habían podido hacer, y sobre la necesidad de recoger y embarcar en la lancha algunos de los bultos que el mar habío arrojado á aquellas playas, un sonido lejano, que en el silencio de la noche podía apenas distinguirse, llamó la atención de Luis.

—¿No oyes, Patrón, un sordo rumor que parece el tañido de una campana?

—Y lo es en efecto, dijo el Patrón: anoche lo han oído también los marineros, y aseguran que no dejó de oirse en toda la noche.

—Tal vez la antigua Misión que había en la costa que tenemos enfrente, esté ya otra vez habitada, repuso Luis, por algunos de los indios salvajes que aun existen en esa parte de la California.

. . . .

Poco siguieron después ocupándose los interlocutores de los misteriosos y lejanos tañidos; y convencido Luis del triste fin de los náufragos, y creyendo haber cumplido debidamente con su triste comisión, dispuso regresar á Mazatlán al siguiente día, después de recoger y embarcar en la lancha los bultos encontrados del cargamento de la Carolina.

———

CONCLUSIÓN.

Nada pudo después saberse de la desgraciada Laura. El Espíritu que había revelado lo que aconteció á esa pobre joven en aquellas apartadas regiones, no volvió á aparecer correspondiendo á las repetidas invocaciones que, con el mayor interés, ha seguido haciéndole el Medium que nos ha referido mucha parte de los interesantes acontecimientos de esta verídica y desgraciada historia.

Podría creerse que esa infortunada joven, agobiada por su situación horrorosa, había perdido completamente la razón y vagaba aun, como una sombra, por esas solitarias playas ó perdida entre las montañas del desierto; podría creerse que debilitada por el insomnio ó por los escasos alimentos que, en su infortunio, podía proporcionarse, había sucumbido, víctima de algún síncope fatal; pero todo eso no pasaría de conjeturas, pues nada, absolutamente nada había podido aclararse sobre su desgraciada suerte.

Sabido en el público lo acontecido, por las últimas revelaciones del Medium, hubo diferentes versiones, poniendo algunos en duda los hechos referidos, y afirmándolos otros calurosamente; lo cual avivaba el interés y la curiosidad de todos, hasta el extremo de proyectarse algunas expediciones para cerciorarse de la verdad de lo acontecido. La curiosidad subió de punto cuando algunos pescadores de perla que se habían internado

con sus armadas hasta las playas de la isla del Angel de la Guarda, refirieron haber oído en las altas horas de la noche el toque misterioso de una campana, por el rumbo en que está situada la abandonada Misión de San Borja. Esos buceadores, así como otros que algún tiempo después escucharon el mismo toque, superticiosos en extremo y con el conocimiento del abandono en que se conservaba esa Misión después de más de medio siglo, se santiguaban silenciosamente cuando en sus correrías escuchaban el tañido de la campana, sin atreverse á más, temiendo que algún espíritu malo vagase por aquellos solitarios contornos. Algún tiempo después, las consejas que se referían sobre los desgraciados náufragos de la Barca Carolina, llegaron á tal extremo, que las autoridades de Guaymas dispusieron la salida de una expedición que investigara el grado de verdad que pudieran tener tales consejas, salvando, si aun existía, á la desgraciada joven á quién algunos suponían aun con vi-

da en aquellas desiertas playas.

La expedición salió en efecto; y cuando arribó á las playas de la isla del Angel de la Guarda, pasó allí la noche, fondeando á la embarcación en una pequeña ensenada, para poder al día siguiente arribar á la abandonada Misión, á efecto de hacer las investigaciones de que estaba encargada. Durante toda esa noche, pudieron los individuos que formaban dicha expédición escuchar claramente el toque lejano de la campana, por lo cual supusieron que el resultado de su expedición sería satisfactorio, puesto que podrían salvar á quién de esa manera parecía pedir auxilio; y esperaron con cierta ansiedad la llegada del nuevo día. Apenas vieron que una claridad lejana lo anunciaba por el Oriente, hicieron levar anclas, emprendiendo la deseada marcha hacia las playas de la Misión. ¡Qué desencanto les ofrecían esas tierras áridas y solitarias de la Baja California á medida que á ellas se acercaban y que con más facilidad

podían distinguirlas! ¡Qué desencanto cuando á ellas arribaron! Una playa solitaria donde no se veía la huella de ningún ser humano; montañas blanquecinas y eminencias pedregosas calcinadas por los ardientes rayos del sol; terrenos áridos donde trabajosamente vegetaban algunos captus y plantas espinosas, y en los cuales no se levanta ni un solo árbol que ofrezca protectora sombra, ni se escucha el canto de una sola ave, ni se percibe el más lejano murmullo: todo desolación y tristeza, como si la naturaleza hubiera suspendido allí su acción regeneradora. Sólo el monótono chás, chás, producido por las amortiguadas ondulaciones de las tranquilas aguas del mar, cuando al llegar á la playa se desvanecen sobre la arena dejando una línea de blanca espuma, interrumpía aquel silencio de muerte.

Imposible que aquí haya podido conservar la vida por algún tiempo ningún ser humano, pensaban los de la expedición; y sin embargo, el tañido de la campana que cla

ramente habían oído la noche anterior, parecía contrariar esa razonable creencia.

Con el afán de investigar la verdad, recorrieron aquellas tierras registrándolas por todas partes; inspeccionaron la habitación, que les pareció haber estado habitada; subieron á la torrecilla, donde se encontraron la misteriosa campana, que tocaron repetidamente para llamar la atención del que pudiera encontrarse por aquellos contornos; siguieron á lo largo de la pequeña cañada, viéndolo todo, inspeccionándolo todo, y sólo encontraron en ella varios huesos calcinados por el sol, que probablemente pertenecieron á animales que habían servido para la alimentación de los náufragos, pues sin duda se habían abrigado allí alguna ó algunas personas, á juzgar por los empolvados utensilios que habían visto en el cuarto contiguo al que debió ser sacristía del arruinado templo.

En vano recorrieron los comisionados todas aquellas cercanías; en vano dieron vo-

ces con las bocinas de á bordo y llamaron la atención con el continuo toque de la campana; en vano hicieron disparar el pequeño cañón que tenían á bordo, cuyas retumbantes detonaciones repetía el eco de montaña en montaña: no hubo ni el más ligero indicio de que esas voces y esos toques y esas detonaciones hubieran sido oídos por ningún ser viviente. Pensaron en la conveniencia de esperar dos días más, repitiendo en ellos sus correrías é investigaciones; pero esperaron en vano, no pudiéndose explicar sino de una manera fantástica el repetido toque de la campana que habían escuchado la noche anterior á su arribo á aquellas playas. Resolvieron, pues, después de tan prolongada é infructuosa espera, regresar á Guaymas con el desconsuelo de no haber podido dar un lleno satisfactorio á la comisión de que habían sido encargados.

Al regreso de la Comisión, subieron de punto las distintas versiones que antes se habían hecho sobre el asunto y cada cual

contaba á su manera lo acontecido á los náufragos de la Carolina: se referían, como verdaderas, historias que causaban espanto; y aunque por los efectos y documentos encontrados por la casa del Sr. Sánchez se sabía una parte de lo acontecido, quedó lo demás envuelto en la sombra del más impenetrable misterio. La fantasía suplía lo ignorado, dando diversas formas á las revelaciones que había hecho el Medium, y que algunos creían inspiradas por Satanás, y, los más incrédulos, delirios de la imaginación del espiritista. Lo cierto, lo evidente, lo que no daba lugar á duda, era que la Carolina había naufragado, que sus tripulantes y pasajeros habían perecido, y que lacampana de la arruinada Misión de San Borja dejaba oir sus tristes tañidos en las altas horas de la noche; porque de ello dan fe los buceadores de perlas que en su anual ejercicio se han aproximado con sus armadas á la Isla del Angel de la Guarda.

Muchos años han pasado después de tan

lamentable suceso: están ya algo más concurridos esos mares solitarios, y los marinos que por ellos suelen transitar refieren con cierto pavor superticioso, que en las noches tranquilas y silenciosas se oye aun en aquellas soledades el misterioso toque de la campana de la Misión.



